**DANIEL BENSAÏD**

# LOS TROTSKISMOS

Con anexos de:

Miguel Romero y Pepe Gutiérrez

Traducción Andreu Coll

El Viejo Topo



Título original: *Les Trotskysmes*

Primera edición: Ed. Presses Universitaires de France, 2002.
Edición de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo
Diseño: Miguel R. Cabot
Revisión Técnica: Isabel López Arango
ISBN-13:
Depósito legal:
Imprime:
Impreso en España

# PRESENTACIÓN

En esta edición se han incorporado, con la autorización del autor, las correcciones introducidas por Wilfried Dubois en la edición alemana del libro. Además, con los anexos de Miguel Romero y de Pepe Gutiérrez, se ha intentado proporcionar al lector o lectora algunas referencias sobre la trayectoria de estas corrientes políticas a este lado de los Pirineos. También se ha añadido un glosario y una cronología de los hechos más significativos que menciona el libro en relación con el Estado español. Finalmente, hay que advertir que solo se citan las referencias bibliográficas del original cuando se ha encontrado alguna edición en castellano del texto. A su vez, hemos adjuntado un anexo con referencias bibliográficas relacionadas con el tema que no estaban recogidas en la edición francesa. Por último, queremos agradecer la colaboración de Martí Caussa para confeccionar la cronología, la de Pepe Gutiérrez y Lluís Rabell en lo que respecta al glosario, la de Carles Mercadal por su corrección de las pruebas y, *last but not least*, la de Alfonso Clavería, sin cuyo apoyo desinteresado esta edición no habría sido posible.

ANDREU COLL

## ADVERTENCIA

Su autor ha sido también un actor de esta historia desde 1966. Este ensayo no pretende constituir una tesis erudita sobre los trotskismos. Haría falta un trabajo de una dimensión totalmente distinta. Se trata, más modestamente, de proponer un esclarecimiento de, y de dar sentido a, las controversias políticas y teóricas que jalonan esta historia atormentada. A pesar de una perspectiva relativa y del esfuerzo de comprensión distanciada, no pretendo haber escapado a la parte de subjetividad inherente a las experiencias y a los compromisos personales. La honestidad más elemental me obliga a prevenir al lector.

De diverso modo, Pierre Frank, Adolfo Gilly, Michel Lequenne, Michael Löwy, Daniel Pereyra, Rodolphe Prager, François Sabado, Alan Thornett y Charles André Udry han contribuido a este trabajo. Quiero agradecerles por ello, así como a Pierre Broué y Michel Dreyfus, a Claude Pennetier y al equipo del diccionario *Maitron*, por su contribución inestimable a una historia de los movimientos trotskistas que todavía está por hacerse.

INTRODUCCIÓN

# ACTUALIDAD DE LOS TROTSKISMOS

Las lagunas de la memoria de Lionel Jospin han suscitado una corriente de curiosidad por el "trotskismo". Su presencia espectral acosa a las vacas sagradas mediáticas. Se ha convertido en el último grito del "haber sido". Sin embargo, este interés circunstancial ha puesto en evidencia el desconocimiento histórico y político adosado a ese vocablo exótico, que evoca, para la mayoría de nuestros contemporáneos, la leyenda de la Revolución rusa, el soviet de Petrogrado, la toma del Palacio de Invierno o la epopeya del Ejército Rojo. Para los más cultivados, está asociado al *Manifiesto por una arte revolucionario e independiente* redactado en 1938 por León Trotsky y André Breton. En cuanto a los cinéfilos, se acuerdan de un —mal— film de Joseph Losey sobre el asesinato de Trotsky, con Richard Burton en el papel que da título a la película y con Alain Delon en el papel de asesino teledirigido por Stalin.

Tras las revelaciones sobre el pasado del primer ministro, cierto número de comentaristas ha admitido, no sin cierta hipocresía, que no se ponía en cuestión su trayectoria ideológica: en efecto, no es en absoluto un deshonor para un brillante estudiante de los años cincuenta haber sido "un hijo de Suez y de Budapest", solidario a la vez con las luchas de liberación nacional y con los levantamientos antiburocráticos de Polonia y Hungría de 1956. Bajo el pretexto de no bailar al son que tocaban los imperialistas, los "amigos de la URSS" y los dirigentes de los partidos comunistas oficiales cerraban entonces los ojos ante los criminales imprevistos del balance "globalmente positivo" del estalinismo o sobre la parte sangrienta de la "Gran Revolución cultural proletaria" en China. Pero los silencios de Lionel Jospin también han dado alas a los fantasmas y a las suspicacias hacia un universo secreto, grupuscular y conspirativo asociado al término inquietante de "entrismo", propicio para las elucubraciones policiacas. Tres aclaraciones introductorias a la comprensión histórica de los trotskismos parecen, pues, necesarias.

1/ El epíteto mismo de "trotskista" fue un calificativo peyorativo y estigmatizador forjado por sus adversarios. En los años treinta, en el tiempo de los procesos, a media noche del siglo, las inteligencias serviles del Kremlin llegaron a inventar incluso el oxímoron de "hitlero-trotskista". En los años sesenta, Léo Figuères, celoso plumífero del estalinismo a la francesa, profería todavía, "el trotskismo, ese antileninismo", como si de una acción de mando se tratara. La palabra equivalía a la suerte de una estrella joven. El largo cortejo de esos a los que Natalia Sedova, la compañera de Trotsky, llamaba los "fantasmas con la frente agujereada" da testimonio de ello: Andreu Nin, liquidado en las checas españolas de la NKVD, Rudolf Klement, asesinado en Francia, Pietro Tresso, liquidado por sus compañeros de presidio del maquis, Tha-Thu-Thau y sus compañeros asesinados por los estalinistas vietnamitas, los trotskistas griegos ejecutados por los servicios especiales del PC griego, Zavis Kalandra, ejecutado por los estalinistas checos en 1950. León Trotsky mismo fue alcanzado por los asesinos en México en 1940. Miles de víctimas de las purgas y de los procesos de Moscú fueron fusiladas o desaparecieron en el anonimato del Gulag. Si bien acabaron asumiendo como un reto un apelativo que se quería difamador, los "trotskistas" de los años treinta preferían definirse como "bolcheviques-leninistas", "marxistas-revolucionarios" o "comunistas internacionalistas", pleonasmo que se hizo necesario para distinguirse del comunismo confiscado por la reacción burocrática.

2/ Si el trotskismo en singular nos remite a un origen histórico común, la palabra ha servido demasiado para ser utilizada sin un prudente plural. A partir del bagaje programático constituido por Trotsky en el periodo de entreguerras, los acontecimientos fundamentales del siglo han producido tantas diferenciaciones que lo que distingue y opone a las diferentes corrientes salidas del "trotskismo" es, a menudo, tanto o más importante que lo que las emparenta. En materia de herencia, la devoción filial no es siempre la mejor prueba de fidelidad, y se da a menudo más fidelidad en la infidelidad crítica que en la mojigatería dogmática. Así pues, se ajusta más a la realidad hablar de *los trotskismos* en plural más bien que de *trotskismo* en singular. Tanto más en la medida en que a las diferenciaciones políticas se añaden las aclimataciones culturales constitutivas de un trotskismo anglosajón, de un trotskismo europeo principalemente francófono, de un trotskismo latinoamericano y, todavía, de una trotskismo asiático (en China, en Vietnam, en

Japón, en Sri Lanka). Cada uno de estos conjuntos continentales conoce, a su vez, especificidades nacionales. Un cuadro exhaustivo debería ampliarse también a focos más frágiles en África, los países árabes o en Oceanía. Tributario de una experiencia personal, el presente ensayo se centrará más modestamente en las grandes controversias que han agitado a los movimientos en Europa y en Norteamérica y América Latina, principalmente.

3/ En fin, se ha asociado al trotskismo una imagen de divisiones y de escisiones, en la que sus adversarios han encontrado a menudo material para sarcasmos. Ayer orgullosos de su monolitismo, las grandes organizaciones del movimiento obrero de hoy no tienen gran éxito en ahorrarse las querellas entre clanes, camarillas y fracciones, trifulcas en las que las rivalidades personales ocupan mayor espacio que las cuestiones programáticas. En cambio, buen número de polémicas entre trotskistas pueden parecer, con el paso del tiempo, excesivas o irrisorias. Sin embargo, su núcleo racional constituía un eco de los grandes problemas de la época. El enigma de la reacción estaliniana ocupa un lugar destacado en él: ¿cómo entender la evolución de la Revolución rusa hacia un régimen de terror burocrático? ¿Cómo definir el fenómeno inédito del estalinismo y situarse en relación con él? Pero también, ¿cómo vencer al fascismo y cómo orientarse en la prueba de las guerras para no contagiarse de la lógica binaria de los campos y de una política del mal menor, que constituye a menudo el camino más corto hacia el mal mayor? ¿Qué actitud adoptar frente a las luchas de liberación nacional y ante los regímenes surgidos de ellas?

En las respuestas aportadas a estas cuestiones hay un esfuerzo patético por conservar la razón a pesar de los desvaríos y los tumultos de un siglo oscuro. Una existencia tan duraderamente minoritaria (Trotsky no imaginaba una travesía del desierto tan larga) es, sin embargo, rica en patologías grupusculares. Los hábitos de la lucha a contracorriente pueden conducir al sectarismo. La desproporción entre la actividad teórica y las posibilidades de verificación práctica empujan hacia una exacerbación de las querellas doctrinales y hacia el fetichismo dogmático de la letra. Igual que existe un pueblo del libro, en efecto existe también un comunismo de libro para el que las divergencias tácticas son presentadas como cuestiones de vida o muerte. A menudo equivocadamente; a veces acertadamente. No se verifica más que después de asestar

el golpe, cuando el pájaro de Minerva ha emprendido su vuelo crepuscular. Al tener que cepillar durante tanto tiempo la historia a contrapelo, las organizaciones trotskistas han seleccionado a menudo a personalidades desconfiadas, a rebeldes y a *outsiders* sin oficio ni beneficio, aptos para la insumisión y la disidencia más que para la construcción y el agrupamiento, "esas gentes inteligentes, constataba ya Trotsky, que tienen mal carácter y son siempre indisciplinadas".

Una corriente duraderamente minoritaria se impregna igualmente a su pesar de lo que intenta resistir. Nunca se recordará suficientemente hasta qué punto el acoso de la traición y la violencia física han gangrenado durante decenios al conjunto del movimiento obrero. Las organizaciones trotskistas no siempre han escapado a la tentación de simular la mitología bolchevique forjada por el estalinismo triunfante. Sin embargo, hay que guardarse bien de la ilusión de una vida política relativamente (y provisionalmente) pacificada por la rutina parlamentaria. Si, como decía el presidente Mao, la revolución no es una cena de gala, los años de entreguerras, en los que se formaron corrientes como la que nos ocupa, fueron tiempos de venenos y puñales, de infiltraciones y provocaciones, de liquidaciones y crímenes, como testimonian libros como *La noche quedó atrás* de Jan Valtin, *Le glaive et le feurreau* de Gustav Regler, o *Homenaje a Cataluña* de George Orwell, sin hablar de numerosas biografías y testimonios sobre la Rusia bajo Stalin.

La historia tumultuosa de los trotskismos gira, en suma, en torno a una gran cuestión: ¿cómo seguir siendo "revolucionarios sin revolución" (según el título de las memorias del surrealista André Thirion)? Como el gran amor en las novelas de Marguerite Duras, es la paradoja de un imperativo a la vez imposible y necesario ante las amenazas que pesan sobre el porvenir de la humanidad. De ahí ese cuerpo a cuerpo heroico con la época. A pesar de las posturas en las que la estética de la derrota y la protesta moral se imponen a veces sobre la preocupación por la eficacia inmediata, la historia de los trotskismos manifiesta una exigencia eminentemente política de no ceder, de no renunciar, de no entregar las armas. La victoria póstuma de Trotsky y de sus herederos, conocidos o anónimos, habrá sido desplegar tesoros de coraje y de inteligencia para no perder el norte cuando tantas reputadas cabezas bien pensantes se sumaban, por laxitud o por oportunismo, a los vencedores del momento, ya se tratara de las potencias occidentales o de las burocracias totalitarias. Desplegando su hilo de Ariadna en los laberintos de una época opaca,

sus combatientes de retaguardia han salvado a los vencidos de lo que el historiador inglés E. P. Thompson llamó "la aplastante condescendencia de la posteridad".

Basta con contemplar el campo de ruinas del estalinismo descompuesto y de la socialdemocracia convertida al liberalismo —confusión histórica, esterilidad teórica, inconsistencia política, incapacidad de explicarse ante un pasado que no se desvanece— para apreciar en su justo precio esa victoriosa derrota. Ella preserva la posibilidad de volver a empezar transmitiendo a las nuevas generaciones la memoria y los elementos de comprensión del "siglo de los extremos", necesarias para aventurarse en las incertidumbres y los peligros del siglo que empieza.

## Capítulo I

# BAGAJE DEL ÉXODO

Ciertas tesis "trotskistas", como la teoría de la revolución permanente, aparecieron a principios de siglo a propósito de la Revolución rusa de 1905. En cambio, el término "trotskismo" no se banaliza en la jerga burocrática hasta 1923-1924. Después de la Guerra Civil victoriosa y más todavía en 1924, tras el fracaso del Octubre alemán (1923) y la muerte de Lenin, los dirigentes de la Rusia soviética y de la Internacional Comunista se encuentran en una situación imprevista de estabilización relativa de la situación internacional y de aislamiento duradero de la Unión Soviética. Ya no es la base social que conduce la cumbre del Estado, sino la voluntad de la cumbre la que se esfuerza en arrastrar a la base.

Víctima de un primer ataque cerebral en marzo de 1923, Lenin presiona a Trotsky para que se comprometa en una lucha contra Stalin sobre la cuestión del monopolio del comercio exterior, sobre las nacionalidades y, sobre todo, sobre el régimen interno del partido. En una carta al Comité Central de octubre de 1923, Trotsky denuncia la burocratización de las instituciones del Estado. En diciembre del mismo año sintetiza estas críticas en una serie de artículos que apelan a un *Nuevo curso*. La dirección inicia entonces el combate contra el "trotskismo" y sus reivindicaciones: el restablecimiento de la democracia interna en el partido y la adopción de una planificación económica para controlar los efectos desigualitarios y centrífugos de la nueva política económica. En diciembre de 1924, en el *Pravda*, Stalin en persona caracteriza al trotskismo como una "desesperación permanente". El le opone la construcción audaz del "socialismo en un solo país" en lugar de esperar la salvación en una hipotética extensión de la revolución que tarda en concretarse.

Tras el reclutamiento masivo de la "promoción Lenin" en 1924, los millares de veteranos de Octubre ya no tenían mucho peso entre los efectivos del partido ante los centenares de miles de recién llegados, entre los que se contaban los numerosos carreristas de última hora. Añadiéndose a las masacres

de la Gran Guerra, las masacres de la Guerra Civil hicieron que, en un país desprovisto de tradiciones democráticas, la sociedad se acostumbrara a las formas extremas de violencia social y física. La conmoción de la guerra y la guerra civil marca de ese modo un "gran salto hacia atrás" y una "arcaización" del país en relación con el nivel de desarrollo alcanzado antes de 1914. De los cuatro millones de habitantes con los que contaba Petrogrado en 1917, no quedarán más de un millón setecientos mil en 1929. Más de 380.000 obreros abandonaron la producción y solamente 80.000 siguieron en su puesto de trabajo. Bastión obrero, las fábricas Putilov perdieron cuatro quintas partes de sus efectivos. Más de treinta millones de campesinos conocieron la malnutrición y las hambrunas. Las ciudades devastadas vivían a costa de un campo sometido a requisiciones autoritarias. "En verdad, señala el historiador Moshe Lewin, el Estado se formó sobre la base de un desarrollo social regresivo."

Los privilegios prosperaron entre la penuria. Ahí reside la raíz fundamental de la burocratización. En el diario dictado a sus secretarias, Lenin, ya enfermo, estimaba en 1922 que "llamamos nuestro a un aparato que nos es profundamente extraño y que representa una mezcla de vestigios burguesas y zaristas". Ese año los precios industriales prácticamente se triplicaron en relación con los precios de antes de 1914, mientras que los precios agrícolas no habían aumentado más que un 50%. Esta desproporción anunciaba ya el desequilibrio entre la ciudad y el campo y el rechazo de los campesinos a entregar sus cosechas a los bajos precios impuestos mientras no había nada que comprar como contrapartida.

Los dirigentes bolcheviques siempre habían concebido la revolución en Rusia como parte integrante y como primer paso de una revolución europea o, al menos, como un preludio de la revolución alemana. La cuestión planteada en 1923 era pues: ¿cómo aguantar hasta una reanudación eventual de un movimiento revolucionario en Europa? En 1917, todos los partidos rusos admitían que el país no estaba maduro para el socialismo, pero el "demócrata" Miliukov mismo estimaba que tampoco lo estaba más para la democracia. No veía alternativa más que entre una dictadura militar de derechas y la de los soviets. Se trataba de una lucha implacable entre revolución y contrarrevolución.

Las respuestas divergían desde antes de la muerte de Lenin. La estrategia de "la construcción del socialismo en un solo país", defendida por Stalin y sus aliados, subordina las posibilidades de la revolución mundial a los intereses

de la burocracia soviética; la de "la revolución permanente", desarrollada por Trotsky y la corriente llamada Oposición de Izquierdas, subordina el porvenir de la revolución rusa a la extensión de la revolución mundial. Esas estrategias contrarias implican respuestas divergentes ante los principales acontecimientos internacionales: sobre la segunda revolución china de 1927, sobre el ascenso del nazismo en Alemania y, más tarde, sobre las orientaciones radicalmente opuestas en la Guerra Civil española, sobre el pacto germano-soviético de 1939 o sobre la preparación de la guerra.

Estas recortan igualmente las opciones de política interior en la Unión Soviética misma. Trotsky y la Oposición de Izquierdas propusieron, desde 1924, un "nuevo curso" encaminado a reanimar la democracia soviética y la vida del partido. Preconizaron una política de planificación y de industrialización encaminada a reducir las tensiones entre la agricultura y la industria. Pero se opondrán al giro brutal de Stalin, que pasará del "socialismo a paso de tortuga" preconizado por Bujarin a la colectivización forzosa y a la industrialización acelerada del primer plan quinquenal, que siembra la desolación en el campo y provoca la gran hambruna de 1932 en Ucrania.

Ante oposiones tan enconadas, ciertos historiadores se han interrogado sobre la pasividad relativa de Trotsky tras la muerte de Lenin, sobre sus reticencias a comprometerse en un combate sin piedad contra Stalin, sobre su aceptación de guardarse en la manga el testamento de Lenin. El interesado mismo ha proporcionado explicaciones lógicas plausibles. A mediados de los años veinte era perfectamente consciente de la fragilidad de una revolución en la que su base obrera y urbana había sido laminada y de la necesidad de lidiar con un campesinado atrasado que constituía la mayoría aplastante de la población. En un equilibrio inestable propenso a las soluciones bonapartistas autoritarias, rechazó apoyarse en el Ejército (en el que su popularidad seguía siendo grande) y la casta de los oficiales, puesto que un golpe de Estado militar no habría conseguido más que acelerar el proceso de burocratización.

Por tanto, la lucha política estaba abiertamente entablada desde 1923. En 1926 se constituyó una oposición unificada que se definía como una tendencia respetuosa de la legalidad del Partido. En efecto, su proyecto se inscribe todavía en la perspectiva de la rectificación y la reforma del régimen. En mayo de 1927, tras la derrota de la segunda revolución china, la Oposición hará un llamamiento a una movilización de la base militante. En octubre del mismo año, para el décimo aniversario de la Revolución, Grigory Zinoviev y

Trotsky son expulsados del Partido. El segundo es desterrado a Alma Ata. Más de mil quinientos oposicionistas son deportados. Empiezan las purgas.

En 1929, ante una situación económica catastrófica, Stalin se vuelve contra la derecha del partido. Al iniciar el primer plan quinquenal, parece retomar por su cuenta ciertas reivindicaciones de la Oposición. Este viraje precipita la explosión de la Oposición de Izquierdas. Algunos de sus dirigentes más prestigiosos ven en esta "revolución desde arriba" un golpe de timón hacia la izquierda. Capitulaciones y defecciones se suceden. Para Trotsky, los sumados al régimen termidoriano son ya "almas muertas": la planificación, sin restauración de la democracia socialista, no desembocará más que en un reforzamiento del poder de la burocracia. Un largo éxodo forzado en los márgenes de los movimientos de masas empieza en ese momento. Así pues, a través de estas luchas trágicas de entreguerras en el seno del Partido Bolchevique así como de la Internacional Comunista (o III Internacional) se constituye el bagaje programático que define al trotskismo de los orígenes. En lo esencial se resume en cuatro puntos.

1. *La oposición entre la teoría de la revolución permanente y la del "socialismo en un solo país".* Los elementos de esta estrategia aparecen con el ensayo de Trotsky sobre la Revolución rusa de 1905. Son sistematizados a lo largo de los años veinte hasta encontrar su expresión sintética en las tesis escritas a la luz de la segunda revolución china de 1927: "Para los países con un desarrollo burgués tardío, y en particular para los países coloniales y semicoloniales, la teoría de la revolución permanente significa que la resolución verdadera y completa de sus tareas democráticas y de la liberación nacional no puede ser más que una dictadura del proletariado que se ponga a la cabeza de la nación oprimida y, ante todo, de sus masas campesinas [...] La conquista del poder por el proletariado no pone fin a la revolución, sino que no hace más que inaugurarla. La construcción del socialismo no es concebible más que sobre la base de la lucha de clases a escala nacional e internacional [...] La revolución socialista no puede ser completada en los límites nacionales. Una de las causas principales de la crisis de la sociedad burguesa radica en que las fuerzas productivas que crea tienden a trascender el marco del Estado nación. De ahí las guerras imperialistas [...] Los distintos países alcanzarán el socialismo según ritmos diferentes. En ciertas circunstancias, ciertos países atrasados pueden llegar a la dictadura del proletariado más rápidamente que los

países avanzados, pero alcanzarán el socialismo más tarde que estos."

En su introducción de 1928 a los textos sobre *La revolución permanente*, Trotsky denuncia la amalgama estaliniana de un "mesianismo nacional" y un "internacionalismo burocráticamente abstracto". Sostiene que la revolución socialista sigue siendo, tras la toma del poder, "una lucha interior continua" a través de la cual la sociedad "no deja de cambiar de piel", de ahí el choque inevitable entre "los diferentes agrupamientos de esta sociedad en transformación". Salta a la vista que esta teoría se inscribe en una concepción no lineal y no mecánica de la historia, donde la ley del "desarrollo desigual y combinado" determina un campo de posibilidades cuya salida definitiva nunca está decidida de antemano. "El marxismo, escribe Trotsky, parte del punto de vista de la economía mundial concebida, no como una suma de partes nacionales, sino como una potente realidad creada por la división internacional del trabajo y por el mercado mundial, que en nuestra época domina de un modo abrumador a los mercados nacionales".

2. *Sobre las reivindicaciones transitorias, el frente único y la lucha contra el fascismo.* La cuestión planteada a la luz de la Revolución rusa es la de las reivindicaciones capaces de movilizar de un modo unitario al mayor número, de elevar en la acción el nivel de consciencia y de crear la mejor correlación de fuerzas en una perspectiva de enfrentamiento ineluctable con las clases dominantes. Eso era lo que habían sabido hacer los bolcheviques en 1917 en torno a cuestiones vitales: el pan, la paz, la tierra. Se trata de salir de una discusión abstracta sobre la virtud intrínseca de las reivindicaciones, unas calificadas de reformistas por naturaleza (compatibles con el orden establecido), las otras revolucionarias por naturaleza (no integrables en ese orden). El sentido de las consignas depende de su valor movilizador en relación con la situación concreta y de su valor educativo para los que entran en lucha. Esta problemática de las "consignas transitorias" supera las antinomias estériles entre un reformismo gradualista que cree poder cambiar la sociedad sin revolucionarla y un fetichismo del gran día que reduce la revolución a su momento paroxístico en detrimento del paciente trabajo de organización y educación.

Este debate está directamente ligado al que estuvo en el centro de las discusiones estratégicas sobre el programa del cuarto, quinto y sexto congreso de la IC (Internacional Comunista). En su informe de 1922 sobre la cuestión, Bujarin reafirmó la validez de "la táctica de la ofensiva". En el IVº Congreso,

el representante alemán Thalheimer sostuvo, en cambio, la problemática del frente único y de las reivindicaciones de transición. Afirmó en particular que: "no hay más que volver a pensar en la historia de la II Internacional y su desagregación para reconocer que es precisamente la separación entre las cuestiones cotidianas y los grandes objetivos lo que constituye el punto de partida de su deslizamiento oportunista [...] La diferencia específica entre nosotros y los socialistas reformistas no reside en el hecho de que nosotros queramos eliminar de nuestro programa las reivindicaciones de reformas, sea el que sea el nombre que le demos, para ponerlas en un compartimento estanco, sino que consiste en el hecho de que situamos estas reivindicaciones transitorias en la relación más estrecha con nuestros principios y nuestros fines".

La cuestión volvió a estar a la orden del día en el VIº Congreso de 1928, en condiciones profundamente alteradas. En 1928, durante su destierro en Kazajstán, Trotsky aprovechará su retiro forzoso para profundizar el balance de diez años de experiencias revolucionarias. Esta reflexión proporciona el material de los ensayos sobre *La Internacional Comunista después de Lenin*, publicados en 1929. En su crítica del programa de la IC, Trotsky condenó el abandono de la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa. Rechazó la confusión entre su propia teoría de la revolución permanente y la de la ofensiva permanente de Bujarin. Caracterizó el fascismo como un "estado de guerra civil" conducido por la sociedad capitalista contra el proletariado.

En cuanto pasó el congreso, con un viraje de 180 grados paralelo a la puesta en marcha de la liquidación de los Kulaks y de la colectivización forzosa en la Unión Soviética, la IC adoptó una orientación de "clase contra clase" que convertía a la socialdemocracia en el enemigo principal, lo cual desembocaría en una división fatal del movimiento obrero alemán ante el ascenso del nazismo. En un artículo titulado *El Tercer Periodo de los errores de la Internacional Comunista*, Trotsky denunció ese curso desastroso como una recaída, no en un izquierdismo juvenil explicable por el entusiasmo revolucionario, sino en un izquierdismo senil y burocrático subordinado a los intereses del Kremlin y a los zigzags de su diplomacia. En su *Historia de la Revolución rusa* insistió en el estudio atento de los índices de radicalización de las masas (la evolución de los efectivos sindicales, los resultados electorales, las estadísticas de las huelgas) en lugar de proclamar abstractamente su disponibilidad constante para la acción revolucionaria: "La actividad de las masas puede, según

las condiciones, re vestir expresiones muy distintas. En ciertos periodos, la masa puede ser totalmente absorbida por la lucha económica y manifestar muy poco interés por las cuestiones políticas. En cambio, tras haber sufrido varios re veses importantes en el campo de la lucha económica, puede vo l ve r b ruscamente su atención hacia el campo político." Sus *Escritos sobre Alemania* adelantan, día tras día, propuestas unitarias de acción para vencer el ascenso resistible del nazismo. Proporcionan un ejemplo brillante de un pensamiento político concreto ajustado a los cambios de coyuntura. Le valdrán, por tanto, las iras del aparato "ortodoxo" del Partido Comunista Alemán, atado a la estúpida profecía según la cual "tras Hitler llegará el turno de Thaëlman [entonces secretario general del partido]".

En 1939, el Programa fundacional de la futura IV Internacional (o *Programa de transición*) resumía las lecciones de estas experiencias: "Hay que ayudar a las masas a encontrar en los procesos de su lucha cotidiana un puente entre sus reivindicaciones inmediatas y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias que partan de las condiciones actuales y de la consciencia real de amplias capas de la clase obrera para conducirlas a una sola y misma conclusión: la conquista del poder por el proletariado [...] La IV Internacional no rechaza las reivindicaciones del viejo programa mínimo en la medida en que conserven alguna fuerza vital. Defiende incansablemente los derechos democráticos de los trabajadores y sus conquistas sociales. Pero lleva a cabo ese trabajo cotidiano con una perspectiva revolucionaria." Entre estas reivindicaciones, el programa insiste en la escala móvil de los salarios y de la jornada laboral, en el control obrero de la producción (escuela de la economía planificada) y el levantamiento del secreto bancario, en la "expropiación de ciertos grupos de capitalistas", en la estatización del sistema de crédito. Concede una importancia particular a las reivindicaciones democráticas y nacionales en los países coloniales y semicoloniales. Este programa no constituye un modelo acabado de sociedad. Desarrolla una pedagogía de la acción en la cual la emancipación de los trabajadores sigue siendo obra de los trabajadores mismos.

3. *La lucha contra el estalinismo y la burocracia.* A principios de los años veinte ciertos economistas soviéticos contemplaron el hundimiento de la economía capitalista mundial en un marasmo sin fin. Trotsky fue uno de los primeros en analizar su estabilización relativa. En ese contexto, fue inducido a

pensar la economía soviética, no como una economía socialista, sino como la "economía de transición" de un país sometido a la amenaza constante de una intervención militar y obligado a destinar a la defensa una parte desmesurada de sus ya magros recursos. No se trataba pues de construir una sociedad ideal en un solo país, sino de ganar tiempo, siguiendo los flujos y reflujos de la revolución mundial, de la que dependía en última instancia el futuro de la Revolución rusa. Durante el lapso de tiempo que el movimiento revolucionario necesitara para lograr victorias en los países más desarrollados, la Revolución rusa permanecería bajo la presión del mercado mundial y de la competencia de países con tecnología más desarrollada y con una mayor productividad del trabajo.

En el marco de estas contradicciones, Trotsky fue uno de los primeros en percibir el peligro de la burocratización en tanto que nueva fuerza social que disfrutaba de privilegios sociales ligados a su monopolio del poder político. Si bien, durante la Guerra Civil y el comunismo de guerra fue partidario de medidas autoritarias, como testimonia su peor libro, *Terrorismo y comunismo*, en 1923 empieza a analizar la burocratización como un fenómeno social, incluso a pesar de que el peligro principal seguía siendo todavía a sus ojos la "nueva burguesía" de los kulaks y de los nuevos ricos de la Nueva Política Económica (NEP). Esta cuestión decisiva de la periodización de la contrarrevolución burocrática no ha dejado de agitar desde entonces a los medios revolucionarios rusos e internacionales. Se trataba de saber si "el termidor soviético" ya se había completado o bien todavía estaba por llegar.

La contrarrevolución burocrática no es, en efecto, un acontecimiento único, simétrico al de Octubre, sino un proceso acumulativo medido por distintos umbrales y niveles. De octubre de 1917 al Gulag estaliniano no hay una simple continuidad, sino un cambio de escala en la represión y en el peso del fenómeno burocrático. Al mismo tiempo que la colectivización forzosa, una reforma capital del sistema de detención entró en vigor en 1929, generalizando los campos de trabajo para los detenidos condenados a penas superiores a tres años. Ante las grandes hambrunas de 1932-1933 y la importancia de las migraciones interiores, una decisión de diciembre de 1932 introducía los pasaportes interiores. La ley del primero de diciembre de 1934 legalizó los procedimientos expeditivos, proporcionando el instrumento jurídico del gran terror. Empezó entonces el ciclo propiamente terrorista marcado por las grandes purgas de 1936-1938. Más de la mitad de los delegados al congreso de

1934 fueron eliminados. Más de 30.000 de entre 178.000 cuadros del ejército fueron arrestados. Paralelamente, el número de efectivos del aparato de Estado burocrático se disparó. Según las estadísticas escrutadas por el historiador Moshe Lewin, el personal administrativo pasó de 1.450.000 miembros en 1928 a 7.500.000 en 1939. El número de empleados de cuello blanco dio un salto de cuatro a catorce millones. El aparato de Estado estaba devorando al partido que creía controlarlo.

Bajo el látigo burocrático, el país conoció pues una alteración sin equivalente en el mundo. Entre 1926 y 1939, las ciudades crecieron en treinta millones de habitantes. La fuerza de trabajo asalariada pasó de 10 a 22 millones. El resultado fue una ruralización masiva de las ciudades y la imposición despótica de una nueva disciplina de trabajo. Esta transformación a marchas forzadas se acompañaba de una exaltación nacionalista y de un desarrollo masivo del carrerismo. En este trajín social y geográfico, ironiza Moshe Lewin, la sociedad se encontraba en cierto modo "sin clase", puesto que todas las clases eran informes, vivían en fusión perpétua.

Más allá de la diferencia de problemáticas, autores tan distintos como Trotsky y Hannah Arendt coinciden en fechar en el primer plan quinquenal y en las grandes purgas de los años treinta el cambio cualitativo a partir del cual es posible hablar de contrarrevolución burocrática (para Trotsky) o de totalitarismo propiamente dicho (para Arendt). La aportación de Trotsky habrá sido proporcionar los elementos de una comprensión materialista de la contrarrevolución burocrática, donde las condiciones sociales e históricas priman sobre las intrigas de palacio y sobre la psicología de los actores. No reduce acontecimientos colosales, en los que están comprometidas las multitudes, a los caprichos de una "historia desde arriba" llevada a cabo por guías supremos o grandes timoneles. Su contribución no cierra, por tanto, el debate y no resuelve definitivamente el jeroglífico histórico que no ha dejado de desgarrar a sus herederos "ortodoxos" y "heterodoxos".

Se consagra, ante todo, a identificar los pasos del proceso en curso en el que la burocracia se autonomiza y el poder se concentra en las manos de un individuo. El grado de cristalización de los privilegios, las relaciones entre las clases, el partido y el Estado y la política internacional de la dirección burocrática constituyen indicadores combinados suficientes para intentar determinar sus umbrales. Sin embargo, el principal revelador de su muda reaccionaria no es sociológico sino político: reside en el fracaso de la Internacional Comu-

nista frente al ascenso y la victoria del nazismo en Alemania. En 1937, cuando los procesos de Moscú y el gran terror alcanzan su apoteosis, Trotsky corrige su visión: "En otra ocasión habíamos definido el estalinismo como un centrismo burocrático. Esta visión está superada actualmente. Los intereses de la burocracia bonapartista ya no se corresponden al carácter híbrido del centrismo. El carácter contrarrevolucionario del estalinismo en la arena mundial ha quedado definitivamente establecido." Se desprende de ello la necesidad de abandonar la línea de la rectificación y de la reforma en la URSS: la tarea central ya era la del "derrocamiento de la burocracia termidoriana misma". Esta nueva revolución es calificada de política, en la medida en que se da por supuesto que se apoya en conquistas sociales existentes (la propiedad estatal y la planificación). En su ensayo sobre Trotsky, Ernest Mandel utiliza a propósito del estalinismo la fórmula paradójica de "contrarrevolución política en la revolución". Estas fórmulas ambiguas conducen a insistir en la caracterización del Estado como un Estado obrero burocráticamente degenerado, atribuyéndole de ese modo una substancia social que ha sido fuente de muchos equívocos.

El programa de la revolución política no deja de comportar una serie de reivindicaciones democráticas ya anunciadas en 1927 en la *Plataforma de la Oposición Conjunta*: " 1/ atajar cualquier tentativa de alargar la jornada laboral; 2/ Aumentar los salarios, al menos en relación con el rendimiento industrial actual; 5/ Mejorar las condiciones de alojamiento de los obreros…" Esta plataforma condenaba categóricamente el hecho de destituir a los representantes sindicales electos bajo el pretexto de desacuerdos internos de partido. Reclamaba una plena independencia para los comités de fábrica y los comités locales con respecto a las administraciones del Estado. En cambio, no ponía en cuestión "la situación de partido único que ocupa el Partido Comunista de la Unión Soviética". Se contentaba con señalar que esa situación, "absolutamente indispensable para la revolución", engendra una serie de "peligros particulares". El *Programa de transición* de 1938 marca un cambio fundamental en ese aspecto. El pluralismo político, la independencia de los sindicatos ante el partido y el Estado, las libertades democráticas se transforman en cuestiones de principio, en la medida en que expresan la heterogeneidad del proletariado y los conflictos de intereses susceptibles de perdurar mucho más allá de la conquista del poder. En *La revolución traicionada*, Trotsky expone los fundamentos teóricos de este pluralismo de principio. Las clases

no son homogéneas "como si la consciencia de una clase se correspondiera exactamente con su lugar en la sociedad". Están "desgarradas por los antagonismos internos y no alcanzan sus fines comunes más que mediante luchas de tendencias, de agrupamientos y de partidos. Podemos reconocer con algunas condiciones que un partido es una fracción de clase, pero como una clase está constituida por buen número de fracciones, la misma clase puede formar varios partidos". De ese modo, el proletariado de la sociedad soviética "no es menos sino mucho más heterogéneo y complejo que el de los países capitalistas y puede, por consiguiente, proporcionar un terreno abonado más que suficiente para la formación de varios partidos". Trotsky concluía que la democratización de los soviets era ya "inconcebible sin el derecho al pluripartidismo".

4. *La cuestión del partido y de la Internacional*. Es la cuarta gran cuestión constitutiva del "trotskismo" originario. Es el corolario organizativo de la teoría de la revolución permanente y de la comprensión de la revolución como un proceso internacional. El último combate de Trotsky por una nueva Internacional, que él considerará el más importante de su vida, se opone a la evolución nacionalista del régimen soviético y a su consecuencia previsible: la liquidación de la Internacional Comunista misma, oficializada en 1943.

CAPÍTULO II

# EL ÚLTIMO COMBATE DE TROTSKY

Los años treinta fueron fértiles en acontecimientos importantes: la llegada al poder de Hitler en 1933, el aplastamiento de la insurrección de Viena en 1934, la Guerra Civil española y el Frente Popular en Francia, la larga marcha de Mao Tse Tung y el establecimiento de la República de Yenan, los procesos y el gran terror en la Unión Soviética, Munich y el pacto germano-soviético, el *Anschluss* y el despedazamiento de Polonia. Este encadenamiento parece la crónica de una guerra anunciada. Se hizo pues urgente asegurar la transmisión de la herencia y forjar el instrumento que tanta falta le hizo al puñado de internacionalistas que se opusieron a la Unión Sagrada de 1914.

En 1929, Trotsky se defiende todavía de la acusación de querer crear una nueva Internacional: "Es una idea enteramente falsa". Esta negación expresa una convicción profunda según la cual la contrarrevolución en la URSS no se había consumado todavía. Toma como ejemplo la experiencia de la II Internacional, que no basculó de un día para otro, con el voto de los créditos de guerra, hacia la colaboración de clases. Mucho antes de 1914 no faltaban los indicios de su degeneración, tanto en el plano teórico (con la controversia, desde principios de siglo, sobre el revisionismo entre Bernstein, Kautsky y Rosa Luxemburg), como en el político (con la adopción de posiciones chovinistas sobre la cuestión colonial, con las derivas parlamentarias del socialismo francés bajo Millerand), o con los signos de burocratización denunciados por Georges Sorel, Roberto Michels o Antonio Labriola. Pero para certificar su bancarrota esos indicios eran insuficientes. Para llegar a la conclusión de la necesidad de una nueva Internacional faltaba el test crucial del 4 de agosto de 1914 y la adhesión de los socialistas a la Unión Sagrada.

Durante todo el tiempo en el que sostuvo la idea de un termidor inacabado en la Unión Soviética, Trotsky preconizó la línea de "rectificación" tanto en la Internacional como en el Partido Comunista de la Unión Soviética. En 1932 definía todavía a la Oposición de Izquierdas como "una fracción del

comunismo internacional". Sin embargo, ya tomaba en consideración las hipótesis que podrían modificar su posición: "Una catástrofe tal que el hundimiento del Estado soviético conduciría también, sin duda, al de la III Internacional. Del mismo modo, la victoria del fascismo en Alemania y el aplastamiento del proletariado alemán difícilmente permitirían a la Komintern sobrevivir a las consecuencias de su política desastrosa." Un año más tarde, se cumplió la segunda hipótesis con el ascenso de Hitler y los nazis al poder. La conclusión fue inmediata: "¡El proletariado alemán volverá a levantarse, el Partido Comunista Alemán jamás!"

Sin embargo, la suerte de la Internacional Comunista todavía no estaba echada. No todos los jóvenes partidos comunistas se habían convertido simultáneamente en simples apéndices de la burocracia soviética. El proceso de estalinización de la Internacional es desigual. En ciertos países, como España, aplastó en el huevo al comunismo naciente. En otros, como Suecia, pero también en Alemania o en Cataluña, provocó rupturas y escisiones. En otros, en fin, la subordinación de los partidos comunistas a los intereses de la burocracia del Kremlin fue el objeto de furiosas batallas a lo largo de los años treinta. Como señaló el historiador Isaac Deutscher, la degeneración de la III Internacional fue diferente y más difícil de comprender que la de la segunda, lentamente corrompida por su integración progresiva en las instituciones, por la obtención de puestos parlamentarios y por la promoción social de las burocracias sindicales. Hacerse comunista a principios de los años treinta suponía, al contrario, exponerse a la represión laboral y policial más que disfrutar de gratificaciones. La reacción estaliniana apareció a menudo a los ojos de los militantes como un "heroísmo burocratizado", muy distinto del confort institucional prometido a los monos sabios de la socialdemocracia.

Tras cuatro meses de reflexión, Trotsky tomó nota de la ausencia de sobresalto alguno en la Internacional y se pronunció por una nueva Internacional. Esta decisión no se fundaba en un pronóstico, sino en una experiencia crucial; no sobre impresiones subjetivas, sino en conmociones efectivas; no en previsiones, sino en hechos. En 1930 había escrito: "Es evidente que todas las posibilidades y las probabilidades de la evolución hacia el bonapartismo reducen la verosimilitud del éxito en la vía de las reformas [en la Unión Soviética], pero los efectos no pueden ser medidos por adelantado: seguimos en la vía de la reforma." En el verano de 1933, persistía: "Aunque algunos entre nosotros tengan desde hace cierto tiempo la convicción de que la Internacional

Comunista estaba condenada al fracaso, nos resultó imposible proclamar nosotros mismos una nueva Internacional. Siempre hemos planteado esta cuestión en función de los grandes acontecimientos históricos que debían someter a la Komintern estaliniana a un examen histórico."

Determinar la fecha de una bifurcación histórica plantea evidentemente un problema. La elección misma del acontecimiento decisivo implica una parte irreductible de subjetividad. Así pues, podemos preguntarnos si la suerte de la Internacional Comunista no estaba ya echada desde 1927, con la tragedia de la segunda revolución china evocada por Malraux en *La condición humana*, o desde 1930 con las brutalidades de la colectivización forzada y las primeras purgas en la Unión Soviética. Trotsky recomienda dejar la cuestión a los historiadores. La llegada de los nazis al poder determina el porvenir de Europa y constituye un punto de inflexión crucial en el mundo de entreguerras.

Pero las indecisiones sobre la necesidad de una nueva orientación se traducen en una nueva dificultad suplementaria. No se trata solamente, como en 1914, de pronunciar la oración fúnebre por una Internacional difunta, sino de responder al problema inédito planteado por las transformaciones de la Unión Soviética: ¿el llamamiento a la formación de un nuevo partido revolucionario internacional, también en la Unión Soviética, acaso no implica el llamamiento a una nueva revolución en la Unión Soviética misma? Según Jan Van Heijenoort, quien fue su secretario durante los años treinta, Trotsky empezó a tomar en consideración esta perspectiva entre marzo y julio de 1933, pero no la resuelve hasta 1936. Vistas las consecuencias de tal decisión, el plazo de reflexión no parece exorbitante, sino simplemente responsable.

La decisión de construir una nueva organización internacional reposa en primer lugar en un juicio programático: ¿sobre qué bases? Si bien las referencias al *Manifiesto Comunista* y a los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista proporcionan una base necesaria, esta ya no era suficiente. En diez años, la lucha de clases internacional había acumulado una serie de acontecimientos que obligaban a establecer nuevas delimitaciones: la contrarrevolución burocrática en la Unión Soviética, la victoria del fascismo en Italia y Alemania, las lecciones de la segunda revolución china. Lejos de constituir una tabla intangible de la ley, el programa se nutría permanentemente de nuevas experiencias fundadoras. Las enseñanzas asimiladas desde Octubre son resumidas en un breve documento de 1933 conocido como los *Once pun-*

*tos de la Oposición de Izquierdas*. En pocas palabras lo esencial está dicho:

1. La defensa intransigente de la independencia de los partidos proletarios: es la gran lección extraída de la subordinación fatal del Partido Comunista Chino al Kuomintang nacionalista de Chang Kai-Chek.
2. La oposición de la teoría de la revolución permanente a la del "socialismo en un solo país" y la reafirmación del carácter internacional de la revolución proletaria frente al capitalismo mundializado.
3. La caracterización de la Unión Soviética como "Estado obrero burocráticamente degenerado", con su consiguiente defensa contra el imperialismo y contra toda tentativa de restauración capitalista.
4. La condena de la política económica de Stalin y de la aventura trágica de la "colectivización forzosa".
5. La necesidad de militar en los sindicatos de masas, contra la política sectaria de escisión sindical desarrollada por la Komintern durante el "tercer periodo".
6. El rechazo del concepto de "dictadura democrática del proletariado y del campesinado" entendido por los dirigentes de la Komintern como una etapa histórica distinta de la dictadura del proletariado.
7. La necesidad de movilizar a las masas por reivindicaciones transitorias, particularmente en base a consignas democráticas en los países coloniales o bajo regímenes dictatoriales: este punto zanja el debate sobre el programa llevado a cabo en el quinto y sexto congreso de la IC.
8. La necesidad de una política de frente único obrero, opuesto tanto a la colaboración con los partidos burgueses como al sectarismo desastroso del "tercer periodo de errores" de la Internacional Comunista.
9. La condena categórica de la teoría llamada del "social-fascismo" que asimila a los partidos socialdemócratas a los partidos fascistas y ya no hace distinción entre democracia parlamentaria y dictadura fascista.
10. La necesidad, en fin, de un régimen democrático en el seno del partido para oponerse a la degeneración burocrática tanto del Partido Comunista de la Unión Soviética como de la Internacional Comunista.

Un punto añadido en julio proclama finalmente la "necesidad de crear una Internacional Comunista auténtica capaz de aplicar los principios arriba expuestos". Cinco años más tarde, más allá del llamamiento a una nueva revo-

lución política (un "levantamiento insurreccional") en la Unión Soviética, el *Programa de transición* insta al "derrocamiento de la burocracia termidoriana", al "renacimiento y al florecimiento de la democracia soviética", a la "legalización de los partidos soviéticos", al restablecimiento del control de los comités de fábrica sobre la producción, a la supresión de la diplomacia secreta y a la revisión pública de los procesos.

El año 1934 estuvo marcado por nuevos acontecimientos políticos de gran importancia. En febrero tuvo lugar el aplastamiento de la insurrección obrera de Viena y las manifestaciones fascistas en París. Consciente de la amenaza que tal ascenso del fascismo hacía pesar sobre la existencia misma de la socialdemocracia, Trotsky dedujo de ello que la aparición de corrientes de izquierdas en el seno de estos partidos era inevitable. Unos meses más tarde, la participación de los socialistas españoles en la insurrección de Asturias confirma este pronóstico. Trotsky extrae conclusiones de ello para España, Bélgica y Francia: las pequeñas fuerzas de la Oposición de Izquierdas deben ocupar su lugar en el frente unido contra el fascismo entrando en los partidos socialdemócratas. Conocido como el "giro francés", esta orientación fue muy pronto objeto de debates y divisiones. Constituye la primera experiencia de lo que se llamará el "entrismo", a menudo considerado como característica de las prácticas maniobreras llevadas a cabo por las organizaciones trotskistas.

Tras la firma del pacto Stalin-Laval de agosto de 1935, el VIIº Congreso de la IC generalizó la nueva línea de los Frentes Populares. La situación cambiaba de nuevo. Este viraje de los partidos estalinistas puso a la orden del día la unidad burocrática de los aparatos, que iba a tener lugar a expensas de las corrientes revolucionarias. Esta previsión fue rápidamente confirmada por la expulsión de la corriente "bolchevique-leninista" del Partido Socialista Francés. Un nuevo cambio de rumbo se imponía, situando de nuevo como prioridad la construcción de organizaciones independientes.

Trotsky propuso igualmente apresurar la construcción y la proclamación de la IV Internacional, rechazando contemporizar durante más tiempo a la espera de hipotéticos reforzamientos. A finales de 1935 la lucha por una nueva Internacional se tropezaba, sin embargo, con nuevas dificultades. La sección francesa y la sección americana se dividían sobre la cuestión del entrismo. En Moscú se abría el ciclo de los procesos. "El viento ya sopla en nuestra contra", constataba Trotsky. Previendo que la dialéctica de las derrotas conduci-

ría directamente a la guerra, estimaba que no había tiempo que perder. En julio de 1936, la Conferencia del "Movimiento por la IV Internacional" agrupaba a organizaciones de nueve países. Una veintena más no habían podido enviar a sus delegados. Por razones poco claras la Conferencia no proclamó todavía la IV Internacional.

No será hasta septiembre de 1938, tras las grandes purgas estalinianas en la URSS, cuando la derrota se había consumado en España y Francia, que se celebre en la región parisina la Conferencia constitutiva. Esta adopta el documento conocido como *Programa de transición*, así como unos estatutos que definen a la nueva Internacional como "partido mundial de la revolución socialista". Solamente tres voces de entre los delegados se levantan contra esta decisión. El polaco Hersch Mendel-Stockfish es su principal portavoz. Este recuerda que Marx, Engels y Lenin se guardaron bien de fundar la Primera, la Segunda y la Tercera Internacional en periodos de reflujo; esperaron para hacerlo un nuevo ascenso impetuoso de las luchas; ahora bien, en 1938 no existe ningún partido de masas al cual adosar la nueva Internacional; proclamarla a contracorriente corría el riesgo de condenarla a una vida grupuscular vegetativa y de comprometer su idea durante mucho tiempo.

Trotsky es perfectamente consciente de que las condiciones de creación de la IV Internacional son absolutamente inéditas y particularmente difíciles: se trata de una Internacional minoritaria, sin ninguna sección de masas, que él califica de "Internacional de cuadros", encargada ante todo de transmitir una herencia y de preparar el porvenir; nace tras una sucesión de derrotas del proletariado mundial, entre las que la contrarrevolución burocrática en la URSS no es la menor; se constituye en un contexto en el que el movimiento obrero no atraviesa sus primeras experiencias, sino que se encuentra ya sólidamente encuadrado en un buen número de países clave por los aparatos socialdemócratas y estalinistas que se nutren el uno del otro; la corriente estalinista internacional dispone, a su vez, de una base material específica con la existencia de una "patria del socialismo", a pesar de ser "burocráticamente degenerada".

En estas condiciones, "la línea recta apenas es posible". Hará falta saber encontrar los puntos de apoyo para pasar de esta Internacional minoritaria a la construcción de una nueva Internacional de masas. Trotsky escribe entonces al socialista de izquierdas Marceau Pivert: "los bolcheviques-leninistas se consideran como una fracción de la Internacional que se construye. Están dis-

puestos a trabajar codo con codo con otras fracciones realmente revolucionarias." Esta experiencia de los años de fundación de la IV Internacional plantea diversas cuestiones.

1. Las recomendaciones de Trotsky durante los años treinta siguen mes a mes las fluctuaciones de una situación inestable. Por no tomar más que el ejemplo francés, entre 1932 y 1939 se registran no menos de cinco virajes tácticos: en 1932, seguir en el Partido Comunista para construir una oposición de izquierdas en la perspectiva de rectificación de la IC; en 1933, constituir una organización independiente frente a la unidad burocrática entre aparatos socialdemócratas y estalinianos; en 1939, ingresar en el PSOP (Partido Socialista Obrero y Campesino) de Marceau Pivert, que acababa de romper con la socialdemocracia. Esta flexibilidad política está en las antípodas del dogmatismo rígido que algunos imaginan. Desde el punto de vista organizativo, impone una gimnasia de giros bruscos, inteligente pero destructiva: cada nuevo curso provoca divisiones y a menudo escisiones, de modo que las pérdidas anulan las ganancias.

2. Siguiendo un razonamiento análogo al de los delegados hostiles en 1938 a la proclamación de una nueva Internacional, tal proclamación fue a menudo juzgada prematura. Trotsky pensaba que sería probable que la burocracia del Kremlin no sobreviviera a la prueba de la guerra y que la guerra misma desembocaría en un periodo de turbulencias revolucionarias y de recomposiciones políticas comparable al que había seguido a la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, es falso sostener que la IV Internacional había sido fundada en base a tal pronóstico. La necesidad de sentar sus bases se desprendía, al contrario, de las relaciones entre las clases a escala internacional, de las tareas impuestas por la situación mundial, de la crisis de las direcciones del movimiento obrero en vísperas de la guerra. Podemos discutir esta opción, aunque es necesario comprender su lógica: la necesidad de una Internacional, aunque sea minoritaria, para hacer frente a la degeneración chovinista de las grandes organizaciones obreras no reposa en una predicción adivinatoria. Para Trotsky, esta elección permitía preparar las diferentes salidas posibles de la guerra.

Durante esos años de formación de la IV Internacional, esos textos están

impregnados de impaciencia y brutalidad hacia sus allegados como Andreu Nin o Víctor Serge. Estas polémicas excesivas han dado a veces el tono de los debates ulteriores y alimentado la tendencia de los movimientos trotskistas a desgarrarse en base a juicios de intención. Sin constituir una justificación, varios elementos permiten entender estas malas costumbres.

—La exasperación siempre guarda una proporción con la gravedad de lo que está en juego. De derrota en derrota, la marcha hacia la guerra se vuelve ineluctable. Trotsky entrevé los peligros que el fascismo hacía pesar sobre Europa; conoce la amplitud de la reacción burocrática en la Unión Soviética; entiende que la guerra que está por llegar será peor todavía para la humanidad que la de 1914-1918. La alternativa "socialismo o barbarie" ya no es una alternativa histórica lejana, sino una cuestión inmediata. A pesar de las proclamaciones confiadas en el porvenir de la humanidad, daba muestras de desesperación ante cada ocasión perdida y ante la espiral vertiginosa de las derrotas.

—Este combate se desarrolla en un contexto en el que las tragedias personales se acumulan y se imbrican con la gran tragedia histórica. Trotsky no tiene noticias de su hijo Serguei y de su yerno Platón Volkov, desaparecidos durante las purgas. Su hija Zina se suicida en Alemania en 1933. Su hijo mayor y más próximo colaborador, León Sedov, muere en París en 1938 en circunstancias controvertidas. Desapariciones y asesinatos se multiplican entre sus partidarios: Ignace Reiss en Suiza, Rudolf Klement en París, Nin en Alcalá de Henares, Christian Rakovski en Rusia. Condenado a errar por un "planeta sin visado", él mismo se encuentra exiliado de Alma Ata a Prinkipo, pasa dos años en Francia y varios meses siniestros en Noruega antes de partir hacia México, a donde llega en febrero de 1937. A penas desembarcados, mientras estaban a la espera de una nueva partida hacia un país nuevo, Trotsky y su compañera Natalia son alcanzados por la historia con las noticias del segundo proceso de Moscú: "El aparato totalitario ha envenenado a los acusados de mentiras antes de aplastarlos". Es una destrucción refinada de todas las fibras del alma, "un proceso de autómatas, no de seres humanos" dice entonces Trotsky, un teatro de sombras donde "el acusado ya no existe en tanto que persona".

—El combate contra las mentiras de los procesos de Moscú y contra los crímenes de Stalin no es un brindis a la historia. En sus memorias, el jefe de la

Orquesta Roja*, Leopold Trepper, les ha rendido homenaje: "¿Quién protestó entonces? ¿Quién se levantó entonces y arrojó su repugnancia? Ese honor deberían reivindicarlo sólo los trotskistas. Al igual que su líder [...] lucharon de un modo inquebrantable contra el estalinismo —los únicos—. [...] Ellos no se levantaron, sabían entonces que su confesión no serviría ni al partido ni al socialismo". De octubre de 1936 a marzo de 1937 organizaron en el campo de Vorkuta una huelga de hambre de 132 días por la limitación a ocho horas de la jornada de trabajo, la supresión de las raciones por rendimiento, la separación de los deportados políticos y de los presos comunes, la autoorganización de los reclusos. Para resistir a la máquina totalitaria hacía falta no solamente fuerza de carácter, sino una comprensión profunda de ese momento ilógico de la historia de la humanidad y una convicción política a toda prueba.

—De ahí la importancia que otorgaba Trotsky a la celebración de una comisión de investigación ante la cual él se compromete a abrir sus archivos y a desmontar punto por punto la puesta en escena judicial de los procuradores de Moscú. Solicitados para participar en esta comisión de investigación, buen número de intelectuales recusan con el pretexto casuístico de que es imposible demostrar lo negativo. El filósofo y lógico John Dewey, considerando que están en juego "principios fundamentales de verdad y justicia", acepta en cambio presidir la comisión: "Acepté las responsabilidades de esta presidencia porque de haberlas rechazado habría faltado a la obra de mi vida". Dewey está fascinado por este desterrado que presidió los soviets y dirigió el Ejército Rojo, ahoya ya casi solo a la cabeza de una Internacional minúscula y de partidos enanos: hay en él "este no sé qué de inacabado que añade el infortunio a la virtud".

Como filigrana de una concisa argumentación factual, las declaraciones de Trotsky ante la comisión están enriquecidas por una reflexión sobre la historia: "la humanidad no ha conseguido hasta el momento racionalizar su historia. Es un hecho. No hemos conseguido racionalizar nuestros cuerpos y nuestros espíritus. El psicoanálisis intenta enseñarnos a armonizarlos, con poco éxito hasta el presente. La cuestión no es saber si podremos alcanzar la perfección absoluta de la sociedad. Tras cada gran paso adelante, la humani-

* Red soviética de espionaje creada en la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial (N. del E.).

dad da un rodeo o incluso un gran paso atrás. Lo lamento, pero yo no soy responsable de ello [*risas*]. Incluso tras la revolución mundial, es muy probable que la humanidad esté muy fatigada. Incluso para una parte de los hombres y de los pueblos quizás aparezca una nueva religión, pero un gran paso adelante se habrá dado de todos modos." Este combate solitario en un jardín perdido en las afueras de México es quizás el más importante a sus ojos. Octubre podría haber tenido lugar sin él, quizás incluso sin Lenin, puesto que cuando la historia avanza por su lado bueno encuentra a los hombres que necesita. Es en la derrota cuando se vuelven irremplazables. Cuando los vientos son adversos, los justos se vuelven escasos.

Ante la comisión Dewey, se trataba ni más ni menos que de desenmascarar la impostura antes de que el mito envolviera a la historia. En diciembre de 1937, la comisión pronunció sus conclusiones, apoyadas por un dossier de 400 páginas: "[…] Punto 21. Concluimos que los procesos de Moscú son una falsificación […] Punto 23. Declaramos pues a Trotsky y Sedov no culpables". Al recibir este informe, Trotsky anotará: "¡dos líneas! Pero dos líneas que pesarán mucho en la biblioteca de la humanidad". En efecto, estas han recibido desde entonces una amplia confirmación en los archivos.

## CAPÍTULO III

## HERENCIA SIN MODO DE USO

El combate por la IV Internacional constituye el lazo entre dos periodos históricos y entre dos generaciones militantes. Es indisociable de un juicio político sobre la guerra anunciada. Experiencia extrema, la guerra es, en efecto, el momento de la verdad por excelencia; un revelador implacable de las políticas, de las organizaciones, de los caracteres; una línea de división de aguas.

Desde 1937, Trotsky estimaba que la guerra era probable en un plazo de dos años. Anunciaba que la Alemania hitleriana empezaría consiguiendo éxitos fulminantes en el Oeste sin alcanzar una victoria total contra Inglaterra. Previó una Francia dividida, dominada, degradada al rango de potencia de segunda clase. En las postrimerías del Pacto de Munich denunció ese compromiso podrido, incapaz de salvar la paz, y consideró la posibilidad de una colusión entre Hitler y Stalin. Tras el pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, que sumergió a tantos militantes comunistas en el desconcierto, no cesó de denunciar la ayuda económica aportada por Stalin a Hitler. A pesar de su lucha encarnizada contra la burocracia del Kremlin, continuaba definiéndose como un defensor incondicional de la Rusia soviética y de las relaciones sociales fundadas sobre la propiedad estatizada. Poco antes de su muerte estimaba inevitable la entrada de Estados Unidos en la guerra. Consideraba, en efecto, que lo que realmente estaba en juego en esta guerra era la lucha por la supremacía mundial entre Alemania y los Estados Unidos en detrimento de Inglaterra.

Asesinado en agosto de 1940, Trotsky no conoció ni los campos de exterminio, ni la solución final, ni el uso del arma atómica, ni el nacimiento del nuevo orden mundial de Yalta y Potsdam. Sus últimos escritos no constituyen más que una contribución inacabada a los debates entre sus herederos, donde las cuestiones de la guerra y las de la caracterización de la Unión Soviética están inextricablemente entrelazadas. La lucha de clases proporcio-

na a las sociedades contemporáneas un hilo de inteligibilidad a fenómenos que a p a recerían a primera vista como un estrépito insensato de ruido y furo r, de pasiones y delirios. Pe ro la historia no se reduce a un enfrentamiento simple en torno a líneas de frente límpidas. Esta pasa por la mediación de Estados, naciones, territorios. Hay que trazarse un camino dentro de esta complejidad. Vo lviendo sobre la Segunda Guerra Mundial, Ernest Mandel, entonces dirigente belga de la IV Internacional, analiza un entrelazamiento entre una guerra imperialista (entre Estados Unidos, Alemania y Japón), una guerra defensiva de una Estado surgido de una re volución (la Unión Soviética contra Alemania), guerras de liberación nacional (China contra Japón), guerras de resistencia contra la ocupación extranjera (en Francia, Yugoslavia y Grecia) y guerras civiles (en Grecia, Italia y China). En este laberinto, las líneas del frente se re c o rtan y se encabalgan. Para los pequeños núcleos de la IV Internacional (que tiene menos de dos años de existencia) resulta tanto más difícil orientarse en la medida en que las comunicaciones son problemáticas y los militantes experimentados son diezmados por la doble represión fascista y estaliniana. Para desbaratar la "indecente condescendencia de la posteridad" sin prohibir una mirada crítica es necesario esforzarse por comprender antes de juzgar.

**La Conferencia de emergencia.** —Algunos días después del golpe de efecto del pacto germano-soviético de agosto de 1939 empieza la agresión fulminante de Alemania contra Polonia. A cambio, Stalin se apodera de su parte oriental y de los países bálticos. Exige concesiones territoriales de Finlandia y se lanza a una guerra de conquista que se tropieza con una resistencia inesperada. El 11 de mayo de 1940, la Whermacht invade Holanda, luego Bélgica. El 22 de junio Pétain firma la capitulación de Francia.

Una conferencia extraordinaria de la IV Internacional se reúne en mayo en Estados Unidos, mientras la bandera con la cruz gamada ondea sobre Viena, Praga, Varsovia, Oslo, Copenhague, La Haya y Bruselas. Reúne a delegados de los Estados Unidos, Alemania, Bélgica, Canadá, México, España, Cuba, Argentina, Puerto Rico y Chile. Su Manifiesto es el último documento programático al que Trotsky contribuyó personalmente. En un artículo de agosto de 1937 anunció que "la guerra puede estallar en los tres o cuatro años por venir": "no indicamos este plazo, desde luego, más que a la vista de la orientación general. Acontecimientos políticos pueden acelerar o aplazar el evento, pero su inevitabilidad es el resultado de la dinámica económica y de la

dinámica de la carrera de armamentos". Esta guerra anunciada será "totalitaria". En estas convulsiones, "el mundo entero cambiará de aspecto". Lo más probable es que "la dominación del planeta pasará a manos de los Estados Unidos".

Trotsky ponía en guardia contra las ilusiones consistentes en concebir esta guerra como una cruzada de los demócratas contra las dictaduras. La no intervención en España y la capitulación de Munich mostraban que no se trataba de eso. Se trataría de un conflicto imperialista por "un nuevo reparto del mundo". Tras "la paz imperialista" de Munich, "la desproporción flagrante entre el peso específico de Francia y de Inglaterra en la economía mundial y las dimensiones grandiosas de sus posesiones coloniales es tan fuente de conflictos mundiales como la avidez de los agresores fascistas. Mejor dicho, se trata de dos caras de una misma moneda". Ello no implica ninguna neutralidad ante las formas de dominación imperialista, según la cual no habría diferencia entre la dictadura fascista y la democracia parlamentaria desde el punto de vista de las condiciones de lucha y de organización del proletariado.

El pacto germano-soviético de agosto de 1939 no constituye una sorpresa. Desde 1933, Trotsky no había dejado de afirmar que Stalin buscaba una acuerdo con Hitler y que su viraje hacia los frentes populares no era más que un mal menor de pretendiente rechazado. La política del Kremlin no obedecía a principios, sino a los intereses de la burocracia. Esta se adapta pragmáticamente a las correlaciones de fuerzas. La capitulación ante Hitler en Munich anunciaba, pues, el cambio de alianzas que sorprendió a tanta gente. En marzo de 1939, Trotsky interpretaba los discursos de Stalin como "un eslabón en la cadena de una nueva política en formación" y como un "ofrecimiento unilateral de la mano y del corazón" a la Alemania nazi. Hitler y Stalin son "estrellas gemelas".

En una entrevista de marzo de 1939 con el *Daily Herald* de Londres, Trotsky declaraba de nuevo inevitable la guerra mundial. La revolución española victoriosa había sido la última oportunidad de escapar a ella. "La segunda guerra mundial ha empezado", escribe entonces, ya que los Estados Unidos no podrán mantenerse al margen de la lucha por la hegemonía mundial. Pero Alemania llega demasiado tarde para el gran reparto imperial: "La furia militar que se ha apoderado del imperialismo alemán acabará con una terrible catástrofe. Pero antes, muchas cosas van a ocurrir en Europa". La conferencia de emergencia resume estas orientaciones: "La causa inmediata de la

guerra actual es la rivalidad entre los imperios coloniales antiguos y ricos (Gran Bretaña y Francia) y los saqueadores imperialistas recién llegados (Alemania e Italia).” Esta guerra “no es la nuestra”. A la defensa nacional en nombre del antifascismo se oponen la destrucción revolucionaria del Estado nacional, la consigna de los Estados Unidos Socialistas de Europa y el llamamiento a la confraternización de clase entre trabajadores en uniforme.

Un triunfo de los aliados significaría la desmembración de Alemania y una nueva paz de Versalles con los Estados Unidos, que reclamaría el precio de su victoria. La derrota de la URSS significaría no solamente el derrocamiento de la burocracia totalitaria, sino el hundimiento de la primera experiencia de economía planificada y la transformación del país en una colonia. La variante menos probable de una paz sin vencedores ni vencidos significaría el caos internacional. El mundo capitalista no tendría entonces otra perspectiva que la de una agonía prolongada.

**La defensa de la URSS.** —La cuestión de la guerra está constantemente entrelazada con la de la caracterización y la defensa de la Unión Soviética. Durante el segundo congreso del POI (Partido Obrero Internacionalista), Yvan Craipeau había sostenido en noviembre de 1937 que la burocracia soviética se había convertido en una clase de pies a cabeza. Deducía de ello la necesidad de renunciar a la defensa de la URSS en tanto que “Estado obrero degenerado”. Trotsky le respondía que no era suficiente definir a la burocracia como una clase para evitar “tener que analizar el lugar que la nueva sociedad ocupa en el desarrollo histórico de la humanidad”. En caso de guerra entre Japón y Alemania de un lado y la Unión Soviética de otro estaría en juego “el destino de la propiedad nacionalizada y de la economía planificada”. La victoria de los Estados imperialistas en tal conflicto no significaría solamente el derrocamiento de la “nueva clase” explotadora, sino el hundimiento de toda la economía soviética al nivel de un capitalismo atrasado y semicolonial. Igual que en una guerra entre un país colonizado y una potencia colonial, no se podía permanecer neutral ante lo que aquí estaba en juego.

Trotsky no excluía “la posibilidad de la restauración de una nueva clase propietaria procedente de la burocracia”, pero, a sus ojos, no se trataba más que de “una posibilidad histórica y no de un hecho ya consumado”. Considerar el peligro socialpatriótico como el peligro principal en la URSS y exigir la elección entre la “defensa incondicional de la URSS” y “el derrotismo revo-

lucionario" le parecía, en esas circunstancias, una alternativa abstracta. La analogía entre la defensa de la URSS en tanto que Estado obrero y el apoyo a un país colonizado contra una potencia colonial manifiesta, sin embargo, una ambigüedad, puesto que el carácter "obrero" del Estado no es determinante en el asunto.

El debate adoptó otro cariz a la luz del pacto germano-soviético y al aproximarse la guerra: ¿cómo entender el pacto firmado por Ribbentrop en Moscú? ¿Cómo juzgar la política de la URSS en Polonia, en Finlandia y en los países bálticos? ¿La URSS debía seguir siendo defendida militarmente o acaso esta nueva forma de unión sagrada patriótica sería una simple repetición de las derivas chovinistas de antaño? Y si debía ser defendida, ¿era en función de su caracterización como un Estado obrero o de criterios pragmáticos comparables a los que se aplican en una guerra de liberación nacional entre opresores y oprimidos? ¿Había, al contrario, que oponerse a la opresión gran rusa de Polonia y Finlandia, aunque suponga preconizar el derrotismo revolucionario en Rusia como en Francia o en Alemania?

Los principales interlocutores pertenecen ya a la corriente del Socialist Workers Party, sección americana de la IV Internacional, animada en particular por Max Shachtman y James Brunham. Estos son apoyados en el Comité Ejecutivo Permanente con sede en los Estados Unidos por el brasileño Mario Pedrosa (a quien se concederá en 1980 el carnet honorífico nº 1 de miembro del nuevo Partido de los Trabajadores del Brasil) y por el revolucionario de Trinidad C.L.R. James, autor de un libro de referencia sobre *Los jacobinos negros*. Para Shachtman y Burnham, la URSS ya no puede ser considerada, tras la invasión de Finlandia, como un Estado obrero degenerado, sino como un Estado imperialista. Para Trotsky, la lucha por el derrocamiento revolucionario de la dictadura burocrática y la defensa de la URSS no son incompatibles, sino complementarias.

En abril de 1940, la minoría dirigida por Shachtman y Burnham abandona el SWP para fundar el Workers Party. Un mes más tarde, Burnham se aleja discretamente y redacta su célebre ensayo sobre la era de los managers, ampliamente inspirado por el libro *La burocratización del mundo*, publicado en 1939 en Francia por Bruno Rizzi: "Leí *Managerial Revolution* en 1945, cuenta Pierre Naville, y muy pronto reconocí en él lo esencial de las ideas de Rizzi, con la excepción de la originalidad y la frescura de su pensamiento". Para Rizzi, el fascismo, el estalinismo y el New Deal se inscriben bajo la misma

categoría de "colectivismo burocrático" en una tendencia hacia la burocratización del mundo. Este nuevo orden en formación sería progresista. La noción de colectivismo burocrático presenta, pues, ambigüedades simétricas a las de la noción elástica de totalitarismo, permitiendo meter en un mismo saco a relaciones sociales muy distintas. Las exigencias teóricas de Trotsky son mucho más rigurosas.

Desde diciembre de 1939, Shachtman, quien preside entonces el SWP, retoma a su vez las tesis de Burnham: ni Estado obrero, ni Estado capitalista, la Unión Soviética representaría una nueva sociedad de explotación dirigida por una nueva clase dirigente burocrática. Deduce de ello un antagonismo irreductible entre dos clases: una antigua y otra nueva, la burguesía y la burocracia. Si la burocracia juega un rol progresista a su pesar, el alineamiento con el "campo socialista" puede encontrar una justificación a pesar de los crímenes del Kremlin; si son la burguesía y las democracias parlamentarias las que representan la fuerza progresista, tiene fundamento agruparse bajo su bandera en la cruzada antitotalitaria. Se perfilan así dos formas opuestas de "campismo" que obedecen a la lógica binaria del tercio excluso. En Burnham conducirá a apoyar el maccartismo y la guerra americana en Vietnam.

Tras el pacto germano-soviético, Trotsky recuerda que la IV Internacional proclama desde su fundación, para mayor indignación de los "amigos de la URSS", "la necesidad de derrocar a la burocracia mediante una insurrección revolucionaria de los trabajadores". Calificando a tal burocracia de casta, subraya el "carácter cerrado, el despotismo, la altivez de la capa dirigente", pero "esta definición no tiene, desde luego, un carácter estrictamente científico". Más allá de la querella terminológica, se trata de saber si "la burocracia constituye una excrecencia pasajera" del organismo social, o si ya se ha "transformado en órgano históricamente necesario" capaz de fundar un nuevo modo de producción o de abrir una tercera vía entre capitalismo y socialismo en la historia de la humanidad. Si bien la burocracia staliniana ha sobrevivido durante más tiempo del previsto, su descomposición, su debacle final y su reconversión mafiosa confirman la respuesta negativa.

Se han desarrollado dos grandes alternativas teóricas a la posición de Trotsky. La que caracteriza al régimen soviético como un "capitalismo de Estado" que inaugura una nueva era que sucedería al capitalismo concurrencial de mercado. La del "colectivismo burocrático", según la cual la burocracia constituiría una nueva clase que instituye una nueva esclavitud en beneficio

de un explotador totalitario. Trotsky no duda en utilizar la expresión "dictadura totalitaria" para caracterizar al régimen estaliniano. Pero insiste en el hecho de que este "régimen totalitario no puede ser más que un régimen temporal y transitorio" y no una nueva forma de desarrollo orgánico de las sociedades modernas.

La "defensa de la URSS" no es, dice, la defensa de lo que guarda en común con los países capitalistas, sino de lo que todavía la distingue de ellos. Es por ello que "el derrocamiento de la burocracia es indispensable para la preservación de la propiedad estatal", y "es solamente en este sentido que somos partidarios de la defensa de la URSS". Esta defensa no significa el menor acercamiento a la burocracia del Kremlin: "en realidad, defendemos a la URSS como defendemos a los países colonizados, como resolvemos todas las tareas que nos fijamos, no apoyando a ciertos gobiernos imperialistas contra otros, sino mediante el método de la lucha de clases internacional tanto en las colonias como en las metrópolis". La analogía repetida entre la defensa de la URSS y la de los países colonizados indica una dificultad irresuelta cuya raíz reside en la voluntad de otorgar a formas políticas una caracterización directamente social.

Para Trotsky es probable que, en los territorios ocupados en Europa, Moscú "procederá a la expropiación y a la estatización de los grandes medios de producción". Se trata pues de una medida revolucionaria aplicada con medios militar-burocráticos. Cualquier movilización independiente de las masas será sin duda reprimida (este fue efectivamente el caso de Berlín Este en 1953, de Budapest en 1956, de Praga en 1968 y de Polonia en 1976): "el criterio político esencial para nosotros no es la transformación de las relaciones de propiedad en esta y otra región, por muy importante que sea, sino el cambio a operar en la conciencia y la organización del proletariado mundial. Desde este único punto de vista decisivo, la política de Moscú, considerada globalmente, es totalmente reaccionaria y sigue siendo el principal obstáculo en la marcha de la revolución mundial". Si bien se rechaza simplificar una realidad desgarrada por contradicciones reales, Trotsky extrae un balance globalmente negativo del estalinismo. La extensión de los territorios dominados por la burocracia puede aumentar el prestigio del Kremlin y engendrar ilusiones sobre la posibilidad de reemplazar la revolución con maniobras burocráticas desde arriba: "este mal se impone de lejos sobre el contenido progresista de las reformas estalinianas en Polonia". Esta es la razón de que la anexión por

la Unión Soviética de nuevos territorios como los de Ucrania occidental es categóricamente condenada. En cambio, si Hitler volviera sus armas contra Rusia haría falta "poner en un primer plano la resistencia militar a Hitler", ya que no querríamos confiarle la tarea de derrocar a Stalin.

Ante la cuestión de saber si, como sostenía Burnham, podemos calificar de imperialista la política de expansión del Kremlin, Trotsky responde que habría que ponerse de acuerdo sobre el sentido histórico del término. La historia ha conocido diferentes tipos de imperialismos (esclavista, feudal y terrateniente, comercial e industrial). Podríamos hablar de imperialismo burocrático, a condición de subrayar no solamente las similitudes sino también las diferencias. Sería más exacto definir su política como la de "la burocracia bonapartista de un Estado obrero degenerado rodeado por el imperialismo". La fórmula, dice, es menos sonora, pero más justa que "política imperialista" *tout court*. La tentación de llamar a la insurrección en dos frentes en Polonia, contra Hitler y contra Stalin, es grande, desde luego. Pero la cuestión concreta es saber qué hacer si Hitler invade la URSS antes de que la revolución haya ajustado las cuentas con Stalin. En ese caso, habría que luchar contra las tropas de Hitler, como en España en el Ejército republicano contra la sublevación franquista, sin renunciar, sin embargo, a la independencia programática y organizativa de la IV Internacional.

**Defensismo, derrotismo, neutralismo y resistencia.** El *Manifiesto de emergencia* está marcado por la preocupación de no recaer, en nombre de una oposición entre la democracia y el fascismo, en una unión sagrada como en agosto de 1914. Para los países vencidos y ocupados, Trotsky prevé, sin embargo, una agravación de la situación social de las masas y la posibilidad de movimientos de resistencia a la opresión nacional: "Francia está en proceso de convertirse en una nación oprimida", escribe en uno de sus últimos textos de junio de 1940, pero rechaza la adaptación al nuevo mapa de la Europa de los "viejos argumentos social-patrióticos": si la clase obrera "liga su destino al destino de la democracia imperialista, no le espera más que una nueva serie de derrotas". Mantiene de ese modo una prevención al subrayar que la opresión nacional y la ocupación territorial constituyen un dato nuevo en la guerra. Cuando un país es ocupado ya no es suficiente recordar que "el enemigo está en casa" y oponer el derrotismo revolucionario a la unión sagrada. Es a ese desafío al que tendrán que enfrentarse los

t rotskistas, armados de una herencia preciosa, pero sin modo de uso.

La independencia tantas veces proclamada en relación con la resistencia oficial en Francia o en Yugoslavia no resuelve el problema. Si bien necesaria contra el peligro de deriva nacionalista, es insuficiente para trazar una orientación política concreta. La complejidad de la guerra y lo que ponía en juego se acrecentó todavía más con la invasión de la URSS o con la resistencia de China contra Japón. La resolución de la IV Internacional sobre la intervención americana en China de marzo de 1941 reconoce la necesidad para China de aceptar la ayuda americana sin ignorar los peligros, puesto que "la guerra entre los imperialismos japonés y americano (del que Chian Kai Chek sería el aliado subalterno) no suprime los problemas planteados por la lucha de China por expulsar a los invasores japoneses". Esta posición circunspecta refleja sin duda alguna las vacilaciones y las divisiones de los trotskistas chinos mismos, entre la adopción de una política de clase pura que desemboque en un abstencionismo sobre la cuestión nacional y una alianza peligrosa con la resistencia maoísta. Desde la invasión de Rusia por las tropas alemanas, los documentos proclaman el boicot y el sabotaje de los países que combaten contra la URSS, pero no de los países aliados.

Tras la debacle de 1940, las organizaciones trotskistas no pueden evitar corregir los esquemas de la Primera Guerra Mundial. La evolución de Marcel Hic, dirigente de la sección francesa hasta su deportación en octubre de 1943 es significativa. En 1941 saluda la existencia de "alguna cosa esencialmente saludable" en el gaullismo de las masas. Durante el congreso clandestino del POI de 1943, vuelve sobre "la lamentable fantasía nacionalista" de la prensa trotskista al principio de la guerra. Sin embargo, estamos lejos de la neutralidad a veces reprochada a los trotskistas. El boletín del comité por la IV Internacional proclama en septiembre de 1940: "Francia tiende a convertirse en un país oprimido. Queremos una Francia libre, una Francia francesa, en el marco de una Europa socialista". Hace un llamamiento a favor de "comités de vigilancia nacional", de "órganos de lucha nacional", de la "resistencia pasiva organizada" en torno a consignas democráticas como: "¡abajo el saqueo de las riquezas francesas! ¡Liberación de los prisioneros! ¡Evacuación de los territorios franceses! ¡Francia unida, libre e independiente!" A su vez, lejos de cualquier germanofobia, sostiene la confraternización con el trabajador alemán en uniforme, "hermano engañado", sin renunciar a declararse "adversarios implacables del nazi uniformado".

Las *Tesis sobre la cuestión nacional*, redactadas por Marcel Hic en julio de 1942 para el Secretariado europeo, declaran que la lucha por las reivindicaciones nacionales en Francia es "inseparable del apoyo integral a la lucha de los pueblos coloniales contra el imperialismo". Estas reafirman el apoyo a las reivindicaciones nacionales, incluido el derecho de las comunidades lingüísticas (bretones, vascos, flamencos, valones, ucranianos o albaneses) a administrarse, a impartir justicia, a recibir la enseñanza en su propia lengua. Estas tesis contradicen la leyenda de la indiferencia de los trotskistas (y de los marxistas en general) ante la cuestión nacional. Recomiendan "participar en cualquier levantamiento nacional de masas" en base a consignas apropiadas. En diciembre de 1943 una resolución del Secretariado europeo estima que el movimiento de los partisanos favorece la entrada de las masas en la política y puede contribuir a la ayuda militar a la Unión Soviética. Pide a los militantes "jugar el papel de destacamentos armados de la revolución proletaria y no de sucedáneos del ejército imperialista; organizarse lo más posible de un modo autónomo sobre una base democrática, excluyendo a cualquier elemento burgués y reaccionario; constituirse en fracciones camufladas en las filas de las organizaciones militares controladas por la unión sagrada; rechazar cualquier política de asesinato de los soldados alemanes y cualquier acción de sabotaje que pudiera crear un foso entre trabajadores autóctonos y soldados alemanes; organizar la propaganda de confraternización con las tropas de ocupación y abrir sus filas a los desertores alemanes". Las divergencias con la resistencia oficial no consisten en la necesidad de la lucha contra el ocupante sino en los métodos: los trotskistas del POI rechazan la acción militar minoritaria y ponen el acento en la resistencia y en la autoorganización de masas. Su orientación puede parecer irrealista dadas las fuerzas concernidas y visto que las tentativas de integrarse en el maquis se tropiezan con la represión estalinista, como testimonia el asesinato de Pietro Tresso y de sus camaradas tras la evasión colectiva de Puy (relatada por Pierre Broué, Alain Dugrand y Raymond Vacheron en *Meurtres au maquis*).

Mientras que en 1943 Stalin oficializa la disolución de la III Internacional, el Secretariado europeo de la IV Internacional consigue preparar una conferencia que se reúne en febrero de 1944. Esta afirma que "el proletariado no puede desentenderse de la lucha de las masas contra la opresión del imperialismo alemán", pero critica simétricamente las "desviaciones socialpatrióticas" del POI (sección francesa reconocida al principio de la guerra) y "la desvia-

ción sectaria de izquierda" de su disidencia minoritaria, el Comité Comunista Internacionalista. En lugar de distinguir "el nacionalismo imperialista de la burguesía derrotada" del nacionalismo de las masas, que expresa bajo una forma reaccionaria su resistencia a la explotación y al imperialismo ocupante, el POI habría considerado progresista la lucha de su propia burguesía "sin distanciarse del gaullismo". Y a la inversa, el CCI se habría resistido a distinguir "el nacionalismo de la burguesía del movimiento de resistencia de las masas". A propósito del movimiento de los partisanos, el texto añade: "Cuando se trata de grupos montados por organizaciones nacionalistas o estalino-patrióticas para dar golpes de mano, la actitud ante ellos depende de sus objetivos y de los resultados de su acción". Estas formulaciones ilustran bien las contradicciones en las que se debaten los pequeños núcleos militantes en una pelea en la que se oponen fuerzas colosales. Su esfuerzo es tanto más honorable en la medida en que los militantes están expuestos al doble peligro de represión por el ocupante y, en el seno mismo de la Resistencia, de la hostilidad criminal de los estalinistas.

*La Vérité*, órgano del PCI clandestino, reapareció de nuevo a partir de agosto de 1940 bajo la forma de un nº. 1 ciclostilado. La preocupación de combatir el chovinismo en las filas obreras se concretará en 1943 con la publicación de *Arbeiter und Soldat*, boletín destinado a las tropas de ocupación. Desde principios de 1944, *La Vérité* denuncia los proyectos de "despedazamiento de Alemania". El 17 de febrero de 1944, llama "al socorro de los tipos del maquis" y a "liquidar a la gente de la milicia como a perros rabiosos". El del 29 de abril de 1944 se titula: "De la lucha reivindicativa a la lucha armada". El número especial del primero de mayo de 1944 llama a un 1º de mayo de huelga general, a prepararse, durante el desembarco, para ocupar las fábricas y las minas para instituir un control obrero sobre la producción y los transportes y a luchar por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Si bien las críticas del POI hacia las direcciones de la resistencia se refieren a sus métodos y no a sus principios, la posición del CCI es más abstencionista, así como el del grupo que se constituye en torno al boletín *Lutte de classe*, ancestro del actual *Lutte Ouvriere*. Este grupo fue constituido en su origen por un puñado de militantes en torno a David Korner, alias Barta, judío rumano quien, tras haber intentado en vano alcanzar la España republicana, militó en el POI, donde defendió con la minoría la entrada en el PSOP de Marceau Pivert. Se alejó de la Internacional y de su sección francesa desde

antes de la guerra, reprochándole ir a remolque de los partidos comunistas y de las izquierdas socialistas en detrimento de su propia independencia política y organizativa. Su grupo veía en la resistencia "un engaño de la colaboración de clases" y su boletín martilleaba consignas contra la guerra imperialista directamente inspiradas en el derrotismo revolucionario de los tiempos de la Primera Guerra Mundial. En su número 1º, *Lutte de Classe* lanzaba una campaña contra el STO*, cuyo principal responsable, Mathieu Bocholtz, fue asesinado en septiembre de 1944 por los estalinistas. El nº. 25, de febrero de 1944, titulaba, a propósito de la ejecución del grupo Manouchian: "defensa de los terroristas". En su editorial, Barta escribe: "Miradles bien, sus rostros de oprimidos y explotados, sus rostros de trabajadores de varios países [...] Su coraje debe servir de ejemplo".

La guerra va a marcar para las organizaciones trotskistas una ruptura de continuidad generacional y organizativa. Los pioneros y los fundadores desaparecieron en su mayor parte, ya fuera bajo los golpes de la represión, o bien por laxitud y desmoralización. A las víctimas de la represión fascista o colonial se añade la lista de las víctimas de la represión estalinista, en la que se encuentra Trotsky mismo, alcanzado por los asesinos en México en agosto de 1940.

* Con el STO (Service du Travail Obligatoire), que fue introducido en septiembre de 1943 por el primer ministro del gobierno de Vichy, Pierre Laval, debían cumplirse las exigencias de la autoridad alemana en la materia, Fritz Sauckel, apoderado general para el empleo de trabajadores extranjeros, entre los que se encontraban hombres de edades comprendidas entre los 18 y los 65 años. Esto significaba la deportación de aproximadamente 270.000 jóvenes franceses para trabajar en la industria de armamento del Reich alemán. Solo se registró alrededor de un tercio de la mano de obra requerida. La medida fue aplicada discrecionalmente por el régimen de Vichy a gran parte de la población; miles (los réfractaires) se retiraron para unirse a la Resistencia (N. del E.)

## Capítulo IV

## LAS TRIBUS DISPERSADAS

Como las profecías de los antiguos profetas (del tipo "si…, entonces…"), las previsiones de Trotsky no son de adivino, sino condicionales. No anuncian lo que llegará con certeza, sino que formulan hipótesis estratégicas para la acción. En una entrevista de febrero de 1940, Trotsky afirma que "la guerra se extenderá hasta que haya agotado todos los recursos de la civilización, o bien hasta que se tope con la revolución". Sea, sea… O bien, o bien…

Entre estas ramificaciones de la alternativa, el abanico de posibilidades es muy amplio. En agosto de 1937, Trotsky anunciaba: "Todo hace suponer que si la humanidad en su conjunto no recae en la barbarie, las bases sociales del régimen soviético (las nuevas formas de propiedad y la economía planificada) resistirán la prueba de la guerra e incluso saldrán reforzadas." En octubre de 1938, tras el pacto de Munich, entreveía otro escenario: "Desde luego, si la nueva guerra acaba con la victoria total de tal o cual campo imperialista; si la guerra no provoca ni insurrección revolucionaria ni victoria del proletariado; si una nueva paz imperialista, más terrible que la de Versalles, carga a los pueblos con nuevas cadenas durante decenios; si la humanidad desgraciada soporta todo eso — entonces, la espantosa desagregación futura del capitalismo volverá a lanzar a todos los pueblos hacia atrás durante numerosos decenios. Ciertamente, si se realizara esta perspectiva de pasividad, de capitulación, de derrota y de declive, las masas oprimidas y pueblos enteros estarían obligados a ascender de nuevo de rodillas el camino histórico ya recorrido anteriormente".

Más tarde, en *La URSS en guerra*, imaginó otras hipótesis: "La incapacidad del proletariado para tomar en sus manos el mando de la sociedad podría conducir a la emergencia de una nueva clase explotadora surgida de la burocracia bonapartista y fascista. Sería muy verosímil que fuera un régimen de decadencia que significaría el crepúsculo de la civilización. Llegaríamos a un resultado análogo en el caso de que el proletariado de los países capitalistas

avanzados, habiendo conquistado el poder, se demostrara incapaz de conservarlo y, como en la URSS, lo dejara en manos de una burocracia privilegiada. En ese caso, estaríamos obligados a admitir que la recaída burocrática no se debería al atraso del país y al cerco capitalista, sino a la incapacidad orgánica del proletariado para convertirse en clase dirigente. En ese caso, haría falta reconocer retrospectivamente que, en sus rasgos fundamentales, la URSS actual es el precursor de un nuevo régimen de explotación a escala internacional". El colectivismo burocrático constituye pues una perspectiva perfectamente previsible, cuya realización supondría, según él, el abandono radical del paradigma marxista. Estamos lejos de una visión teleológica de la historia en sentido único: "[…] O bien el régimen estaliniano no es más que una recaída execrable en el proceso de transformación de la sociedad burguesa en sociedad socialista, o bien es la primera etapa de una nueva sociedad de explotación." Entonces, nuestros descendientes, dice, deberán definir una política en una situación radicalmente nueva.

Estas profecías dialécticas de Trotsky no han sido menos debatidas e interpretadas en el microcosmos trotskista que las de Nostradamus en los círculos esotéricos. En efecto, tras la guerra, sus herederos se vieron confrontados a preguntas de gran calado.

**1. En primer lugar la de la evaluación del periodo.**

Aunque no ejercieran una influencia significativa, las tesis adelantadas durante la guerra por dos dirigentes de la sección alemana eran sintomáticas de la desmoralización que les amenazaba. Pronosticaban una guerra larga que destruiría la civilización. En esas condiciones, las naciones europeas desarrolladas sufrirían, a su vez, una opresión nacional que las reduciría a un nivel inferior que el de la India. La perspectiva revolucionaria se pierde, pues, en un futuro lejano y la tarea inmediata se reduce a la defensa de las conquistas democráticas. Tal pesimismo histórico no puede desembocar más que en una política del mal menor alineada, o bien con las democracias occidentales, o bien con las burocracias del Kremlin.

Más que revisar los análisis de antes de la guerra a la luz de los factores imprevisibles como el equilibrio del terror atómico, la actitud que predomina entre los dirigentes de la Internacional, tanto en Europa como en los Estados Unidos, consiste en considerar la posguerra como una pausa o un entre a c-

to en una guerra que va a continuar bajo otras formas. No hay pues lugar para modificar las hipótesis estratégicas anteriores. Sin embargo, el dirigente americano Félix Morrow subraya ya el error consistente en poner el acento exclusivamente en las condiciones "objetivamente" revolucionarias: la ausencia de un partido revolucionario de masas no es la pieza ausente del puzzle, sino que transforma cualitativamente "condiciones que, de otro modo, serían revolucionarias". Este comentario pone en cuestión una fórmula del programa de transición según la cual la crisis de la humanidad se reduciría a su crisis de dirección revolucionaria. Esta podría haber sido relativamente pertinente en los años treinta, cuando existía un movimiento obrero potente y la dinámica de Octubre no había agotado todavía sus efectos. Pero la dialéctica acumulativa de derrotas ha acabado por modificar las condiciones objetivas mismas.

En 1947, el joven economista belga Ernest Mandel mantenía la idea según la cual el boom sería de corta duración antes de un nuevo desarrollo revolucionario. Si bien este analizará con posterioridad los resortes de la onda larga y expansiva de la economía mundial, otros —como la corriente lambertista— se empeñarán, para mantenerse fieles a una fórmula coyuntural del programa de transición, en defender contra toda evidencia, en plena revolución tecnológica y en pleno crecimiento de la productividad del trabajo, que "las fuerzas productivas han dejado de crecer". Desde 1947 algunos se quedarán más perplejos. Tony Cliff, el fundador de la corriente International Socialism, cuenta en sus memorias que, como judío de Palestina desembarcado en Londres en 1946, se quedó impresionado por la prosperidad relativa del país. Por otro lado, los delegados de la sección británica al II Congreso Mundial de 1948 presentaron enmiendas comunes con el delegado argentino Nahuel Moreno constatando los efectos del Plan Marshall sobre el restablecimiento de la producción y sobre la estabilización de las correlaciones de fuerzas en Europa. Pero la mayoría de la dirección internacional temía que las especulaciones sobre una nueva fase de expansión condujeran a una capitulación derechista. A falta de una explicación adecuada de un dinamismo que contrastaba con el marasmo de los años treinta, se perfilaba, en efecto, la tentación de abandonar la crítica marxista en pos de recetas keynesianas.

**2. La "cuestión rusa" es la más explosiva** —Estableciendo un paralelismo con las guerras napoleónicas, Trotsky previó que la ocupación de Polonia, Finlandia y los países del Báltico por el Ejército Rojo conduciría probable-

mente a su "asimilación estructural" por las relaciones sociales de la Unión Soviética. La estatización de la propiedad sería relativamente progresista, pero de un modo contradictorio, en la medida en que sería el resultado de decisiones autoritarias opuestas a una movilización autónoma del proletariado. El mantenimiento de la burocracia en el poder tras la guerra significaría pues "un régimen de declive que marcaría el eclipse de la civilización" y no el advenimiento de un nuevo modo progresista de producción. A finales de los años cuarenta estaba claro que el régimen estaliniano había sobrevivido. Una nueva explicación se hacía necesaria. La IV Internacional resucitada se aferraba a la letra de los textos de antes de la guerra, caracterizando a la Unión Soviética como un Estado obrero degenerado. En cuanto a los Estados de Europa oriental, en 1948 fueron considerados como países capitalistas bajo una dictadura policiaca. Las tesis sobre la Unión Soviética y el estalinismo estimaban que "lo que subsiste de las conquistas de Octubre disminuye sin cesar". El dominio parasitario de la burocracia minaba día a día las relaciones sociales heredadas de la revolución. Esa pesada cortapisa sobre los trabajadores conducía a una disminución relativa de la productividad del trabajo. Se hacía necesario pensar esas contradicciones reales en lugar de negarlas en provecho de simplificaciones. Para el IIº Congreso de 1948, la URSS era una sociedad de transición entre capitalismo y socialismo. La fórmula tiene el inconveniente de inscribirse en una visión lineal de la historia y en una lógica del tercio excluso en lugar de comprender una realidad social singular. La definición de la Unión Soviética como "poscapitalista" participa de la misma lógica. Desde el punto de vista de la totalidad de las relaciones sociales mundiales, el régimen burocrático no viene "después" del capitalismo; es, al contrario, su contemporáneo, al participar de su espacio-tiempo y depender de su lógica imperialista.

Conscientes de las dificultades teóricas, los redactores de los documentos del congreso toman precauciones terminológicas al recomendar el rechazo de formulaciones ilusorias como las que califican a la URSS de "último bastión de la revolución" y que caracterizan a su economía como "economía socialista". También rehusan simétricamente las analogías superficiales contenidas en nociones tan poco rigurosas como "fascismo rojo" o "imperialismo soviético".

**3. La tercera gran pregunta planteada por la posguerra es saber por qué la IV Internacional no ha conocido el desarrollo previsto.** —Trotsky había pronosticado que esta sería la fuerza revolucionaria decisiva en el mundo en

el momento del centenario del *Manifiesto Comunista*, esto es, en 1948. Sin embargo, la conferencia europea de febrero de 1944 había constatado los problemas ligados a su inmadurez política: "Las crisis frecuentes, el intelectualismo y el fraccionalismo que a menudo han marcado el desarrollo de este movimiento son en parte la consecuencia de una composición social defectuosa que impedirá durante mucho tiempo explotar ventajosamente las posibilidades objetivas reales. Mirando siempre el lado puramente político de su trabajo crítico hacia el estalinismo y las otras tendencias oportunistas del movimiento obrero, nuestro movimiento a menudo ha perdido de vista los problemas relacionados con nuestra propia organización, a su composición social, a su trabajo práctico constante, al reclutamiento y a la educación de sus miembros, a los métodos de funcionamiento y de organización." Interiorizando su marginalidad, estas secciones se vivían a menudo como temporales, en detrimento de un trabajo paciente a largo plazo. A este mal recurrente respondía el fetichismo de la "metodología organizativa", alcanzando a veces rango de orientación política en organizaciones como el Socialist Workers Party de los Estados Unidos o Lutte Ouvrière en Francia.

Relativamente justa en un contexto determinado, la fórmula ritual del *Programa de transición* según la cual la crisis de la humanidad se reduce a su crisis de dirección revolucionaria, erigida en generalidad atemporal, se convierte en fuente de una paranoia política: si condiciones objetivas que se han decretado excelentes no conducen a éxitos significativos, se hace necesario buscar la razón en las capitulaciones o las traiciones de la vanguardia. La política de la sospecha, la obsesión en la traición, los juicios de intención sistemáticos producen, pues, efectos devastadores.

En las postrimerías de la guerra los acontecimientos se precipitan. Tras la capitulación alemana y los acuerdos de Yalta, bombas atómicas son lanzadas sobre Japón; en 1947 llega la guerra civil en Grecia, la expulsión de los partidos comunistas de los gobiernos en Francia e Italia, las escisiones sindicales, la formación de la Kominform, la adopción del Plan Marshall; en 1948, el "Golpe de Praga", el divorcio público entre Stalin y Tito, la victoria de la Revolución China, la proclamación de la República de Alemania Oriental, la formación del Pacto Atlántico y del Mercado Común del Carbón y del Acero. Confirmando parcialmente los pronósticos de antes de la guerra, el mundo es sacudido por convulsiones en Francia e Italia hasta 1948 y, sobre todo, en Grecia, China y Yugoslavia. La revolución colonial se desarrolla en Vietnam,

en Indonesia y en la India. Los países industriales desarrollados permanecerán, sin embargo, prisioneros del gran "reparto" de Yalta, al que los mercadeos de Stalin, relatados en las memorias de Churchill, dan un sentido literal y matemático. Obligados a deponer las armas en virtud de los acuerdos de Varkiza, los comunistas griegos fueron sus primeras víctimas.

Las confirmaciones parciales de la hipótesis estratégica de antes de la guerra no podían enmascarar, sin embargo, su invalidación global. Aplastado y decapitado por Hitler, asolado por los bombardeos aliados, neutralizado por la partición de Alemania, el proletariado alemán no se levantó. El régimen soviético había sobrevivido imponiendo a los pueblos y al proletariado una terrible sangría. Las economías imperialistas se recuperaron dolorosamente en lugar de hundirse en una descomposición sin salida. Lejos de desaparecer, los viejos partidos socialdemócratas y estalinistas reaparecieron en escena. Esta situación se explica políticamente por el compromiso entre los imperialismos victoriosos y la burocracia estaliniana, por el reparto de Europa en zonas de influencia, por las concesiones arrancadas a las clases burguesas atemorizadas en pos de un nuevo compromiso social y por el abandono de lastre en ciertas colonias, que contribuyó a contener la primera oleada revolucionaria. Ello no impidió que los trotskistas se encontraran ante a una situación imprevista.

La conferencia internacional que tuvo lugar en París en abril de 1946 volvió a atar los hilos de una Internacional dispersada. Esta mantuvo la previsión de un marasmo económico duradero a pesar de un breve respiro. La perspectiva de una revolución inminente fue igualmente mantenida, aunque diferida. Los elementos de autocrítica se remitirán a "los ritmos y no sobre la naturaleza del periodo": "Solo un espíritu superficial y capitulador pequeño burgués podría ver un desmentido de nuestra perspectiva revolucionaria en el hecho de que la guerra no haya determinado inmediatamente la revolución en Europa; que la revolución alemana no haya tenido lugar; que las organizaciones tradicionales, y en primer lugar las organizaciones estalinianas, hayan conocido un nuevo y potente desarrollo. A pesar de reconocer que estos hechos suman nuevas derrotas para el proletariado revolucionario, la IV Internacional no puede olvidar ni un solo instante que la crisis mortal del capitalismo, la destrucción de su equilibrio y la agravación de sus contradicciones fundamentales constituyen hechos todavía más importantes sobre los que reposa nuestra perspectiva revolucionaria y nuestras posibilidades, mayores que nunca, de construir el partido de la revolución."

El giro imprevisto de la situación mundial en 1947-1948 habría exigido una redefinición más radical del proyecto de la Internacional. Esta cuestión irresuelta estuvo en la base de las dinámicas centrífugas que conoció entonces el movimiento trotskista internacional. Acosará al congreso mundial de 1948, reunido justo al principio de la Guerra Fría, tras el "golpe de Praga" y en vísperas de la ruptura soviético-yugoslava y de la victoria de la Revolución China. Si las apreciaciones divergían sobre la posibilidad de recuperación de las economías capitalistas, nadie imaginaba todavía la larga prosperidad económica de los "Treinta Gloriosos". Retomando la teoría de los ciclos y de las ondas largas (entonces muy olvidada), Ernest Mandel consagrará la mayor parte de su obra (el *Tratado de economía marxista* en 1962 y *El capitalismo tardío* en 1972) a dilucidar el secreto de este dinamismo capitalista reencontrado. En cuanto a la guerra inminente, en vísperas de la Revolución China y de la guerra de Corea y en el momento en que la Unión Soviética está a punto de poseer el arma atómica, esta no se percibía como una antojo de Casandra, sino como una eventualidad seriamente previsible.

Sin embargo, las discusiones del congreso se remitían, sobre todo, a los acontecimientos de Europa del Este y sobre el carácter de los Estados bajo tutela soviética. La Guerra Fría empujaba a la URSS a "asimilar estructuralmente" a los países ocupados, es decir, a alinear por la fuerza sus relaciones sociales con las de la Unión Soviética. La mayoría del congreso consideró a esos países como países capitalistas ocupados por una dictadura policial. Un año más tarde, en 1949, están "en vías de asimilación estructural inacabada". Lo embarazoso de la fórmula da testimonio de una dificultad evidente. Entre 1948 y 1950 la situación se precipita. En junio de 1948 la ruptura entre Stalin y Tito se hace pública. En reacción contra los proyectos de federación balcánica susceptible de afirmar una independencia relativa frente al Kremlin, la asimilación estructural se concreta. En abril de 1950, Ernest Mandel se suma a la caracterización de Yugoslavia como Estado obrero, pero mantiene para el resto del glacis la categoría de "Estados burgueses degenerados". El Partido Comunista Chino sigue definiéndose como "un movimiento campesino dirigido por los estalinistas".

En la URSS, los treinta años transcurridos desde la revolución probarían la "extraordinaria solidez de las nuevas relaciones sociales". Este juicio muy discutible traduce bien la perplejidad de los delegados del IIº Congreso ante la resistencia inesperada del régimen estaliniano, mientras que "la degeneración

y la reacción alcanzan un nivel monstruoso". Una Europa unida y socialista aparece como la única alternativa progresista al Plan Marshall y a la partición del continente. El congreso se pronuncia pues por la unidad incondicional de Alemania y por la retirada de las tropas soviéticas del glacis. Estima que Washington prepara la guerra contra la URSS, no para introducir la democracia política, sino para restaurar el capitalismo. El título de su manifiesto resume bien la orientación general del congreso: "¡Contra Wall Street y el Kremlin!"

Las desilusiones desencadenan entonces los primeros abandonos significativos del movimiento trotskista. En 1947 David Rousset se alejó para fundar con Jean-Paul Sartre el efímero Rassemblement Démocratique Révolutionnaire, que se desintegra rápidamente tras haber organizado en abril de 1948 una reunión contra la dictadura y la guerra donde el invitado americano celebró los efectos disuasorios del arma atómica contra el expansionismo soviético. La escisión conducida por David Rousset y Jean-René Chauvin arrastró a no menos de un tercio de los efectivos de la sección francesa.

A continuación, el IIº Congreso tuvo conocimiento de la carta enviada por la viuda de Trotsky, Natalia Sedova, y por el poeta Banjamin Péret, reveladora de los interrogantes que mortificaban a los militantes: "La política de Rusia y del estalinismo se abate sobre las esperanzas humanas mucho más pesadamente que el capitalismo financiero de Wall Street." La defensa de la URSS perjudica ya mucho más de lo que favorece a la revolución mundial. Esta "fidelidad destructiva" debe ser abandonada. Es "la cuestión en litigio más importante en nuestro movimiento": "¡Abajo el conservadurismo trotskista! ¡Abajo el fetichismo trotskista!", concluyen los dos firmantes, que rompieron con la Internacional en 1951.

Delegado en el congreso, Max Shachtman también va a alejarse definitivamente. A partir de 1947 juzgaba al estalinismo peor que al capitalismo y consideraba a la socialdemocracia como un mal menor. Esta evolución le condujo a finales de los años cuarenta a sumarse a la Alianza Atlántica y a derivar hacia un "antitotalitarismo liberal" o un "anticomunismo liberal" (y ya no antiestalinista). Acabó ingresando en el Partido Demócrata y apoyó la intervención en Vietnam. Una minoría de su corriente se resistirá a esta trayectoria para fundar en 1964 los clubs socialistas independientes antes de ingresar en *International Socialism* en 1969 y posteriormente en la red *Solidarity* en 1985. En cuanto a Burnham, prosiguió su evolución adhiriéndose a la idea

de guerra nuclear preventiva contra la URSS durante la Guerra Fría y apoyando posteriormente la intervención norteamericana en Vietnam. Como había previsto Trotsky, la constatación de impotencia del proletariado le había conducido a rechazar al marxismo en general como utópico.

Habiendo abandonado en 1940 el SWP de Cannon para ingresar en el Workers Party de Shachtman, la corriente animada por Johnson y Forrest (seudónimos de C.L.R. James y de Raya Dunayevskaya respectivamente) hicieron el camino inverso en 1949. Originario de Trinidad, James se instaló en los Estados Unidos en 1938. La pequeña burguesía en la época del capitalismo de Estado constituía, a sus ojos, la base social del estalinismo. No se trataba de un fenómeno propio de la Unión Soviética, sino de una tendencia universal que respondía a la nueva organización de la producción y a la convergencia tendencial de los sistemas sociales del Este y del Oeste. En su proyecto de resolución para el IIº Congreso, Johnson y Forrest afirmaban que la IV Internacional, a pesar del heroísmo de sus militantes, había quedado reducida a una secta dividida entre la estalinofobia y la estalinofilia. Albergando ilusiones keynesianas sobre la posibilidad de regulación estatal del mercado, las nacionalizaciones de la posguerra desviarían a la clase obrera. A estas tendencias de fondo opondrían las formas espontáneas de autoorganización.

Cornelius Castoriadis, que había roto en 1942 con el PC griego, defendía también bajo el seudónimo de Chaulieu una posición minoritaria en el IIº Congreso. Estimaba que la noción de Estado obrero degenerado confundía relaciones de propiedad y relaciones de producción. Las relaciones sociales en la URSS seguirían siendo relaciones de explotación y de apropiación del capital por la burocracia dominante. La noción de Estado obrero degenerado, que había podido tener su justificación, se había vuelto falsa al menos desde 1928 y el primer plan quinquenal. Castoriadis concluía que la URSS realizaba la fusión del capital y del Estado hacia la dominación mundial de un Estado único y que los PC se convertirían en agentes de una tercera vía, más allá de la alternativa capitalismo/socialismo. Al igual que C.L.R. James, de quien se sentía próximo, no consideraba al estalinismo como un accidente histórico que reflejaba la presión del mercado mundial y del medio capitalista sobre el Estado obrero, sino como una nueva fase del desarrollo capitalista. Así pues, prefería hablar de “capitalismo burocrático” más que de “capitalismo de Estado” para subrayar mejor que se trataba de una nueva etapa imprevista de desarrollo histórico. Buscaba una alternativa en las prácticas consejistas y la

autogestión, poniendo el acento en la invención voluntarista de nuevas formas de organización y de nuevas instituciones más que sobre la dialéctica de las necesidades y sobre la dinámica de las contradicciones sociales. Oponía, en fin, el derrotismo revolucionario en caso de guerra a la posición tradicional de defensa de la URSS.

Castoriadis abandonó también la Internacional para fundar a principios de 1949 (con Claude Lefort, Jean-François Lyotard y Daniel Mothé) la revista *Socialisme ou Barbarie* y el círculo del mismo nombre. El motivo principal de la ruptura se remitía pues a la cuestión del estalinismo: ¿por qué la IV Internacional no ha sabido romper radicalmente con él, contentándose con un rol de oposición subalterno, en lugar de afirmar un proyecto realmente autónomo? *S ou B* rechazaba la política llamada de "frente único obrero" que encubriría esta adaptación, así como el militantismo en los sindicatos, en pos de un esfuerzo por desarrollar comités unitarios de base en los centros de trabajo. Condenaba igualmente el apoyo a la revolución yugoslava y se fijaba como tarea repensar la naturaleza de los Estados burocratizados. A pesar de su radicalidad, el grupo no consiguió salir de la marginalidad. Prácticamente desapareció tras su autodisolución en 1966. En los años 80 encontramos un eco amplificado de sus tesis iniciales en el libro de Castoriadis *Ante la guerra*, donde la omnipotencia de la "estratocracia" soviética aparece como la amenaza principal para el futuro de la humanidad. El totalitarismo burocrático parece pues peor que las dictaduras militares: estas últimas pasan, mientras que el primero sería eterno.

Tony Cliff abandonó también la Internacional tras el congreso de 1948. Desarrolló un análisis alternativo de conjunto de la nueva situación, articulado en torno a tres ideas: el capitalismo de Estado en el Este, el papel de la economía permanente de armamento en el mundo y la revolución permanente desviada en los países coloniales.

—El Estado soviético no es obrero sino capitalista de Estado;
—el dinamismo económico reencontrado no significa el triunfo de las recetas keynesianas; es el resultado del crecimiento sostenido por la economía permanente de armamento;
—en este contexto internacional, la revolución permanente de los países coloniales es canalizada hacia la formación de economías estatizadas y dirigida por nuevas elites burocráticas.

Cliff sistematizó su posición con la presentación en 1948 de un documento interno, y, en 1955, desarrolló sus tesis con la publicación de *State capitalism in Russia*. Octubre de 1917 sigue siendo para él una revolución auténtica, pero el Estado obrero debía ser caracterizado por la organización del proletariado en clase dominante y no por la propiedad estatal de los medios de producción, por el grado de autoorganización y autoactividad de la clase y no por las relaciones jurídicas de propiedad. Consideraba que, con la teoría de la asimilación estructural, la vía "bismarkiana" de la transformación estructural de las relaciones sociales desde arriba tendía a convertirse en regla. ¿Podemos hablar todavía de Estado obrero cuando los trabajadores siguen separados de los medios de producción? La fidelidad dogmática a fórmulas superadas se desprendía, según él, de un fetichismo de las relaciones de propiedad (!) Esta conducía a concebir la revolución antiburocrática no como una nueva revolución auténtica, sino sobre todo como una autoreforma del sistema burocrático. Las relaciones de propiedad no podrían ser separadas de las relaciones de producción que las engloban. De ahí la consigna: "¡Ni Moscú, ni Washington! ¡Socialismo internacional!" Esta teoría del capitalismo de Estado, que permanece en el terreno de las categorías marxistas, insiste más en las similitudes del régimen surgido de la contrarrevolución burocrática con el capitalismo que en sus diferencias estructurales. Tropieza, pues, en una contradicción: ¿por qué los partidos estalinianos, si son los agentes internacionales del capitalismo de Estado, son capaces de ejercer una influencia importante sobre la clase obrera? ¿Sería esto acaso la señal de que una parte mayoritaria del proletariado prefiere la seguridad de esta nueva alienación a las incertidumbres de la autoemancipación?

Estas controversias traducen una dificultad teórica de gran envergadura. En la Unión Soviética, a partir de los años treinta, los trabajadores ciertamente no son los amos de los medios de producción, pero su fuerza de trabajo tampoco es una mercancía del mismo modo que en los países capitalistas y el plustrabajo que se les arranca no se acumula bajo la forma de capital, sino que se consume improductivamente bajo la forma de privilegios, de despilfarro o de gastos de armamento. Para Tony Cliff las características esenciales del modo de producción capitalista son la separación de los trabajadores de los medios de producción y el hecho de que la fuerza de trabajo funciona como una mercancía. Ambas condiciones se habrían realizado en la Unión Soviética con el plan quinquenal de 1929-1932. Durante este periodo la URSS se

habría convertido en capitalismo de Estado. Las purgas y los procesos no habrían hecho más que consolidar esta mutación. La burocracia se transforma entonces por entero en clase dirigente.

Del mismo modo, la teoría de la revolución permanente debía someterse a la prueba de la Revolución China y, más tarde, de la revolución cubana. ¿Cómo definir a regímenes originados en una toma del poder por partidos opuestos a la autonomía de los movimientos sociales, como fue el caso en China con el llamamiento a la calma en las ciudades por parte de la dirección maoísta en el momento de la ofensiva militar de 1949? ¿Y en el caso de Cuba a través de las tensiones entre la "selva" y el "llano" relatadas por Carlos Franqui en su diario de la Revolución cubana?

Principales animadores de la mayoría internacional, Michel Pablo y Ernest Mandel, al contrario, intentarán constatar los acontecimientos nuevos manteniéndose más cerca de la ortodoxia. Extraerán sus argumentos del desarrollo de las fuerzas productivas en la URSS, que supuestamente probaba la superioridad de una socialización de los medios de producción a pesar de ser imperfecta. Este argumento fue un arma de doble filo cuando la tasa de crecimiento del periodo de acumulación extensiva fue puesta en cuestión por el estancamiento-regresión de la era brezneviana. Yendo más lejos, Isaac Deutscher preveía en 1956 que la URSS habría superado en menos de diez años el nivel de vida de los Estados Unidos. A finales de los años cincuenta, en plena euforia del Sputnik, el tema de alcanzar-superar a los Estados Unidos en el horizonte del nuevo siglo formaba parte de la retórica Kruscheviana. Para Cliff, al contrario, la burocracia se había convertido en un freno casi absoluto. El desarrollo de la productividad del trabajo no solamente estaba trabada por el desbarajuste burocrático, sino también por la resistencia pasiva a un trabajo alienado. La verificación *postmortem* de esta hipótesis, estimaba en sus últimos escritos, habría sido aportada por la ralentización del crecimiento de los años 1970, por el hecho de que los trabajadores no habían defendido en absoluto lo que supuestamente era su Estado y por el hecho de que la burocracia se había reciclado en el mercado mundial, convirtiéndose en su mayor parte en un agente activo de la restauración.

Estas controversias plantean varias preguntas sobre la estructura de la contrarrevolución burocrática y sobre la caracterización directamente social de fenómenos políticos. De un lado, la búsqueda de un acontecimiento simétrico al acontecimiento revolucionario, como si el tiempo histórico fuera rever-

sible, constituye un obstáculo para la comprensión de un proceso original donde surgió lo inédito y lo inesperado. De otro lado, ya se trate de Estados o de partidos, calificarlos de obreros les atribuye una substancia social en detrimento de la especificidad de los fenómenos políticos que transfigura las relaciones sociales. La caracterización directamente social de las formas políticas se convierte entonces en una cortapisa dogmática que paraliza el pensamiento. Señalemos, finalmente, que, sean las que sean las caracterizaciones divergentes de la Unión Soviética, Pablo como Castoriadis, Mandel como Cliff, Cannon como James, todos consideraban la Revolución rusa como una revolución auténtica y no como un golpe de Estado. Todos databan igualmente el giro contrarrevolucionario cualitativo del primer plan quinquenal y del gran terror de los años 1930.

## CAPÍTULO V

# ESPERANDO A GODOT

A principios de los años cincuenta, la dirección de la Internacional intenta, bajo el impulso de Michel Raptis, llamado Pablo, redefinir un proyecto político coherente. En abril de 1950 se inicia la guerra de Corea. Los años cincuenta están marcados por el clima de guerra fría, el maccartismo en los Estados Unidos, el proceso y ejecución de los Rosenberg, el principio de la experiencia autogestionaria yugoslava, el avance de la revolución colonial en Egipto y Bolivia en 1952. En 1953 los obreros de Berlín Este se sublevan. En 1954 el imperialismo francés es derrotado en Dien Bien Fu y la guerra de liberación argelina empieza el día de Todos los Santos. Al año siguiente se celebra (a iniciativa de la India, Egipto y Yugoslavia) la conferencia de los países no alineados en Bandung. En 1956 Nasser nacionaliza el Canal de Suez, Kruschev denuncia los crímenes de Stalin en su informe al XX Congreso, Mao lanza en China la campaña de las Cien Flores, Varsovia y Budapest se sublevan contra el yugo burocrático, la Revolución húngara es aplastada por los blindados soviéticos. En Cuba una docena de barbudos supervivientes del desembarco del Granma inician la lucha armada contra la dictadura de Batista.

A principios de esta década está claro que el capitalismo no va a hundirse por el peso de sus propias contradicciones y que la burocracia soviética consolida su influencia sobre los países del glacis, al tiempo que la extensión de la revolución en Yugoslavia y China y el ascenso de la revolución colonial agudizan sus contradicciones.

La orientación que se perfila entonces en la Internacional está directamente ligada al pronóstico de una nueva guerra mundial inminente. Esta "guerra que viene" adoptaría la forma de una guerra civil mundial o de una "guerra-revolución". En el contexto de Guerra Fría esta eventualidad no tiene nada de inverosímil. En marzo de 1951 Pablo publica un artículo titulado: "¿A dónde vamos?", donde analiza "la realidad social objetiva" como "compuesta esen-

cialmente por el régimen capitalista y el mundo estaliniano". Estos elementos constituyen "la realidad objetiva *tout court*", puesto que, lo veamos o no, "la aplastante mayoría de las fuerzas opuestas al capitalismo están actualmente dirigidas o influenciadas por la burocracia soviética". Esta oposición opone cara a cara a un sistema social, el capitalismo, y a una noción vaga, el mundo estaliniano. Esta ambigüedad teórica es reforzada por la convicción de que "la transición [del capitalismo al socialismo] ocupará probablemente un periodo histórico de varios siglos". El estalinismo parece pues pertenecer a la época duradera del paso más largo de lo previsto entre capitalismo y socialismo. Un razonamiento próximo condujo al economista Charles Bettelheim y a Gilles Martinet a considerar el estalinismo un aliado estratégico y a acomodarse a él como si fuera una astucia de la razón histórica.

La formulación de los "siglos de transición" no tiene nada de herética en sí misma. Si bien la conquista del poder es un acontecimiento político, la transformación de las relaciones sociales es un proceso histórico en el que nada puede predeterminar su duración. Sin embargo, asociada a una visión del mundo estructurada de parte a parte por el enfrentamiento entre el imperialismo y el "mundo estaliniano", esta hipótesis puede convertirse en la justificación de una *realpolitic* alineada con uno de los dos campos. Es lo que le vale a Pablo, por parte de sus oponentes, la acusación de "campismo" y de conciliación con la burocracia soviética.

El debate todavía se complica más con una nueva cuestión espinosa: la comprensión de las revoluciones yugoslava y china y la caracterización de sus direcciones. En ambos casos los trotskistas han sido víctimas de la represión burocrática. En China unos mil trotskistas fueron encarcelados tras la llegada al poder del Partido Comunista. En Yugoslavia los trotskistas de Belgrado fueron liquidados en 1941. Confundiendo el movimiento de masas y su dirección, una estalinofobia comprensible puede entonces conducir al sectarismo. Es tanto más meritorio no ver los grandes acontecimientos históricos a través de mezquinos intereses particulares de grupo y de partido. A diferencia de la asimilación estructural del glacis, las revoluciones yugoslava y china son, pues, saludadas por la mayoría de la Internacional como auténticas revoluciones que conducirán a un conflicto inevitable con el conservadurismo burocrático del Kremlin. Pablo utiliza para explicarlo una pequeña frase del *Programa de transición* que consideraba que, en "ciertas circunstancias", ciertos partidos estalinianos pudieran ir más lejos de lo que quisieran en la vía de

la ruptura con la burguesía. Entre admitir que partidos estalinistas pudieran dirigir revoluciones (¿acaso la construcción de nuevos partidos revolucionarios es, pues, todavía necesaria?) y negar que se trata de revoluciones (invocando el desarrollo histórico del colectivismo burocrático o considerando un desarrollo planetario de revoluciones pequeño burguesas) solo media un paso.

Consciente del riesgo de este *double bind**, Ernest Mandel somete a debate en enero de 1951 sus *Diez tesis*, poniendo en guardia contra la generalización de casos específicos que harían inútil la construcción de la IV Internacional. Distingue el expansionismo soviético en el glacis de la conquista revolucionaria del poder por los partidos chino y yugoslavo. Pe rola respuesta más clara a las tesis de Pablo viene del secretario de la sección francesa, Marcel Bleibtreu, quien rechaza una teoría de los bloques y de los campos en la que se alinearía desordenadamente a clases, Estados y naciones. Rechaza la hipótesis de una supervivencia prolongada de la burocracia termidoriana que aportaría agua al molino de la teoría del colectivismo burocrático. Ve en las masas campesinas y obreras la base social del estalinismo chino. Mantiene la defensa de la URSS, pero la subordina al desarrollo de la revolución mundial. Bleibtreu plantea, en fin, una cuestión de método decisiva. La subordinación de los PC a la burocracia soviética no se desprende de una especie de espíritu del estalinismo erigido en abstracción metafísica, sino de un proceso histórico singular que hay que estudiar en cada caso concreto. Así, la estalinización del PC francés, consumada a principios de los años treinta, es distinta a la del PC italiano clandestino en el exilio o de la del PC español, con el que compiten los anarquistas y el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Un partido comunista que conduce una lucha de masas por la conquista del poder contradiciendo las consignas del Kremlin no puede ser caracterizado estrictamente como estaliniano, bajo pena de privilegiar los criterios ideológicos en detrimento del análisis social e histórico. Es el caso del Partido Comunista Yugoslavo, cuyas relaciones conflictivas con la burocracia soviética desde 1941 y la resistencia al reparto de los Balcanes decidida en Yalta no fueron conocidas hasta posteriormente. Es también el caso del Partido Comunista Chino que, escarmentado por la tragedia de 1927, no quiso subordinarse al Kuomintang en la resistencia antijaponesa y se resistió, a diferencia del Partido Comunista Griego, a entregar las armas durante los acuerdos de Chon-

* "Doble peligro" (N. del E.)

king, mientras el Kremlin ayudaba al partido de Chan Kai Chek a restablecer su autoridad en Manchuria. Las relaciones conflictivas desde los años treinta entre la dirección maoísta de la Larga Marcha y los cuadros estalinianos formados en Moscú, desconocidos en la época, hoy han sido esclarecidas por numerosos documentos y testimonios.

En lo que concierne a la construcción de la Internacional y de sus secciones, la perspectiva perfilada por Pablo es la de un entrismo generalizado en los partidos de masas socialdemócratas (lo que no innova en nada en relación con las posiciones de Trotsky en los años treinta) o estalinistas (lo cual es más inédito), incluso en partidos populistas antiimperialistas del Tercer Mundo como el MNR boliviano. Este entrismo es calificado de *sui generis* en la medida en que está acompañado del mantenimiento de una actividad pública independiente de las secciones, reducida, la mayor parte del tiempo, a la publicación de un órgano de prensa confidencial. Pero la orientación es explosiva en la medida en que compromete a los militantes a ingresar en partidos que habían combatido abiertamente durante años y de los que habían padecido la persecución política o la agresión física. Este es el caso, *a fortiori*, cuando se trata de partidos monolíticos, formados en un antitrotskismo visceral, que apenas ofrecen vida democrática. No es sorprendente que la mayoría de la sección francesa rechazara la entrada en un partido comunista considerado uno de los más estalinianos del movimiento comunista internacional.

Las razones invocadas para este giro entrista parten de la preocupación legítima de "integración en el movimiento real de las masas", desde el momento en que los partidos tradicionales recuperaron tras la guerra su posición electoral y sindical dominante en el movimiento obrero. Pero este enfoque se inscribe en una visión estratégica a largo plazo fundada en el pronóstico azaroso de una "guerra-revolución inminente", en la que los partidos estalinistas se verían obligados a imprimir un giro a la izquierda a su política a fin de defender las relaciones sociales no capitalistas sobre las que reposa el poder de la burocracia soviética.

Reunido en 1951, el IIIº Congreso de la IV Internacional reunió a 74 delegados de 25 países. La caracterización de los países del glacis ocupa en él un lugar importante.

Son definidos, mayoritariamente, como "Estados obreros burocráticamente deformados" desde su formación, por la imposición de nuevas relaciones sociales sin revolución desde abajo. En cambio, parece delicado datar el acon-

tecimiento a través del cual tal transformación habría tenido lugar. Esta dificultad implica, en efecto, reexaminar la Revolución rusa misma: ¿el criterio del cambio revolucionario reside en la formación de un poder político autoorganizado o en la expropiación de la burguesía, en su forma política o en el contenido social de la emancipación?

El congreso confirma los preparativos de una nueva guerra mundial. Subraya el papel de la economía de armamento en el relanzamiento del crecimiento. Su manifiesto afirma que la lucha por la derrota del imperialismo no se confunde con una lucha por la victoria del Kremlin. Constata el hecho de que ciertos partidos comunistas, escapando a la estricta subordinación a la Unión Soviética, dejan de ser propiamente estalinistas, incluso si su régimen interno, así como su relación con los movimientos de masas, está profundamente marcado por el estalinismo. Toma sus distancias con respecto a Belgrado, cuyos representantes en la ONU han rechazado condenar la intervención americana en Corea, prevé, en fin, un acercamiento entre la URSS y China ante la amenaza de guerra y se pronuncia por un apoyo sin reservas a las luchas militares de liberación nacional (en Argelia, Cuba, Vietnam, Nicaragua).

En su informe introductorio, Pablo recuerda que el apego a la defensa de la URSS y de China nos "permite estar en el mismo campo que las fuerzas revolucionarias mundiales opuestas a las del imperialismo". Bajo la influencia del argentino Posadas, corrige el tiro sobre el populismo latinoamericano, rechazando su asimilación a una forma de fascismo subdesarrollado. En su respuesta, Bleibtreu y Gibelin reprochan a Pablo el haber transformado la defensa de la URSS en una línea estratégica a partir de una especulación sobre los "siglos de transición". A pesar de aceptar la probabilidad de una nueva guerra, estiman que los márgenes de compromiso entre el imperialismo y el Kremlin permiten prever un aplazamiento de "dos o cuatro años" que habrá que saber aprovechar para dar toda su importancia al ascenso revolucionario.

Poco después del congreso, la dirección de la Internacional adopta el entrismo *sui generis*. La mayoría de la sección francesa se limita a la adopción de "un entrismo subsidiario". El Secretariado Internacional suspende entonces a trece miembros mayoritarios del Comité Central francés. Ratificada por cinco votos contra cuatro, la moción enciende la pólvora y plantea, a su vez, el espinoso problema del grado de centralismo asociado a la noción constitutiva de "partido mundial". El centralismo autoritario de los estatutos será corregido mucho más tarde, durante el Xº Congreso de 1974, estableciendo la

inamovilidad de las direcciones nacionales elegidas y, posteriormente, con una resolución de 1985 que subrayaba que son las secciones quienes se adhieren a la Internacional y no los miembros individuales. Esta resolución sobre "la Internacional de las secciones" da una interpretación modesta del "partido mundial" y acentúa su carácter federalista.

A pesar de la importancia política y teórica de las cuestiones debatidas en el IIIº Congreso, no se produjeron fracturas importantes. En cambio, tras el congreso, la crisis de la sección francesa libera fuerzas centrífugas. La escisión se propaga en la Internacional en 1952-1953. Esta acrecienta el peso de las determinaciones nacionales que van a hacerse predominantes, especialmente en la corriente dirigida por Pierre Lambert en Francia (de la que Marcel Bleibtreu y Michel Lequenne son expulsados en 1955) o por Gerry Healy en Inglaterra. En un primer momento, el SWP americano, a través de su representante en el Secretariado Internacional, había aprobado las orientaciones mayoritarias contra la mayoría de la sección francesa. Pero, blanco del maccartismo, sometido a un aislamiento forzoso y a presiones liquidadoras, sus dirigentes reaccionan. La preparación de los documentos para el IVº Congreso Mundial precipita la ruptura.

Un informe presentado por Pablo a principios de 1952 explicita, en efecto, la voluntad de superar una etapa en la que las secciones se reducían prácticamente a grupos de propaganda. En el periodo de la inmediata posguerra, "lleno de posibilidades revolucionarias", era "lógico intentar una experiencia de trabajo esencialmente independiente", pero la Guerra Fría impone el entrismo como línea general: "Intentar reemplazar desde el exterior a la dirección burocrática de las masas oponiéndole nuestras propias organizaciones independientes, en esas condiciones, corría el riesgo de aislarnos de esas masas". Este entrismo en los partidos de masas no tenía por objetivo su transformación ilusoria en partidos revolucionarios, sino favorecer el desarrollo de tendencias críticas en su seno. El peligro no es el de quedarse en ellos demasiado tiempo, sino de "avanzar demasiado rápido" tomando "los movimientos de una vanguardia restringida por la radicalización de la gran masa". Así pues, el IIIº Congreso solamente habría iniciado una reorientación necesaria "rompiendo toda barrera doctrinal formalista y esquemática". Ahora ya hacía falta aprender a "empezar por donde las masas mismas empiezan". El proyecto de resolución para el IVº Congreso remata: "No queremos ni podemos saltarnos las etapas… Queremos fusionarnos en la acción con el movimiento de

la clase a su nivel actual, en la acción y no en el programa… Tomamos la clase tal cual es… La forma importa poco…" Los partidos de masas se convierten en "terrenos de trabajo". Resumiendo, "la Internacional realiza los progresos más importantes desde su nacimiento, está en proceso de ir en casi todos lados al paso del movimiento real de las masas, sin distinguirse de él más que por su consciencia marxista revolucionaria". Ya que "la lógica de la situación internacional es trotskista".

Esta retórica triunfalista subraya bien la división entre una voluntad de integración en el movimiento real y las profesiones de fe propagandísticas. Si bien el "pablismo" fue a menudo el título de un falso proceso, resume bien a las claras una tendencia a contar con la influencia de las ideas más que con las correlaciones de fuerzas efectivas, con el rol de los individuos más que con el colectivo, con el sentido de la oportunidad más que con una cultura organizativa. Las dos grandes corrientes internacionales salidas de la escisión de 1952 expresan de un modo grosero dos modos de romper el aislamiento; unos acercándose a los partidos estalinianos; otros refugiándose a la sombra de la socialdemocracia, del sindicalismo corporativo, léase la francmasonería, en el caso del lambertismo. Se constituye de ese modo un polo en torno al Secretariado Internacional y otro en torno al Comité Internacional, cuyos principales componentes son el SWP en los Estados Unidos, el Socialist Labour League en Gran Bretaña, la OCI en Francia y el grupo de Nahuel Moreno en Argentina. En América Latina, la escisión adoptó una forma particular, donde la personalidad de los dos dirigentes argentinos, Juan Posadas (Homero Cristali) y Nahuel Moreno (Hugo Bressano), juega un rol importante. Sus grupos se opusieron en lo que concernía a la actitud hacia el movimiento peronista. Mientras el Grupo Comunista Internacionalista de Posadas defendía un enfoque de acompañamiento de los obreros peronistas, el Grupo Obrero Marxista de Moreno caracterizaba el peronismo como un fenómeno semifascista destructor del movimiento obrero. Ninguno de los dos había sido reconocido como sección oficial por el IIº Congreso de 1948. En cambio, la dinámica fraccional se salda con el reconocimiento de GCI durante el IIIº Congreso y se le confía a Posadas la animación de un Buró latinoamericano. Moreno responde muy pronto con la creación de un Secretariado latinoamericano. De ese modo se consuma la división durante mucho tiempo de los trotskismos en América Latina.

Menos de diez años más tarde, la gran mayoría de los protagonistas estima-

ron que la escisión de 1952-1953 fue políticamente injustificada. Esta produjo daños duraderos de los que hay que extraer algunas enseñanzas.

—En primer lugar, sobre el peligro que supone para pequeñas organizaciones dividirse no en base a cuestiones de principio, sino en base a divergencias tácticas pasajeras: la debilidad misma de la organización hace que cada componente tenga la tentación de poner en práctica sus ideas sin tener miedo de perder gran cosa a cambio.

—A continuación, sobre el peligro de querer anticiparse a las consecuencias prácticas de una controversia teórica. El apoyo aportado por la mayoría internacional al levantamiento de Berlín Este debía verificar ya en 1953 los límites de su supuesta adaptación al estalinismo. Pequeñas organizaciones, cuya capacidad práctica es limitada, pueden tener la tentación de sacar conclusiones organizativas prematuras de pronósticos en lugar de atenerse a la prueba de los grandes acontecimientos.

—En fin, las relaciones entre una organización internacional y sus secciones nacionales son siempre delicadas. En un congreso nacional, los que votan una orientación deberán asumir directamente las consecuencias de su decisión, aunque tengan que rectificarla en base a una experiencia común. Es un principio de responsabilidad y de realidad. En cambio, es poco democrático, en una organización internacional, hacer votar a los militantes de base franceses o americanos sobre la táctica electoral o sobre las prioridades de construcción en Bolivia, o a la inversa. La función de una organización internacional es la de adoptar una posición común frente a los grandes acontecimientos mundiales (sin esconder la existencia inevitable de eventuales posiciones minoritarias) y de dejar a las secciones la mayor autonomía en la conducción de su política nacional.

Todavía no se sabe si el “pablismo”, diabolizado por sus detractores hasta el punto de convertirse en una etiqueta infamante, constituye una realidad o si se trata de una noción mítica inventada por las necesidades polémicas. A finales de los años cuarenta, las condiciones en que fue creada la IV Internacional habían cambiado considerablemente. Su proyecto debía ser redefinido. Pablo tuvo la audacia de iniciar ese *aggiornamento*. Su esfuerzo podía, sin duda, conducir a la búsqueda de sustitutos o atajos en un contexto en el que el proletariado de los países industrializados parecía más alejado que nunca de una

perspectiva revolucionaria. Otros buscaron esos substitutos del lado del movimiento comunista (ese fue el caso de grupos muy minoritarios como el de Michèle Mestre en Francia); otros en la formación de corrientes "centristas" que dudaban entre el reformismo y la revolución socialista; incluso otros del lado de la revolución colonial (Pablo mismo se convirtió en asesor muy próximo de Makarios en Chipre y de Ben Bella durante los primeros años de la Revolución argelina). Otros, en fin, opusieron un substituto a otro: la incrustación en la burocracia sindical de FO en Francia para la corriente lambertista o el viraje de 180 grados de Moreno, que le condujo en 1955 a la apología de Perón. La mayor parte de los que intentaron combatir esta impaciencia no escaparon a un propagandismo fuera del tiempo o a una ortodoxia doctrinaria.

Desde los años cincuenta, Pablo supo abordar con audacia cuestiones como la liberación de la mujer, la autogestión y la democracia socialista. La solidaridad activa con la revolución argelina (fue juzgado en Holanda en 1962 por falsificación de moneda para financiar la fabricación de armas para el FLN) y su acción a favor de los republicanos irlandeses dan testimonio de su sentido de la iniciativa. Aunque había abandonado la IV Internacional para crear la Tendencia Marxista Revolucionaria Internacional en 1964, debido a divergencias sobre el conflicto sinosoviético y sobre el apoyo a los movimientos de liberación en Angola, se sintió obligado a reingresar en ella unos años antes de su muerte (en 1998), como si esa vuelta al redil debiera dar una coherencia a su larga vida militante.

## CAPÍTULO VI

## EL ENTRISMO, O SOBRE "CÓMO SALIR"

Los años cincuenta parecieron a las organizaciones trostkistas una dura travesía del desierto. Entre las "condiciones objetivas" —siempre en supuesta maduración— y el "factor subjetivo" —siempre tan deficiente—, la brecha nunca dejaba de ampliarse. Sin embargo, a partir de 1956, con los levantamientos de Polonia y de Hungría de un lado, y la guerra de liberación argelina y el desembarco del Granma en Cuba de otro, el viento empieza a girar: la revolución antiburocrática en el Este y la revolución anticolonialista en el Sur parecían poder converger. La historia da señales de deshielo. Pero la vida no renace necesariamente donde uno lo espera. La clase obrera de los países industrializados no estuvo presente en la cita. De ahí procede la idea del "rodeo", como si existiera una norma del desarrollo histórico de la que la realidad caprichosa se habría librado.

Sin embargo, los acontecimientos permiten constatar un amplio acuerdo entre una parte de las tribus de la diáspora: sobre el apoyo activo a las revoluciones argelina, cubana y vietnamita y sobre el apoyo a los levantamientos antiburocráticos de los países de Europa Oriental. Desde finales de los años 1950 estas convergencias abren la perspectiva de reunificación. Entre el Secretariado Internacional y el Comité Internacional se restablece el contacto. Una comisión paritaria prepara el congreso de reunificación de 1963 (VIIº Congreso Mundial), que agrupa a las secciones de 26 países y adopta un documento sobre *La dialéctica de la revolución mundial* donde se recogen las bases del acuerdo. La URSS sigue definida como un Estado obrero burocráticamente degenerado. "A pesar de la usurpación del poder por una burocracia privilegiada", su defensa es reafirmada, pero las formulaciones desbocadas de Pablo son eliminadas. Las ilusiones sobre una autoreforma de los países del Este impulsada por Kruschev son explícitamente descartadas. Las lecciones políticas de los acontecimientos de Polonia y de Hungría permiten precisar el contenido de la revolución política y las formas de la futura demo-

cracia socialista. El principio del conflicto sinosoviético anuncia el fin del monolitismo estaliniano. A pesar del papel relativamente progresista de los dirigentes chinos, su "retraso" en la comprensión y la crítica del estalinismo no les permite, sin embargo, ofrecer una alternativa internacional a la burocracia del Kremlin.

La lógica de las luchas antiimperialistas es subrayada a la luz de la radicalización de la Revolución cubana en 1961 y 1962, con la derrota del desembarco de Bahía Cochinos y el segundo discurso de La Habana de Fidel Castro. La expropiación de la gran propiedad en octubre de 1960 y la profundización de la reforma agraria son saludados como el principio de una nueva época en la historia de la Revolución mundial: marcan el advenimiento de un Estado socialista bajo el liderazgo de un partido que no procede del estalinismo. La evolución del Movimiento 26 de Julio es, pues, considerado como un modelo posible para otros movimientos, al tiempo que se afirma la necesidad de "introducir ideas trotskistas" en la corriente castrista emergente en América Latina y en Europa.

El congreso condena el derrotismo que se traduce, por parte de los partidos comunistas ortodoxos, en una subordinación de la lucha de clases a la lucha de los campos: gracias a la posibilidad de alcanzar al capitalismo, prometida para antes de fin de siglo por Kruschev en la euforia que siguió al éxito del *Sputnik*, el "campo socialista" se convierte a sus ojos en el principal motor del progreso planetario. Simétricamente, es rechazado el determinismo subyacente de un tercermundismo (Sartre, Fanon, Sweezy) que desespera de las capacidades de la clase obrera y ve en la revolución colonial la única esperanza de emancipación. Sin embargo, el equilibrio entre los "tres sectores de la revolución mundial" (la revolución política en el Este, la revolución colonial en el Sur, la revolución social en los países industrializados) sigue siendo bastante artificial. Si bien las huelgas belgas de 1961 pueden ser percibidas *a posteriori* como una premisa de Mayo del 68, establecen una falsa simetría junto a la Revolución cubana o la comuna de Budapest.

El congreso constata todavía el foso existente entre la justeza de las ideas y la debilidad del movimiento revolucionario. Si bien tienden a probar que la división de 1953 fue injustificada, los reencuentros de 1963 siguen siendo parciales. Del lado del Comité Internacional, la SLL británico de Gerry Healy y la OCI de Pierre Lambert en Francia cristalizan su curso sectario en relación con la revolución colonial. Bestia negra del Comité Internacional y juz-

gado responsable de la crisis de 1952, Pablo abandona la Internacional en 1964. Juan Posadas, cuya megalomanía planetaria se convierte en locura, le había precedido en 1962. Comprometida en la solidaridad con el FLN argelino y en el trabajo en las redes como *Jeune Résistance*, donde recluta a una nueva generación militante, la sección francesa pierde también a militantes por el camino, reagrupados en torno al boletín la *Voix Communiste*, cada vez más críticos con el entrismo. Entre ellos: Félix Guattari, Denis Berger, Gabriel Cohn-Bendit y el antropólogo Lucien Lebag.

La reunificación de 1963 parece, pues, trazar una vía que permite evitar tanto las tentaciones sectarias como la búsqueda de atajos y substitutivos. Sus autores se ponen de acuerdo en no abordar la cuestión más delicada. Así pues, una dinámica de abandono del entrismo se inicia sin balance ni claridad. Esa palabra valija, que evoca un universo sórdido de maniobras y de duplicidad, comprende, sin embargo, realidades muy distintas.

En un movimiento obrero democrático la noción misma de entrismo no tiene lugar ni sentido. Antes de 1914 existían corrientes revolucionarias en las organizaciones reformistas. Su combate se enfocaba en el gran día y a nadie se le habría ocurrido entonces hablar de entrismo a ese respecto. Hoy corrientes revolucionarias dotadas de una prensa propia militan en el seno del Partido de los Trabajadores de Brasil y defienden sus posiciones y a sus candidatos a los órganos dirigentes sin que nadie les acuse de deslealtad. Paradójicamente, uno de los escasos precedentes de infiltración conspirativa fue la llevada a cabo por el anarquista Mijail Bakunin, quien organizó una fracción secreta en el seno de la I Internacional.

El término "entrismo" propiamente dicho aparece pues en los años 1930 y, más precisamente, a partir del "giro francés" de 1934 y del "giro americano", cuando Trotsky pide a los pequeños grupos salidos de la Oposición de Izquierdas incorporarse a los partidos socialistas en los que emergen corrientes de izquierdas. Este "entrismo" no tenía nada de clandestino. Se hizo "con la bandera desplegada", defendiendo abiertamente estas ideas y organizando corrientes tan claramente identificadas como lo permitiera el régimen interno de partidos dirigidos por burocracias socialdemócratas. Se trataba, en fin, de una táctica a corto plazo.

El entrismo que en 1952-1953 se extiende a los partidos comunistas es de otro tipo. Ciertamente por razones prácticas, en la medida en que el monolitismo de los PC y su antitrotskismo virulento forzaban a la disimulación.

Pero también en función de opciones a largo plazo: no responde a la emergencia de diferenciaciones existentes en las organizaciones de masas, sino que anticipa y apuesta por la inevitabilidad de rupturas bajo el impacto de la guerra anunciada. No se pueden fijar unos plazos a ese entrismo especulativo. Cuando se producen diferenciaciones en partidos de masas, estas son necesariamente minoritarias, léase minúsculas, en relación con los grandes batallones militantes. Las rupturas parciales no están nunca a la altura de la gran fractura esperada. Las organizaciones metidas en el caparazón del entrismo dudan entonces en abandonar la gran presa que está al caer por el magro beneficio de diferenciaciones todavía minoritarias: en relación con los objetivos esperados, las oportunidades inmediatas parecen siempre prematuras y los resultados decepcionantes. Ningún criterio seguro permite pues poner fin a una experiencia entrista. La cuestión de la salida se convierte en una manzana de la discordia tan devastadora como la de la entrada y no es extraño que las organizaciones en cuestión se dividan dos veces: los mismos actores pueden —David Rousset fue una prueba palmaria de ello— estar contra la entrada en el Partido Socialista en 1934 y contra la salida en 1936.

El entrismo de larga duración iniciado en 1952 fue presentado como el medio, en un periodo de reflujo del movimiento revolucionario, de seguir en contacto con el movimiento real. Favoreció una sensibilidad ante los fenómenos de radicalización, una apertura a las nuevas cuestiones, un sentido de la iniciativa, una preocupación por hacer mover las líneas en vez de contentarse con una denuncia vehemente de las "direcciones traidoras". Pero adentrarse en partidos reformistas o estalinianos también tiene un precio muy alto. De un lado, los militantes acaban concibiendo una política por procuración: en lugar de defender lo que hay que hacer en la correlación de fuerzas realmente existente, imaginan lo que debería hacer la dirección de su gran partido… si fuera revolucionaria. Entran de ese modo en un mundo ficticio donde la pedagogía es el substituto de la construcción de correlaciones de fuerzas reales. Viviendo como parásitos de un aparato extraño, pierden poco a poco su propia cultura organizativa, algo difícil de reconquistar. Esta será una razón suplementaria, a menudo inconsciente, para diferir los plazos cruciales, tanto más en la medida que los nuevos militantes influenciados en el trabajo entrista son ganados a una posición crítica subalterna más que a una práctica independiente. De ello resulta un salto peligroso, a menudo rechazado, entre la pertenencia a una corriente de oposición en un gran partido y el hecho

de consagrarse a la construcción de una pequeña organización independiente.

Al entrismo de los años 1930 o 1950 hay que añadir una variante bastante singular que, *cum grano salis*, podríamos calificar de entrismo masónico. Se trata, por otro lado, más bien de infiltración, a veces durmiente, en los aparatos políticos y sindicales, léase en las instituciones estatales. Cuando se trata de actuar frente a un aparato represivo o a persecuciones profesionales puede concebirse este enfoque. Pero la corriente lambertista, constituida en su origen contra el entrismo, lo ha convertido en una especie de segunda naturaleza. En sus *Secrets de jeunesse*, Edwy Plenel ha trazado un retrato plausible de Lionel Jospin como topo, a la espera del gran día anunciado por los profetas catastrofistas de su organización. Este entrismo en particular acaba tejiendo una red de connivencias, de servicios recíprocos y de complicidades opacas. Desarrolla una cultura de la sospecha que participa de una concepción policiaca de la historia y envenena al movimiento obrero en lugar de reparar los daños del estalinismo. Se alcanza el colmo de la perversión cuando la corriente lambertista practica el entrismo, no en las organizaciones reformistas, sino en organizaciones revolucionarias. Debe entonces inventarse justificaciones según las cuales la organización rival constituye el enemigo más pernicioso. Podemos imaginar el universo de pensamiento que produce este guiso a la salsa Lambert.

A falta de un balance sereno, la ruptura de los años 60 con el entrismo no fue ni clara ni controlada. Se produjo bajo la presión de las circunstancias y estuvo lastrada de contratiempos y de ocasiones perdidas. En Italia, la existencia de un Partido Comunista con una dirección más flexible que la del PCF permite, a principio de los años 60, la emergencia de corrientes críticas en torno al periódico *La Sinistra*. Bajo el impacto de la revolución cultural china y de la revolución latinoamericana se perfilan entonces corrientes de radicalización que atraen, incluso antes de 1968, a sectores significativos de la juventud. Sin embargo, estas rupturas siguen teniendo poco peso comparadas con las perspectivas que parece ofrecer un trabajo de largo alcance en un partido que cuenta con casi un millón de miembros. La sección italiana sigue pues comprometida con la vía entrista mientras que las nuevas organizaciones nacidas de la radicalización de la juventud caen, en gran medida, bajo la influencia maoísta.

En Alemania, la intervención de la sección se inscribía prioritariamente en la socialdemocracia y sus organizaciones de juventud, mientras que la organi-

zación estudiantil, la SDS (Liga Estudiantil Socialista Alemana), rompió con el SPD y constituyó un vector de la radicalización en la Universidad y entre la juventud y, a partir de 1966, en la "Oposición extraparlamentaria" (APO). Rudi Dutschke fue su principal dirigente. Al perder este momento propicio, la sección se esfuerzó en recuperar el tiempo perdido participando tras el 68 en una experiencia unitaria de la izquierda crítica, en un momento en el que la clarificación entre grandes corrientes de la extrema izquierda, y muy en particular frente al maoísmo, se hizo necesaria. Tanto en Italia como en Alemania esas ocasiones perdidas de abandonar el entrismo han pesado duraderamente en la configuración de la izquierda revolucionaria.

En Francia, en cambio, se produjo una ruptura parcial con el entrismo a partir de 1965 bajo la presión de la radicalización de la juventud a través de la oposición a la guerra de Argelia y de la agitación universitaria. La crisis de la Unión de Estudiantes Comunistas, la exigencia de un apoyo internacionalista a la lucha del pueblo vietnamita y el rechazo a votar por Mitterrand en la primera vuelta de las presidenciales de diciembre de 1965 conducirá a una escisión en las organizaciones de la juventud comunista y a la formación, en abril de 1966, de la Juventud Comunista Revolucionaria, de donde procede la actual LCR (Liga Comunista Revolucionaria). Esta organización de alrededor de 300 militantes entre la juventud no respondía a un proyecto madurado. Era más bien el resultado de la presión de las circunstancias y de la brutalidad particular de la dirección estaliniana en Francia. Aunque la mayoría aplastante de la dirección pertenecía también a la sección francesa, se decidió que esta JCR no sería su organización juvenil, sino una organización independiente. Se trataba, pues, de un compromiso entre una experiencia de organización independiente en la juventud y la continuación del entrismo para la sección adulta, que se volvió caduco en Mayo del 68.

La elección entre una política entrista y una orientación independiente no puede resolverse con la pregunta: ¿por dónde pasa la radicalización? Proceso desigual, alimentado por experiencias sociales, la toma de conciencia política adopta siempre diversas vías: en el movimiento sindical y social, en los grandes partidos tradicionales, en la cristalización de nuevos fenómenos y formaciones. No existe una única vía. La verdadera elección es la del punto de apoyo que permita a la palanca desplazar a las masas. Una orientación entrista es concebible en condiciones de represión o cuando el control hegemónico de aparatos reformistas condena a una organización independiente a una vía

propagandista vegetativa, acechada por la necrosis sectaria. Cuando la situación es más abierta y se libera espacio para una política independiente se tiene más que perder que a ganar con una política entrista. Para la organización revolucionaria misma, que corre el peligro de volverse dependiente del cuerpo del que pretende nutrirse y de abrazar su cultura. Pero también para los militantes del partido en el que se practica el entrismo, entre los que se mantiene un clima de desconfianza, de rumores, de deslealtad, que constituyen diversos obstáculos para las clarificaciones y los posibles acercamientos futuros.

Hay que añadir que los militantes entristas a menudo tienen la tendencia a convertirse en mutantes. Sometidos a la doble ley newtoniana de la atracción universal y a la darwiniana de la adaptación al medio, son asimilados al cuerpo que se suponía debían subvertir. Jospin es una ilustración ejemplar de ello. Sin duda, el hábil Mitterrand supo apostar, con perfecto conocimiento de causa, a esa metamorfosis.

## CAPÍTULO VII

## "LA HISTORIA NOS MUERDE LA NUCA"

En 1965, el golpe de Estado en Brasil, el desembarco norteamericano en Santo Domingo, el golpe de Estado de Boumedianne en Argelia, el asesinato de Lumumba en el Congo y la masacre de los comunistas indonesios frenaron la revolución colonial. A su vez, la guerra de liberación en Vietnam entraba en una nueva fase con la escalada americana y el inicio de los bombardeos sobre el Norte. En los Estados Unidos, la personalidad de Malcolm X simbolizaba la evolución de un movimiento negro, mientras el movimiento antiguerra se extendía en los campus. La conferencia Tricontinental, y posteriormente la de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que se celebraron en La Habana en 1965 y 1967 respectivamente, parecían anunciar una nueva etapa socialista de la revolución colonial, ilustrada por la presencia del Che Guevara en el Congo y más tarde en Bolivia. Asesinado en octubre de 1967, se convierte en un símbolo y un ejemplo para una generación.

En esta efervescencia, el año 1968 confirma "la dialéctica de los tres sectores de la revolución mundial" subrayada durante la reunificación de 1963. Vietnam con la Ofensiva del Tet, pero también México, con la masacre de Tlatlelolco, y Pakistán representan la revolución colonial. El movimiento de los estudiantes polacos y la primavera de Praga ilustran el empuje de la revolución antiburocrática. Esta vez, con la huelga general en Francia, el movimiento obrero europeo acude a la cita. Bajo este triple impulso, las movilizaciones de la juventud están animadas por un fuerte aliento internacionalista. Aparecen caras nuevas. La SDS alemana y la JCR francesa son las dos principales organizaciones que toman la iniciativa del congreso de solidaridad internacionalista con la Revolución vietnamita que tiene lugar en Berlín en febrero de 1968.

Si bien estos años están marcados de un modo espectacular por la rebelión de la juventud, la situación en el movimiento obrero es más contradictoria. Francia conoce la mayor huelga de su historia. Pero, si bien los aparatos buro-

cráticos fueron sacudidos, las diferenciaciones políticas en el seno del movimiento obrero no dejaron de ser limitadas. Hasta 1974 la actividad huelguística siguió siendo mucho más masiva e intensa en Italia e Inglaterra que en Francia. ¿Cómo explicar que ese ascenso espectacular de las luchas no desembocara en fracturas importantes en las organizaciones tradicionales? Organizaciones como la LCR en Francia, el SWP y el Militant en Gran Bretaña, Lotta Continua y Avanguarda Operaia en Italia contaban cada una con unos millares de militantes a mediados de los años setenta. Algunos publicaron una prensa diaria y conocieron incluso una incipiente presencia electoral. La diferencia cuantitativa y cualitativa con los años 50 o 60 es clara, pero todavía se trata de fenómenos marginales en relación con el grueso del movimiento obrero, que sigue bajo el control de organizaciones socialdemócratas o estalinianas.

La fecha de 1968, que simboliza las luchas de un decenio (hasta 1976), llega al final de un largo periodo de expansión (los "Treinta Gloriosos") y al principio de la inversión de la onda larga. Los debates que anima la izquierda radical de los años 1960 reflejan esa coyuntura. Se intentan comprender los resortes del "neocapitalismo" (André Gorz). Se sondean las potencialidades de la nueva clase obrera (Serge Mallet). Se oponen las reivindicaciones cualitativas a las cuantitativas y el "reformismo revolucionario" al sueño del gran día (Lucien Goldmann). En el inmediato pos mayo del 68 las utopías de un crecimiento ilimitado conducían al salto del ángel hacia el "lo queremos todo y ahora" (con el grupo *Vive la Révolution* en Francia) o hacia la realización inmediata del comunismo gracias a la abundancia al alcance de la mano (con *Il Manifesto* en Italia).

El divorcio entre las aspiraciones líricas de una nueva vanguardia galvanizada por revoluciones lejanas y las aspiraciones prosaicas de la mayoría de los asalariados, sin otro horizonte que la reforma del Estado social, es propicia para desbocamientos izquierdistas. Tanto más cuando, después de haber clamado en el desierto contra las teorías del neocapitalismo y de la integración de la clase obrera, la irrupción de Mayo en Francia y del Mayo rampante italiano parecía abrir perspectivas vertiginosas y anunciar una repentina aceleración de la historia. "La historia nos muerde la nuca", sentencia entonces un joven dirigente de la Liga Comunista. La revolución parece posible en Europa en un plazo de cinco o diez años, pero la vanguardia naciente sigue siendo un "pequeña minoría radicalizada" (como claman los estudiantes berlineses). Un

activismo ejemplar y desenfrenado parece entonces susceptible de reducir esta contradicción. Del mismo modo que el foco guerrillero habría prendido fuego a las planicies latinoamericanas y sacudido a las fuerzas tradicionales, la audacia de las vanguardias europeas permitiría desbordar los conservadurismos y las rutinas de aparato. En la primavera de 1969, con el congreso clandestino de fundación de la Liga Comunista como sección francesa y el IXº Congreso Mundial de la IV Internacional, se establece una galería de espejos entre los trotskismos europeo y latinoamericano. La convergencia entre los jóvenes delegados franceses y los representantes argentinos y bolivianos permite la adopción de una resolución sobre la lucha armada en América Latina.

Bajo el impacto de los acontecimientos, la mayoría del congreso está convencida de que la travesía del desierto ha acabado ya y que la hora de la transformación de una Internacional de propaganda en "partido de combate" ha sonado finalmente. Esta fórmula es tomada al pié de la letra. La muda debe traducirse, como era ya parcialmente el caso en Francia, con la fusión entre los núcleos trotskistas y las nuevas vanguardias, como las corrientes procedentes de la OLAS en América Latina, del movimiento estudiantil y el movimiento negro en los Estados Unidos y de los Zengakuren de Japón.

En América Latina se deja sentir la fuerza propulsiva de la Revolución cubana. Régis Debray ha definido esa época como la de un "leninismo apresurado". Él mismo, en *Révolution dans la révolution* (1966), había teorizado el nuevo curso: ya no era momento de construir pacientemente partidos que se institucionalizaran o cayeran en la rutina, el foco guerrillero revelaba ya la energía disponible de las masas. Guevara en persona simbolizaba esta interpretación unilateral de la historia de la Revolución cubana. Las experiencias de lucha armada se multiplicaban en Argentina, Bolivia, Venezuela, Chile, Perú, Uruguay, Guatemala y Nicaragua. Las organizaciones trotskistas latinoamericanas estaban confrontadas a esa nueva coyuntura. Tras la marcha de Posadas, Nahuel Moreno se había incorporado a la Internacional reunificada. Trasquilado por su propia actitud sectaria frente al peronismo a principio de los años 1950, supo captar los nuevos vientos. La sección argentina emprendió los preparativos para la lucha armada. Moreno mandó a Perú a Daniel Pereyra, un militante obrero, para asegurar la logística de Hugo Blanco y preparar las condiciones de una insurrección campesina en el Valle de la Convención. Siempre con la misma perspectiva, la organización de Moreno se fusionó con un grupo proveniente del populismo radical, implantado en par-

ticular entre los trabajadores agrícolas del Tucumán y dirigido por Mario Roberto Santucho. El proyecto de desencadenar la lucha armada constituía una de las bases esenciales de su acuerdo.

Sin embargo, a partir de 1967 las condiciones empezaron a cambiar. El giro es ilustrado por el asesinato del Che en Bolivia, sobrevenido tras las derrotas del Congo y Santo Domingo. En Perú, en Colombia, en Centroamérica, pioneros de la guerrilla cayeron en combate. Moreno percibió esta inflexión e hizo marcha atrás, provocando la ruptura con Santucho. Este último se sintió timado y sistematizó su propio proyecto en un pequeño libro rojo titulado *El único camino*. En el IXº Congreso Mundial, la sección argentina se presentó dividida entre un PRT-Combatiente (Santucho) y un PRT-La Verdad (Moreno). El primero fue representado por Daniel Pereyra al poco de ser liberado de las cárceles peruanas. La resolución sobre la lucha armada, adoptada a pesar de la oposición de los delegados americanos y de Moreno, más bien dejaba constancia de la dinámica anterior en lugar de anticiparse a una situación que ya empezaba a perfilarse.

La "lucha armada" no podía constituir una orientación en sí misma. En su generalidad, más que una orientación práctica concreta, la fórmula expresaba una voluntad de acercarse a las corrientes ligadas a la Revolución cubana. Podía inscribirse tanto en una perspectiva estratégica insurreccional (ilustrada por el clásico libro *La insurrección armada*, firmado por el seudónimo A. Neuberg) como en una perspectiva de guerra prolongada inspirada por las experiencias china y vietnamita. En la medida en que adelantaba ciertas precisiones, la resolución del congreso situaba la lucha armada en la lógica de una "guerra civil prolongada a escala continental". Privilegiaba la "guerrilla rural" como "eje principal durante un largo periodo". Insistía en el hecho de que, en América Latina, lucha armada significaba fundamentalmente lucha guerrillera. Esta afirmación llegaba a contratiempo. Las experiencias de guerrilla rural sufrían derrota tras derrota. Ni las experiencias de autodefensa campesina en Perú, ni la lucha prestigiosa de los Tupamaros uruguayos podían considerarse guerrillas rurales. Cuando consiguieron precisar su proyecto estratégico, organizaciones como el PRT-Combatiente, el MIR chileno, o los sandinistas (tras la derrota de su guerrilla de Pancasán) adoptaron más bien una perspectiva de guerra popular prolongada, al precio de una interpretación mítica de la Revolución vietnamita o de la guerra de liberación argelina.

Aunque se demostrara erróneo, el proyecto de Santucho tenía un núcleo racional. Se trataba de retomar el del Che Guevara, que no habría tenido demasiado sentido si se hubiera tratado simplemente de repetir en Bolivia la experiencia cubana. La idea más ambiciosa era la de crear una especie de foco de lucha continental en la encrucijada entre Argentina, Perú, Brasil y Chile. De ahí la composición bolivariana de la guerrilla del Che y el lugar elegido para su preparación. En ese contexto, el PRT-Combatiente y la sección boliviana, cuyos militantes disfrutaron, no sin presiones, de una preparación militar en Cuba, podrían jugar un papel tanto más activo en la medida en que Tucumán está cerca de la frontera con Bolivia.

Santucho tomó en serio este proyecto y quiso extraer de él todas las consecuencias. Su estrategia de guerra prolongada combinaba la liberación nacional (simbolizada por la referencia a José Martí) y la emancipación social (simbolizada por el icono del Che). Estimaba que el pueblo argentino no sólo estaba en lucha contra sus propios dictadores militares, sino en guerra contra una probable intervención americana (de la que el precedente de Santo Domingo proporcionaba un modelo). En adelante se trataba de crear un ejército (el ERP, Ejército Revolucionario del Pueblo), dotarse de armamento pesado, acumular un tesoro de guerra, prever el establecimiento de zonas liberadas y forzar el reconocimiento por parte de las instituciones internacionales de un estado de guerra. Conforme el proyecto iba tomando cuerpo, fueron apareciendo divergencias en el seno del PRT-Combatiente, que conservaba buen número de cuadros de formación trotskista como Daniel Pereyra, Luis Enrique Pujals (asesinado en 1972) o Pedro Bonnet (ejecutado en su celda durante la masacre de la cárcel de Trelew en 1972). Las explosiones urbanas de Córdoba a partir de 1969 y luego el levantamiento popular de 1972 que conducirá a Perón al poder no cuadraban demasiado en el esquema previsto. Preocupado por cuidar sus relaciones con los dirigentes cubanos, Santucho no se molestará demasiado ante las posiciones complacientes de Fidel Castro sobre la intervención soviética en Checoslovaquia. Entre 1969 y 1972, el PRT-Combatiente conoció varias escisiones. Pereyra lo abandonó para fundar un pequeño grupo de propaganda armada. La Fracción Roja, procedente de los barrios del sur de Buenos Aires, y que entró en disidencia durante el encarcelamiento de Santucho y su evasión de la prisión de Rawson, también fue expulsada. En lugar de aprovechar, como hizo el PRT-La Verdad, la breve apertura democrática de 1972-1974 para acumular fuerzas y consolidar su

implantación social, el PRT-Combatiente se declarará en paz armada con la policía peronista, pero todavía en guerra con el ejército apoyado por el imperialismo americano. El desenlace de esta declaración de guerra con armas desiguales no dejaba lugar a dudas. Aproximadamente un tercio de los militantes de la Fracción Roja fueron muertos en menos de dos años. Santucho mismo, que había abandonado la Internacional en 1973, cayó en combate en 1976.

La cuestión de la lucha armada en la IV Internacional se envenenó tanto más en la medida en que estaban en juego vidas humanas. Las divergencias se convirtieron en el motivo principal de la formación en 1972, a iniciativa de los dirigentes norteamericanos y del PRT-La Verdad (convertido en Partido Socialista de los Trabajadores), de una tendencia minoritaria, la Tendencia Leninista Trotskista (TLT), ante la cual la mayoría responderá constituyéndose en Tendencia Mayoritaria Internacional (TMI).

En Europa, la huelga general de Mayo de 1968 y las turbulencias del Mayo rampante italiano reanimaron la esperanza revolucionaria. La recesión de 1967 anunciaba el fin de los Treinta Gloriosos y de la fe en un mundo de prosperidad ilimitada. La consigna testamentaria del Che, "crear dos, tres, muchos Vietnam", resonaba como un imperativo inmediato en las orejas de una generación militante tan entusiasta como inexperta. En la mayoría de países europeos surgieron entonces siglas, organizaciones y caras nuevas. Maoístas y trotskistas se repartían la simpatía de las nuevas vanguardias, pero la influencia de los primeros no tardó en retroceder poco a poco conforme se oscurecía el mito de la Revolución Cultural.

Los movimientos trotskistas salieron substancialmente reforzados de esos años de efervescencia, en Francia y Gran Bretaña principalmente, pasando de grupos estudiantiles a organizaciones sociales mejor implantadas. En España, una Liga Comunista Revolucionaria nació en 1971-1972 de las luchas estudiantiles y de las movilizaciones contra el proceso de Burgos. En Euskadi, la dirección procedente de la VIº Asamblea de ETA y la mayoría de sus presos políticos, que pasaron del nacionalismo al internacionalismo por la influencia de la Revolución cubana, ingresaron en las filas de la IV Internacional. Organizaciones aparecieron en Suecia, en Suiza, en Dinamarca, e incluso en Portugal en vísperas de la Revolución de los claveles. *A posteriori*, la primera mitad de los años 1970 aparece marcada también por un izquierdismo febril que alimentó la competencia entre organizaciones revolucionarias.

Para evitar la temible "condescendencia de la posteridad" hay que recordar el contexto. De un lado, se dio un auténtico ascenso impetuoso de luchas sociales, sobre todo en Italia e Inglaterra, hasta 1974. De otro, en 1973, toda la izquierda europea se definía estratégicamente en el espejo de la tragedia chilena. Mientras la dictadura franquista agonizaba en España, Portugal conoció en 1974-1975 una verdadera crisis revolucionaria: el verano de 1975 vio aparecer en las fábricas, los barrios, los cuarteles, formas de dualidad de poder y, en agosto, blindados desfilaban por las calles de Lisboa junto a los manifestantes. Mientras la Unión de la Izquierda en Francia o el "compromiso histórico" proclamado por Berlinguer en Italia tenían como objetivo una ampliación de las alianzas hacia su derecha para protegerse de un golpe de Estado reaccionario, la extrema izquierda se identificaba en buena medida con el MIR chileno e imaginaba un futuro bajo la forma de un apoyo crítico a la izquierda tradicional para preparar mejor las confrontaciones inevitables que le seguirían. Publicaba, a mediados de los años 70, una prensa diaria en Italia (*Lotta Continua, Manifesto, Avanguardia Operaia*), en Francia (*Rouge*) y en Inglaterra. Contaba con varios miles de miembros.

El Xº Congreso Mundial de la IV Internacional se celebró a principios de 1974, en un momento decisivo. Entre la mayoría y la minoría internacionales la controversia alcanzaba a la apreciación general de la situación, a la lucha armada en América Latina y a la violencia revolucionaria (en particular a propósito de la ejecución por ETA del almirante Carrero Blanco, presunto sucesor de Franco), a las relaciones con las nuevas vanguardias y al frente único con las organizaciones tradicionales del movimiento obrero. Cada bloque tenía en su seno sus propias discusiones. Pero la lógica fraccional solidificó las fronteras y el congreso se pareció más a un encuentro diplomático de delegaciones que a una deliberación colectiva. Las cuestiones importantes fueron abordadas separadamente y con los ojos cerrados.

Del lado de la mayoría, este congreso a contratiempo intentó proporcionar un fundamento al activismo febril de las jóvenes secciones, profetizando la inminencia de una crisis revolucionaria en Europa y soñando en un próximo congreso mundial reunido en la Barcelona liberada. Con el ascenso de las luchas antiburocráticas en el Este, la historia volvería a arrancar en el punto en que se había quedado detenida durante los años 30 por la contrarrevolución burocrática en el Este y por la contrarrevolución burguesa en España. Unas semanas después de la celebración del congreso, en abril de 1974, el derroca-

miento de la dictadura portuguesa pareció confirmar el pronóstico. ¡La caída del gobierno conservador por la huelga de los mineros británicos fue descrita como el anuncio de una crisis revolucionaria en Gran Bretaña! Si bien es justo hacer todo lo posible por actualizar una posibilidad efectiva (poniendo el acento en las formas de autoorganización, desarrollando la contestación democrática en el ejército, relacionando las luchas parciales con una perspectiva de huelga general), puede, en cambio, revelarse desastroso confundir la radicalización real de las luchas con una modificación cualitativa de las correlaciones de fuerzas en el seno del movimiento obrero.

El ascenso de las luchas en Europa al menos se tradujo en la caída de las dictaduras en Grecia, Portugal y España, y el control del movimiento social escapó parcialmente a los aparatos de la izquierda tradicional, si bien estos últimos no dejaron por ello de conservar la llave de la situación política. En Francia, la izquierda unida retoma la iniciativa a partir de 1972. En Italia, el Partido Comunista alcanza su apogeo electoral en 1976. La recesión internacional de 1973-1974 marcaba un viraje del ciclo económico y el frenazo militar a la revolución portuguesa en otoño de 1975 fue un giro en la situación política. La reaparición de un paro de masas, la crisis de ciertas ramas de la industria y la política conciliadora de las direcciones reformistas conjugaron sus efectos para desactivar la explosión social. En España, el Pacto de la Moncloa y la legitimación de la monarquía permitieron canalizar la transición ordenada del posfranquismo. En Italia el compromiso histórico ofrecía una prórroga a la democracia cristiana. En Gran Bretaña el fracaso del laborismo preparaba el advenimiento del thatcherismo. Entre 1975 y 1978 se perfilaba, de ese modo, un nuevo dato que Francia, que contenía la respiración ante la perspectiva de una victoria electoral de la izquierda en 1978, registró con retraso ante la desunión de la izquierda y los primeros efectos de las políticas de austeridad.

Paralelamente, América Latina conocía igualmente un reflujo de las luchas en el Cono Sur (posterior a los golpes de Estado de Bolivia, Uruguay y Chile en 1973 y de Argentina en 1976). La experiencia chilena mostraba que el heroísmo de una minoría obstinada no basta para “desbordar a los aparatos” si no se ha abierto previamente una brecha en su control sobre sectores significativos del movimiento de masas. Se inauguraba de ese modo una reorientación estratégica.

En fin, mientras que los pueblos de Indochina habían simbolizado las

luchas antiimperialistas en el mundo y que la debacle americana en Saigón parecía anunciar una nueva era para los pueblos oprimidos, las informaciones que empezaban a llegar sobre la "laceración camboyana" y sobre los conflictos armados entre Vietnam y Camboya y entre China y Vietnam anunciaron la hora del desencanto.

Mientras una parte de la izquierda revolucionaria, sobre todo en Italia y, en menor medida, en Alemania y Portugal, se extraviaba en una huida hacia delante y en el fetichismo de la violencia minoritaria, había llegado el momento de armarse de una "lenta impaciencia" y de inscribir el proyecto revolucionario en el largo plazo. El XI° Congreso Mundial no tuvo lugar triunfalmente en Barcelona, sino discretamente en Italia. Los protagonistas de una década de debate fraccional estaban agotados. Tendencias y fracciones fueron disueltas en lo esencial en 1977 y la preparación del congreso fue la ocasión de una paz de compromiso entre los trotskismos americano y europeo, mientras Moreno reconstruía una Fracción Bolchevique. Los dirigentes de la antigua mayoría y los del SWP de los Estados Unidos se pusieron de acuerdo sobre un orden del día que privilegiaba la puesta al día programática (con la adopción de documentos fundamentales sobre la democracia socialista y sobre la liberación de la mujer) y las medidas organizativas (con un esfuerzo brutal de incorporación de militantes a la industria). La coherencia de conjunto reposaba sobre la idea de que con el reflujo de la revolución colonial se acababa un largo rodeo histórico: la revolución mundial reencontraba su centro de gravedad en los países industrializados y, por consiguiente, sus formas "clásicas", urbanas e insurreccionales. La unificación del movimiento trotskista internacional (particularmente en Francia y Brasil) y el reagrupamiento de las tribus en diáspora se convertía, a su vez, en una tarea prioritaria. En 1978, se iniciaron negociaciones con ese fin entre el Secretariado Unificado y los dirigentes del comité de organización por la reconstrucción de la IV Internacional, del que Pierre Lambert era el principal dirigente.

Las perspectivas preparatorias del XI° Congreso fueron precipitadas, una vez más, por los acontecimientos. Mientras que la orientación propuesta contaba con un agotamiento de las revoluciones coloniales y con un retorno del epicentro revolucionario a los países industrializados, la contraofensiva neoliberal de los años de Thatcher y Reagan se había iniciado y la actualidad internacional estaba determinada por los acontecimientos de Irán y Centroamérica, en particular por la Revolución sandinista de julio de 1979 en Nica-

ragua. En ese contexto, consagrando una cohabitación de razón sin verdadera pasión amorosa, el congreso se anunciaba moroso. El corazón no estaba ahí. Lambert de un lado y Moreno de otro creyeron llegado el momento de la revancha ante las frustraciones pasadas y de asestar el golpe de gracia a una organización internacional en la que habían sido, durante treinta años, los disidentes permanentes o intermitentes. Aprovecharon la ocasión que les ofrecía la Revolución nicaragüense, acusando al Secretariado Unificado de capitular ante la dirección sandinista pequeño burguesa al rechazar la construcción de una organización trotskista pura y dura en Nicaragua. En el otoño de 1979, sin esperar al congreso mundial convocado para principios del año siguiente, la Fracción Bolchevique de Moreno y la Tendencia Leninista Trotskista (TLT), resultante esencialmente de un entrismo lambertista en la sección francesa (pilotado por Jean-Christophe Camdabélis y dirigido por Daniel Gluckstein y Christian Phéline), abandonaron la Internacional para crear un comité paritario con el CORCI (Comité de Organización para la Reconstrucción de la Cuarta Internacional). Los informes y las resoluciones adoptadas en su "conferencia mundial abierta" de diciembre 1980, muy parecida a un congreso fundacional de una nueva internacional, tenían por objetivo delimitar el "trotskismo ortodoxo" del "revisionismo liquidador".

Como subrayó la intervención del representante del Secretariado Unificado, la cuestión de Centroamérica, pretexto de esta nueva escisión, todavía no había sido abordado en el quinto día de la conferencia. Sin embargo, los documentos preparatorios caracterizaban el apoyo de las secciones de la IV Internacional a la revolución en Centroamérica como "la peor traición en la historia del trotskismo", comparable a la bancarrota de la III Internacional en la Revolución china de 1927, en la catástrofe alemana de 1933 o en la Guerra Civil española. Encontramos ahí un rasgo típico de la secta incapaz de estar a la altura de los acontecimientos y que reduce el mundo a su propia escala minúscula. Las tragedias del pasado son reinterpretadas como farsas grotescas donde unos bonsáis ridículos pretenden jugar el papel de los gigantes de antaño. A pesar de lo grotesco de ese teatro de sombras, se verifica, sin embargo, una constante en la historia de las organizaciones trotskistas: por irrisorias que sean, sus laceraciones y sus separaciones constituyen un eco de los grandes acontecimientos que determinan el sentido de una época.

## CAPÍTULO VIII

## CAMBIO DE ÉPOCA

A principio de los años 1980, la contraofensiva liberal, la nueva carrera de armamentos iniciada por la Administración Reagan, la guerra americana de "baja intensidad" en Centroamérica y la expedición británica a las Malvinas (prefigurando las nuevas intervenciones imperiales) marcarán un cambio radical en relación con la década anterior. La Unión Soviética se hundía en el estancamiento brezneviano. El movimiento obrero internacional había sido puesto a la defensiva en casi todos los frentes. Este retroceso se saldó con derrotas sociales severas como la de la huelga de los mineros británicos en 1984, el fracaso de las movilizaciones en defensa de la escala móvil de los salarios en Italia en 1985 y las derrotas sindicales en los Estados Unidos y Japón. En Francia, el viraje hacia la austeridad selló la conversión del Partido Socialista al social-liberalismo.

En ese contexto de reacción emergían, sin embargo, signos de renovación, en particular en Brasil, con la formación en 1979 del Partido de los Trabajadores, que se convierte en diez años en una de las fuerzas políticas del país, o en Corea, con las luchas estudiantiles y la formación de nuevos sindicatos. Sin embargo, la Revolución nicaragüense, que encarnaba la esperanza de un relanzamiento revolucionario en América Latina, no consigue extenderse al Salvador y Guatemala, contenida por la estrategia contrainsurgente asistida por consejeros israelíes o taiwaneses y por la guerra llamada de "baja intensidad" dirigida por los Estados Unidos. En el Cono Sur, el fin de las dictaduras fue relativamente bien controlado por las clases dominantes en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, donde el movimiento social tenía enormes dificultades para reponerse de los golpes sufridos bajo la bota militar. La última gran huelga de los mineros bolivianos, en 1985, marcó el fin del ciclo iniciado en ese país por la revolución de 1952. Altamente simbólica, la victoria fraudulenta de Salinas de Gortari contra Cuahautémoc Cárdenas en las elecciones mexicanas de 1988 abría el proceso de desmantelamiento del Estado

social populista e inauguraba las grandes reformas neoliberales: privatizaciones, contrarreforma agraria y adhesión al tratado de libre comercio con los Estados Unidos.

En la IV Internacional, una dirección colectiva rejuvenecida y fuertemente internacionalizada (que agrupaba a norteamericanos, mexicanos, españoles, suecos, japoneses, belgas, italianos, suizos, australianos, británicos y franceses) impulsó a principios de los años 80 una política dinámica, concretada en la creación de una escuela internacional permanente de cuadros, una renovación de la prensa, un apoyo a la creación de organizaciones de juventud y la constitución de coordinaciones continentales. Sin embargo, las divergencias reactivadas por la revolución en Centroamérica la debilitaron.

Resultante de la Conferencia mundial abierta de diciembre de 1980, el Comité Internacional tuvo una existencia efímera de unos pocos meses. Su unidad negativa —contra los "liquidadores" del Secretariado Unificado— carecía de fundamentos sólidos. Fiel a un pragmatismo maniobrero, Lambert no se aventuró demasiado sobre las cuestiones de fondo, mientras la Revolución nicaragüense reavivaba los viejos debates que tuvieron lugar a propósito de la caracterización de las revoluciones china, yugoslava y cubana. Moreno resolvió la dificultad afirmando que la Revolución de Octubre fue la única revolución social auténtica y que la posguerra no había conocido más que "revoluciones de febrero" sin verdadera autoorganización de masas; esas revoluciones eran, sin embargo, "categóricamente socialistas" en la medida en que habían desmantelado el aparato de Estado existente. Estas contorsiones teóricas encontraron su expresión sistemática en un libro de Moreno, firmado Dariush Karim, sobre la dictadura del proletariado, distinguiendo una etapa de enfrentamiento con el imperialismo de una etapa de construcción del socialismo propiamente dicho. Esta visión sacrificaba los principios de la democracia socialista ante el realismo y conducía a relativizar la lucha contra la burocracia durante la etapa antiimperialista.

Detrás de la unidad de fachada del XIº Congreso contra la escisión orquestada por Moreno y Lambert, aparecen fisuras en el seno de la mayoría internacional. Sobre las cuestiones controvertidas de la unidad del movimiento trotskista y del "giro a la industria", pero también sobre las cuestiones no resueltas reavivadas por los acontecimientos en Centroamérica y Polonia. La dificultad se remitía de nuevo a la distancia entre el acto re volucionario de la conquista del poder y la transformación de las relaciones de producción. En los

últimos días de 1979 surgieron nuevas divergencias con la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán bajo el pretexto de defender al régimen laico contra la reacción tribal y religiosa apoyada por la dictadura pakistaní. El SWP de los Estados Unidos, confrontado al clima de guerra fría de la era Reagan, apoyó la intervención soviética. Más prudente, la mayoría del Secretariado Unificado condenó la intervención al obedecer ante todo a los intereses geoestratégicos de la burocracia, pero no exigía la retirada de las tropas soviéticas, ya que la internacionalización del conflicto oponía a los progresistas laicos apoyados por la Unión Soviética a la reacción religiosa apoyada y armada por los Estados Unidos. La posición más justa fue defendida por una minoría (Tariq Ali, Gilbert Achcar, Michel Lequenne) que estimaba que la intervención soviética no podía más que oscurecer el sentido de la lucha antiimperialista y ser aprovechada por las fuerzas nacionalistas y religiosas más reaccionarias. Pedía la retirada inmediata de las tropas soviéticas y el apoyo a los elementos más progresistas de la resistencia afgana. En 1982 la Internacional adoptaba un documento autocrítico que iba en ese sentido. Este paso en falso ilustraba la dificultad de orientarse en los nuevos conflictos armados como los de las Malvinas o de la guerra entre Irán e Irak, poniendo de manifiesto las dinámicas centrífugas de la nueva situación internacional.

En el umbral de los años 1980, acontecimientos como la lucha antiburocrática de Solidarnosc en Polonia y el desarrollo de la revolución en Centroamérica parecían, sin embargo, propicios para pensar la situación mundial según las categorías actualizadas de la revolución política y de la revolución permanente. Esto era lo que estaba en juego durante el debate preparatorio del XII° Congreso mundial de 1985. El SWP de los Estados Unidos y el SWP de Australia acentuaron su acercamiento a la dirección castrista al precio de una revisión de su ortodoxia tradicional. En un artículo de 1983, titulado "Su Trotsky y el nuestro", el principal dirigente de la sección americana tras la desaparición de la vieja guardia, Jack Barnes, puso los puntos sobre las ies: "El cambio que propongo es uno de los más importantes en nuestro movimiento desde su fundación". Las tesis de la revolución permanente habrían constituido "un obstáculo para entroncar con Marx, Lenin y los primeros congresos de la Internacional Comunista". La recaída de Trotsky en sus pecados izquierdistas de juventud habría aislado a la IV Internacional del movimiento histórico real. La reivindicación selectiva de un trotskismo amputado de su lucha contra el estalinismo permitiría de ese modo borrar la

revolución antiburocrática y volver subrepticiamente a una línea de rectificación del campo socialista. La puesta en sordina del apoyo al levantamiento polaco, con el pretexto de que constituía un peligro de debilitamiento del campo socialista en el momento en que Reagan se lanzaba a una nueva guerra fría, lo confirmaba. El artículo de Barnes insistía unilateralmente en el hecho de que la defensa del Estado obrero soviético se revelaba "vital para la extensión de la revolución socialista mundial", omitiendo, de paso, el precio de su política para los pueblos coloniales y para los trabajadores de Europa occidental, y silenciando las tragedias griega, española, indonesia, chilena y el precio pagado por los chinos, los cubanos y los vietnamitas por la ayuda condicional del "gran hermano soviético".

Esta deriva por parte de militantes que se habían considerado siempre depositarios de la ortodoxia traducía una desmoralización y una renuncia al papel central de la lucha de clases, reemplazada por la lucha de los Estados y los campos. Parece tanto más injustificada en la medida en que, tras la conferencia de la OLAS y las experiencias en América Latina y en otros lugares habían supuesto una revisión crítica de las estrategias "etapistas" de la época estaliniana y conducido a descubrir otra filiación histórica en el peruano José Carlos Mariátegui, en el cubano Julio Antonio Mella, en el salvadoreño Agustín Farabundo Martí y en los nicaragüenses Augusto César Sandino y Carlos Fonseca Amador. Paralelamente, las reivindicaciones del movimiento polaco y el congreso de Solidarnosc de 1980, resumidas en la consigna "¡Entregadnos nuestras fábricas!", aparecían como una defensa y una ilustración de la revolución política.

Más preocupado por alcanzar una inserción real en la acción política en su país, y sin acabar gestionando la misma herencia que los dirigentes americanos, los delegados australianos explicaron con franqueza en la tribuna del XIIIº Congreso que la revolución permanente era "un fetiche inútil", responsable de la degeneración sectaria de la Internacional y de la "sobreestimación del lugar de la revolución política contra las castas en el poder en los Estados socialistas burocráticos". Con su franqueza, los Australianos llegaron a justificar la represión estaliniana contra los trotskistas en Vietnam, haciéndose eco tardíamente de una autocrítica reciente del Partido Comunista Vietnamita estimando la violencia (antitrotskista) "excesiva en relación con la situación"(!)

Los documentos mayoritarios del congreso subrayaban que la crisis de la dirección revolucionaria internacional ya no podía plantearse en los mismos

términos que en los años 1930. Ya no se trataba de proporcionar una dirección de recambio a un movimiento obrero internacional formado en una cultura revolucionaria en la estela de la Revolución rusa. Había llovido mucho desde entonces. La tradición había sido destruida por la larga noche estaliniana y por la adhesión de la socialdemocracia al orden capitalista. Una renovación sindical y política del movimiento obrero a escala planetaria estaba ya a la orden del día. Se trataba pues de consagrarse a un proceso desigual y prolongado de reconstrucción de larga duración. La IV Internacional podía jugar un papel irremplazable con la condición de no hacerse pasar por un "partido mundial" imaginario: "A falta de acontecimientos de alcance mundial susceptibles de alterar en profundidad las relaciones entre las clases y de determinar un realineamiento general de fuerzas, la recomposición del movimiento obrero internacional será lenta, desigual y profundamente diferenciada. No es el momento ni de una proclamación abstracta de una Internacional de masas ni de la búsqueda de un atajo cualquiera en ese sentido. No estamos más que al principio de transformaciones profundas que debemos abordar combinando la construcción de la Internacional y la colaboración con las vanguardias emergentes en los distintos continentes." Sin hacer tabla rasa del pasado, esta apertura implicaba no liquidar la herencia programática, ya se tratara de la lucha contra el totalitarismo burocrático o de la lógica de la revolución permanente.

Los grandes acontecimientos anunciados no tardaron en producirse con el derrocamiento de los regímenes burocráticos en 1989, la reunificación alemana y la desintegración de la Unión Soviética en 1991. Se acababa así lo que los historiadores llaman "el corto siglo XX", de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa hasta el hundimiento del totalitarismo burocrático. Lejos de fundar una nueva esperanza y un nuevo proyecto, estos acontecimientos participarían de la destrucción creadora, del trabajo necesario de lo negativo y de la descomposición más que de la recomposición. Tras el viraje de 1989-1991, la dinámica de la restauración capitalista se imponía en el Este, sin grandes movilizaciones populares en defensa de Estados que se suponían obreros, sin señal alguna de revolución política autogestionaria, sin tan siquiera la aparición de corrientes significativas de un renacimiento revolucionario. En el mismo periodo, el Partido de los Trabajadores brasileño no gana por poco las elecciones presidenciales de 1989, los sandinistas pierden las elecciones de 1990 en Nicaragua, las guerrillas salvadoreñas, tras varias tenta-

tivas insurreccionales, deponen las armas. En Cuba, el juicio y ejecución en 1989 del general Arnaldo Ochoa, en un proceso digno de los de Moscú, revelaba el grado de descomposición burocrática de un régimen cada vez más caudillista.

Para una pequeña minoría de la Internacional, al contrario, la caída del despotismo estaliniano y las buenas noticias traídas por el viento del Este debían ser celebradas con una buena provisión de champán. Sin embargo, la mayoría de la Internacional reaccionó al modo de Spinoza: sin reír ni llorar, intentando comprender. No había nada de que lamentarse, sino todo lo contrario, con la caída de regímenes cuya función desde los años treinta había sido la de preservar un orden mundial negociado con las potencias imperialistas y asfixiar al movimiento obrero en sus propios países. Su hundimiento era el epílogo de una contrarrevolución burocrática consumada desde hacía mucho tiempo. Pero, en el contexto de los años 1980, su caída no beneficiaba a los pueblos, sino a los dominantes, a los poseedores y a los burócratas reciclados a capitalistas mafiosos. ¿Champán? De acuerdo, pero seguido de una buena dosis de Alka Seltzer. Ciertamente, las dictaduras habían caído bajo la presión de movimientos populares y de revoluciones de terciopelo en Alemania del Este, en Checoslovaquia, en Polonia, en Rumanía, pero también bajo la presión del mercado mundial y de la carrera de armamentos impuesta por el imperialismo. La férula burocrática ejercida durante más de medio siglo había destruido las tradiciones políticas, atomizado al proletariado, destruido el espacio público y pulverizado la sociedad civil de esos países. Si las aspiraciones a la reforma o a la revolución política al menos se habían manifestado claramente en los levantamientos de 1956 en Hungría y Polonia, durante la Primavera checoslovaca de 1968, en las luchas obreras de 1976 y 1980 en Polonia, la aparición de Solidarnosc marcaba el fin de un ciclo anterior más que el principio de uno nuevo. Lejos de las promesas Kruschevianas de alcanzar/superar al capitalismo, la Unión Soviética se hundía desde mediados de los años 1970 en el estancamiento, su régimen zozobraba en la senilidad, su esperanza de vida empezaba a acortarse, la economía se ahogaba bajo los controles y los despilfarros de una burocracia petrificada. Contrariamente a lo que sucedió en los años 1960, el movimiento obrero de los países occidentales, puesto a la defensiva por las reformas neoliberales, era incapaz de ejercer la menor atracción sobre los movimientos contestatarios en el Este. Mientras los trabajadores rusos, polacos o alemanes soñaban con alcanzar un nivel de

vida a la sueca, la ley implacable del desarrollo desigual y combinado les condenaba, sin embargo, a una inserción subalterna en el mercado mundial, a una degradación masiva de sus condiciones de existencia y a una inestabilidad política, entre una democratización truncada y tentaciones autoritarias, más propia de los países del Tercer Mundo que de las "democracias occidentales".

Estas grandes conmociones, desde luego, ponían en cuestión la razón de ser de las organizaciones que se reclaman del trotskismo. A su manera, los dirigentes del SWP americano, anticipándose a los acontecimientos de Europa del Este, habían respondido abandonando la Internacional de puntillas en una perspectiva de "fusión con la corriente castrista". El SWP australiano lo había precedido en esa vía intentando ligarse a las nuevas formas de radicalización, en particular en Asia y Oceanía. Inversamente, una minoría de la sección francesa pretendía ver en la caída de las dictaduras burocráticas el anuncio de una revolución política inminente. El informe mayoritario al XIII° Congreso Mundial reunido en enero de 1991, en vísperas de la Guerra del Golfo y de la implosión de la Unión Soviética, subrayaba la contradicción entre esta euforia y el hecho de que el trotskismo ortodoxo del cual esa corriente se consideraba la campeona estaba, según su propia confesión, asediado y arrinconado en algunos lugares santos residuales, como París o San Francisco. Si la situación era tan propicia como pretendían, ¿por qué estaban reducidas a una ínfima minoría en organizaciones ya de por sí minoritarias? Esta contradicción no era muy sostenible. Esta minoría acusó de lleno el golpe de la desilusión y no tardó, en la mayor parte de su componente francesa, en ingresar en el Partido Socialista por iniciativa de Gérard Filoche y de Daniel Assouline. Cosa que confirmaba la ley según la cual la ortodoxia más ostentosa prepara, a veces, las capitulaciones más espectaculares. Esta minoría siguió en esta vía, con cierto tiempo de retraso, al movimiento de transferencia hacia el Partido Socialista en el que se habían comprometido a principios de los años 1980 Julien Dray, Henri Weber, Harlem Désir, Pierre Moscovici (provenientes de la LCR), Jean-Luc Melanchon, Jean-Christophe Cabadélis y casi 400 militantes (provenientes de la OCI lambertista). Esta adhesión expresaba la aspiración de una generación al realismo gestionario y al ejercicio del poder, con la que Miterrand ha sabido jugar a la perfección con el apadrinamiento paternalista de SOS Racismo. Este retorno a la casa común, de la que León Blum se había declarado guardián durante del congreso de Tours, fue

también un adiós al proletariado y a las ilusiones líricas del pos-68. La muda silenciosa de Lionel Jospin resume esta reconversión.

# FIN O CONTINUACIÓN

Un ciclo del movimiento obrero se ha acabado con "el corto siglo XX". A penas está empezando uno nuevo. ¿La secuencia en la que se inscribe la historia de los trotskismos se acaba acaso con la del estalinismo, que fueron los primeros en combatir en nombre del marxismo revolucionario? ¿Sabrán ciertas corrientes procedentes de este combate reinvertir su experiencia y su memoria en una situación nueva cuyos contornos apenas empiezan a emerger? ¿Sabrán movilizar su experiencia para enriquecer a los movimientos sociales renacientes? ¿Sabrán constituir un nexo de unión entre el "ya no" y el "todavía no"? La respuesta no está dada por adelantado. Depende de la lucha.

De las distintas ramas procedentes del tronco original, la IV Internacional y la corriente Socialismo Internacional (desarrollada a partir del SWP británico) son las más importantes por su presencia en ciertos países claves y por su realidad internacional efectiva. Sus grupos y secciones son a menudo muy activos en el movimiento internacional contra la mundialización capitalista y contra las guerras imperiales, así como en la renovación de los movimientos sociales. A menudo están comprometidos en las recomposiciones a escala nacional con corrientes procedentes del movimiento comunista, de la ecología radical y del feminismo revolucionario. Debilitadas, las tendencias morenistas o lambertistas se reducen, a menudo, a una influencia nacional o regional. La corriente procedente del Militant británico se ha desintegrado. Lutte Ouvrière, cuya candidata Arlette Laguillier obtuvo más del 5% de votos en las presidenciales de 1995 y que supera a menudo al candidato del Partido Comunista en los sondeos, constituye un fenómeno específico en Francia, donde la extrema izquierda de procedencia trotskista en su conjunto oscila, según el tipo de escrutinio, entre el 5,5% y el 12% (en ciertas municipalidades).

La entrada en el nuevo siglo, sin renuncias ni sectarismo, no se hará sin un esfuerzo de puesta al día teórica y práctica, ni sin una puesta en cuestión de

una visión de la historia ligada al vocabulario teratológico de la "degeneración" y otras "monstruosidades", que presupone una norma y un sentido único del progreso histórico.

Este ensayo se detiene en los umbrales del siglo XXI. Los estremecimientos del mundo no se detienen. La época es más convulsa y violenta que nunca. No se trata ya de una crisis de crecimiento, sino más bien de una crisis crepuscular de civilización. Las relaciones sociales entre los seres humanos y entre estos y las condiciones naturales de reproducción de la especie no pueden reducirse al arbitraje de cortas miras de los mercados y a la miseria generalizada de los parámetros mercantiles. Al clamar que "el mundo no está en venta", los manifestantes contra la mundialización imperial de Seattle, de Génova, pero también de Porto Alegre (ciudad símbolo donde la izquierda trotskista del Partido de los Trabajadores ha jugado un papel determinante desde hace más de veinte años), plantean la cuestión de saber en qué especie de humanidad nos queremos convertir y en qué mundo queremos vivir. Si el mundo no es una mercancía, ¿entonces qué debe ser y qué queremos hacer de él?

El hundimiento del "socialismo realmente inexistente" ha liberado a la nueva generación de antimodelos que paralizaban el imaginario y comprometían la idea misma del comunismo. Pero la alternativa a la barbarie del capital no se perfilará sin un balance serio del siglo terrible que ha terminado. En ese sentido al menos, un cierto trotskismo, o un cierto espíritu de los trotskismos, no está superado. Su herencia sin modo de uso es, sin duda, insuficiente, pero no menos necesaria para deshacer la amalgama entre estalinismo y comunismo, liberar a los vivos del peso de los muertos y pasar la página de las desilusiones.

Anexo I

# EL TROTSKISMO DE LA LIGA

MIGUEL ROMERO

Para Lucía, que fue la primera

En la "advertencia" que precede a su texto, Daniel Bensaïd dice que *"la historia de los movimientos trotskistas queda por hacer"* y que el propósito de su trabajo ha sido *"proponer un punto de vista y dar sentido a los debates políticos y teóricos que jalonan esta historia atormentada"*. A la pequeña escala de este anexo, esos criterios son también pertinentes.

No voy a referirme a "los movimientos trotskistas" en el Estado español, sino solamente a la Liga. Es una limitación respecto al enfoque del libro de Bensaïd, pero en nuestro caso tiene un alcance menor. A diferencia de Francia, en la Liga no tuvieron ningún papel las demás organizaciones trotskistas, salvo un breve y desgraciado episodio en 1979, al que me referiré más adelante. Además, a mi parecer, la Liga es la única organización que encarnó en este país ese *"cierto trotskismo"* que Bensaïd considera *"...sin duda insuficiente, pero no menos necesario, para deshacer la amalgama entre estalinismo y comunismo, liberar a los vivos del peso de los muertos y pasar la página de las desilusiones"*.

Pero la Liga dejó de existir hace quince años (¡quince años!). Su historia escrita está almacenada en el baúl, en miles de páginas de periódicos y boletines, en los que se encuentra la referencia escrupulosa de resoluciones y debates, posiciones mayoritarias y minoritarias, votaciones, incluso en los años de clandestinidad,... muestras de una cultura democrática que en la Liga se consideraba tan normal como respirar, pero que es absolutamente excepcional en la izquierda. Sería interesante y útil, por no utilizar términos demasiado solemnes, ordenar, seleccionar y editar esos materiales. Pero eso sólo puede ser un trabajo colectivo; alguna iniciativa hay en marcha y ojalá llegue a buen término.

A la vez, hay una imprescindible "historia no escrita" de la Liga que está en la memoria de sus militantes, diversa, contradictoria, sublimada, herida... Un

proverbio árabe dice: *"La verdad no está en un solo sueño; está en muchos sueños"*. La historia de la Liga no está en una memoria, sino en muchas memorias. También hay algún proyecto en marcha para recoger y estudiar esas memorias; sería formidable que llegara a realizarse.

Quien quiera conocer la historia de la Liga deberá pues esperar a que esos proyectos lleguen a buen puerto. En estas notas sólo van a encontrar algunas opiniones sobre algunos recuerdos, un punto de vista personal sobre el sentido de la acción de la Liga, sobre la racionalidad del compromiso revolucionario que asumió durante los veinte años de su historia, con sus logros y sus errores.

## I

La afiliación de la Liga a la IV Internacional, que coincide con su fundación a comienzos de 1971, fue un encuentro, no una conversión.

El grupo compuesto mayoritariamente por estudiantes universitarios, provenientes de las organizaciones del "Felipe" (Frente de Liberación Popular en Madrid y Front Obrer Catalá en Barcelona) buscaba cómo construir un partido revolucionario y cómo comprender el convulso mundo de comienzos de los 70, desde el forzado aislamiento político e intelectual del franquismo crepuscular. Eran activistas, marxistas más por intuición que por estudio, organizadores del sindicalismo democrático estudiantil (una buena escuela para entender el significado de "burocracia" y "reformismo", a partir de la batalla diaria con el PCE), internacionalistas y antiestalinistas por referencia al Ché, con el compromiso militante fraguado por el dolor y la rabia del asesinato de Enrique Ruano,...

En casi dos años de debates y acciones militantes improvisadas, tras la disolución del "Felipe" en 1969, encontraron a la IV por medio de la LCR francesa, cuyo antecedente, las JCR (Jeunesse Communiste Révolutionnaire) había sido la conexión y el intérprete que tuvimos para entender e intentar compartir el "retorno de la revolución" en Mayo de 1968.

No buscábamos una doctrina, sino una corriente marxista militante que diera raíces y sentido a nuestra acción. El encuentro con la IV se hizo porque allí estaban, junto con un análisis coherente del "capitalismo tardío" y de los procesos políticos, "desiguales y combinados", en Francia, Italia, Checoslovaquia, México, Vietnam..., organizaciones en las que nos reconocimos, políti-

ca y hasta generacionalmente. Allí descubrimos el marxismo revolucionario junto con la historia de los primeros años de la Internacional Comunista, la lucha contra el estalinismo junto con la solidaridad con las revoluciones en Argelia y Cuba...

Trotsky era uno de los protagonistas de esta historia. Pero más que "trotskistas" preferíamos definirnos como los continuadores de los "comunistas que combatieron al estalinismo". La diferencia no era de palabras, expresaba una de las ideas más fuertes del programa de la IV: el estalinismo como una ruptura trágica en la trayectoria del movimiento obrero revolucionario y a nuestra corriente como la continuadora de esa trayectoria, resistiendo en el período sombrío de la hegemonía estalinista y, ahora finalmente, cuando la revolución volvía a ser una "tarea actual", dispuesta a luchar para que el comunismo volviera a ser la esperanza emancipatoria que lo originó.

## II

Para unos recién llegados, la IV era una escuela de formación acelerada de la que nos venía una avalancha de lecturas, programas, resoluciones, solidaridad activa, noticias, normalmente entusiastas, de las luchas en el mundo y del crecimiento de las "secciones",...

Esta amalgama constituía más una cultura (una "forma de hacer política", diríamos ahora) que una teoría, una ideología o un programa. No trato de desvalorizar el contenido programático (el internacionalismo, la revolución socialista, la autoorganización como base de la democracia socialista, la democracia en el partido, la "independencia de clase" del movimiento obrero respecto a las organizaciones y los programas políticos burgueses...). Pero este "bagaje" estaba inserto en la historia y la realidad militante de la IV y lo recibimos (para bien y, a veces, para mal) de una forma cultural, más que doctrinal, lo cual se correspondía muy bien con el tipo de organización que éramos: activista, empírica, determinada por la clandestinidad...

Para bien, porque, por ejemplo, esta cultura dejaba un amplio espacio a la elaboración propia de ideas: así, leímos con atención los escritos de Trotsky sobre la revolución española, pero también los de Andreu Nin y tuvimos la suerte de conocer a formidables militantes del POUM (Juan Andrade, María Teresa García Banús, Antonio Rodríguez, Enrique Rodríguez, Emma Ro-

ca...). El resultado fue una visión muy crítica de las relaciones entre Trotsky y el POUM y la consideración del POUM como "nuestro partido" en la guerra civil. Estas ideas dieron lugar a debates en la IV, pero a ninguna clase de censura.

Por otra parte, esta cultura se desarrollaba con la experiencia. Por ejemplo, una pequeña organización clandestina necesitaba muchas formas de solidaridad política y material. La IV, y particularmente la LCR francesa, no nos falló nunca. Si la solidaridad es, además de un principio, un aprendizaje, allí, en buena escuela, la aprendimos.

Pero también, esa cultura estaba imbuida por los mitos y hábitos sectarios y doctrinarios, inevitables en una prolongada existencia a contracorriente de grupos muy reducidos, viviendo cada día la tensión entre el convencimiento de poseer el "programa de la revolución" y la realidad material de unas ínfimas fuerzas militantes. Uno de estos hábitos, que tuvo un coste grave en los primeros tiempos de la Liga, tendía a establecer una coherencia inmediata entre un desacuerdo concreto y una ruptura de "principios".

Así, un debate necesario, y podríamos decir, "natural", en aquellos tiempos, especialmente en una organización revolucionaria recién nacida y mayoritariamente estudiantil, sobre la política hacia Comisiones Obreras, se fue envenenando en una deriva doctrinaria a lo largo del año 1972; primero se convirtió en una discusión sobre si la conciencia política de la clase trabajadora avanza sólo a partir de su movilización unitaria o lo hace fundamentalmente por medio de experiencias de acción radicales, en las que tendrían necesariamente un papel importante los revolucionarios; de este debate se deducían orientaciones políticas diferentes: una estrategia de propaganda por el "frente único de las organizaciones obreras" o una política de iniciativas de la organización revolucionaria, destinada a promover acciones tan masivas como fuera posible, en las que se pudiera desbordar el control "reformista". Finalmente, el debate se congeló como un supuesto desacuerdo programático sobre la "unidad de la clase obrera" y, claro, acabó en una escisión.

La IV no pudo o no supo influir para evitar que una discusión, que tenía originalmente todo su sentido en el proceso de maduración de la Liga, se desarrollara tan torpemente y terminara tan mal. Y la Liga vivió seis años separada en dos organizaciones, la LCR y la LC, que se reunificaron en 1978. Estoy utilizando el nombre de "la Liga" para referirme a las dos organizaciones;

es una especie de "signo de penitencia" aplazada por el error que cometimos entonces.

La LCR y la LC tuvieron diferencias serias durante esos años, pero siguieron compartiendo buena parte de la cultura original común. Por eso, pese a los desacuerdos que se mantenían y a las diversas afinidades personales, la reunificación fue una realidad viva y duradera, y pese a que saltaron algunas chispas, al cabo de pocos meses, la procedencia de cada cual fue sólo un tema para hacer bromas.

## III

La LCR pudo superar el golpe de la ruptura con la LC gracias a que, poco después, tuvo lugar la unificación con ETA VI (la corriente mayoritaria en la VI Asamblea de la organización) que tras un balance crítico y autocrítico del nacionalismo y la estrategia militar de ETA, adhirió a la IV Internacional.

La importancia de esta unificación en la historia de la Liga es muy grande desde muchos puntos de vista. En primer lugar, aportó militantes con una experiencia diferente y de mayor calado, con buena implantación en fábricas... y en las cárceles: los y las militantes presos tuvieron un papel político y moral muy grande en la organización, y la contribución de quienes provenían de ETA VI fue fundamental.

Por otra parte, la unificación confirmó una idea de la LCR sobre la construcción del partido revolucionario, que hasta entonces era sólo un deseo: converger, o más precisamente "ganarse al marxismo revolucionario", a sectores de otras organizaciones de izquierda que rompieran con el "reformismo". Esta idea daba sentido a la posibilidad de que una pequeña organización como la LCR pudiera conseguir la fuerza y la suma de experiencias y saberes necesaria, en un espacio de tiempo que esperábamos corto, para poder disputar la dirección del movimiento obrero al "reformismo", o sea, al PCE. ETA no era una "organización obrera", pero desde las luchas contra los procesos del Burgos a finales de los años 70, que tanto habían contribuido a impulsar el nacimiento de la Liga, era una referencia, más allá de Euskadi, para la izquierda revolucionaria.

En fin, la unificación reforzó la autoridad política de la IV Internacional ante nosotros, en cuanto se mostraba como un referente capaz de atraer a sectores militantes de otras corrientes.

La unificación funcionó desde el primer momento, sin el menor problema. Nos pareció algo natural; creo que, considerando acontecimientos posteriores, habría merecido la pena preguntarnos por qué todo había ido tan bien.

Por supuesto, fue fundamental compartir el programa de la IV. También tuvo un papel el clima de confianza y exaltación militante de la época. Pero creo que, especialmente, tuvo una importancia decisiva reconocernos en una cultura militante y un proyecto de construcción de partido comunes, la "forma de hacer política", que una parte importante de la dirección de ETA VI, exiliada en Francia, había conocido y vivido en sus relaciones con la LCR francesa.

Mostramos simbólicamente la importancia que le dábamos a la unificación adoptando el nombre LCR-ETA VI, con el que militamos en todo el Estado español hasta agosto de 1976. No le dimos ninguna importancia a las dificultades que nos podía ocasionar ese nombre, especialmente, fuera de Euskadi. Fue una manifestación de orgullo izquierdista: "esto es lo que somos". Nunca nos arrepentimos.

## IV

La IV no pretendió "dirigir" a la Liga y jamás interfirió en ninguno de sus debates. El respeto al desarrollo de las "secciones" fue un principio organizativo que la dirección de la IV no cumplió siempre (hay algunas referencias a ello en el texto de Bensaïd), pero sí respetó escrupulosamente en el caso de la Liga a lo largo de toda su historia. En estas condiciones, es cierto que alguno de sus textos, especialmente *"El crepúsculo del franquismo"*, que conocimos en vísperas del nacimiento de la organización, tuvo una influencia determinante en la primera etapa de la Liga y, particularmente, en la orientación política de la LCR bajo el franquismo[1].

El texto invitaba a comprender la realidad, no a amoldarla a una ideología. No hay en él ni una cita de los "clásicos", salvo la referencia a la organización

1. Este artículo, escrito por Ernest Mandel fue publicado como editorial de la revista Quatrième Internationale en enero de 1971. Viento Sur nº 84, enero 2006, www.vientosur.info lo ha reproducido con una introducción en la que me he basado para escribir este punto.

de "tipo leninista", dirigida sin duda directamente a conectar con las aspiraciones de quienes se preparaban para fundar la Liga.

La mayor parte de su contenido está dedicada a analizar la realidad española, sus contradicciones políticas y económicas, los conflictos sociales básicos. Leído ahora, mantiene muchas ideas valiosas y también proyecciones voluntaristas (por ejemplo, sobre el *"desinflamiento"* de los *"globos reformistas y `libe - ralizantes'"*) o sobre las enseñanzas que los *"trabajadores españoles"* habrían recibido de la experiencia de 1969-1970 (es decir, de la resistencia al Estado de excepción a las luchas por la amnistía en torno al proceso de Burgos), o sobre el modelo de *"dualidad de poder"* como conclusión "natural" de la autoorganización.

Pero lo que interesa destacar es la frase que resume la estrategia que el texto propone: *"La dictadura franquista no puede metamorfosearse en democracia burguesa bajo la presión de las masas. Debe ser derrocada por una acción directa revolucionaria de las masas".* La Huelga General Revolucionaria (HGR) fue la fórmula de la LCR para resumir esta idea, que orientó nuestra acción política hasta mediados de 1976.

La HGR era una propuesta izquierdista, pero también realista y racional. Realista y racional porque se apoyaba en el proceso de movilizaciones iniciado a finales de 1970 en las luchas contra los procesos de Burgos, y que continuó en numerosas huelgas generales de ámbito local; la base de nuestra política era respetar esta dinámica real, tratar de comprenderla por medio del debate democrático, luchar por generalizarla por la acción militante. Izquierdista en un sentido que requiere una breve explicación, para diferenciarla de las variantes sectarias.

La política re volucionaria se fundamenta siempre en los objetivos necesarios para la lucha contra el capitalismo en su conjunto. Se trata de que llegue a ser "posible" lo que es "necesario". Para ello es vital considerar entre las condiciones que caracterizan a una situación concreta, una que no forma parte de los análisis positivistas (llamados habitualmente "realistas"): la potencialidad del movimiento, lo que todavía sólo existe de un modo fragmentario o embrionario en la dinámica del movimiento real, pero puede generalizarse: la tarea central de una organización re volucionaria es descubrir en el m ovimiento real y desarrollar esas potencialidades. En este sentido, la perspectiva revolucionaria no es "izquierdista", pero está "a la izquierda de lo posible".

El izquierdismo de la LCR consistió en hipertrofiar el papel de esas potencialidades, enfocar toda nuestra acción hacia las experiencias mas avanzadas y los sectores de vanguardia, considerando que la dinámica objetiva de las luchas empujaría naturalmente al conjunto del movimiento en esa dirección. Sin duda, se cometieron errores. Pero no nos equivocamos de combate.

## V

Nuestro punto de partida fue preguntarnos qué objetivos había que alcanzar para derrocar al franquismo[2].

Los resumimos en la depuración radical del aparato de Estado, de todas sus instituciones políticas y económicas, y especialmente, la disolución de sus cuerpos represivos.

¿Quien y cómo podía hacerlo? Esta fue la segunda cuestión capital. Para responder combinábamos un análisis de los conflictos sociales básicos (¿qué clase tiene el nivel de conflicto socio-político con la dictadura que la faculta para poder acabar radicalmente con ella?) y una estimación sobre las condiciones reales del movimiento social.

La HGR incluía un tercer aspecto fundamental: el derrocamiento de la dictadura y la "conquista de la democracia" pondría de actualidad la lucha por la extensión de autoorganización, el desarrollo de organismos económicos, políticos y militares que constituirían las bases del nuevo poder emergente, las incursiones del movimiento obrero en la propiedad capitalista y, como conclusión, la revolución socialista. Cuando en abril de 1974 cayó la dictadura en Portugal, la dinámica que siguió el movimiento popular confirmó que esta potencialidad existía efectivamente, y a nuestro lado.

La experiencia de Portugal contribuyó a que el sector "ilustrado" del aparato franquista y la "oposición democrática", y los poderes e instituciones internacionales correspondientes, se pusieran en acción para impedir que pudiera darse en España un proceso semejante. Para ello lo fundamental era evitar el desmoronamiento del Estado y controlar desde el poder los inevitables cambios políticos: ésta fue la lógica de lo que finalmente se llamó "reforma" y ésta

2. Escribí un artículo con el nombre de "La razón izquierdista"en Viento Sur nº 54, diciembre 2000. Me he basado en él para escribir este punto.

fue la orientación política a la que se sometió la "oposición democrática" hasta el final de la Transición.

Nosotros por el contrario reafirmamos nuestra confianza en que luchábamos por objetivos posibles. Y lo eran. Pero la evolución de la situación a lo largo de 1975 y los primeros meses de 1976 nos convenció de que la lucha debía centrarse en la "ruptura" con el franquismo por medio de objetivos democrático radicales (amnistía, república, autodeterminación, disolución de los aparatos represivos del franquismo...) y reivindicaciones económicas y sociales básicas. Manteníamos que estos objetivos sólo podían alcanzarse por medio de la movilización popular generalizada: la llamamos Huelga General Política.

Las diferencias de fondo que mantuvimos con los organismos de la "oposición democrática" no se basaron en "maximalismos". Se basaban en los objetivos y en las tareas que eran necesarios para acabar realmente con el franquismo. La diferencia en términos de relaciones de fuerzas entre la "Coordinación Democrática" y nosotros era enorme y puede decirse que estábamos condenados a la derrota. Pero dimos la batalla que había que dar.

Dicen Nicolás Sartorius y Javier Alfaya: *"La transición se hizo mediante un acuerdo con el sector `evolucionista´ del régimen por la sencilla razón de que la oposición nunca tuvo fuerza suficiente para derribar a la dictadura y provocar una revolución política que vaciara y depurara el Estado"*[3]. En realidad, lo que ocurrió se describe bien cambiando el orden de las frases: "La oposición nunca tuvo fuerza suficiente para derribar a la dictadura y provocar una revolución política que vaciara y depurara el Estado por la sencilla razón de que la transición se hizo mediante un acuerdo con el sector `evolucionista´ del régimen".

## VI

La aprobación de la Constitución en diciembre de 1978 consagró el triunfo de la "reforma" iniciada dos años antes por el gobierno Suárez y consensuada por todas las fuerzas parlamentarias, salvo el PNV; hay que recordar

3. Sartorius, N y Alfaya, J (1999). La memoria insumisa, Madrid, Espasa, p. 169.

también que Francisco Letamendia, en el Parlamento, y Bandrés y Xirinacs, en el Senado, votaron en contra; ese fue también el voto de la Liga.

Este triunfo significó la derrota política de la "ruptura" y del movimiento social y político que había luchado por ella. No estábamos preparados para comprender una derrota como ésta.

Efectivamente, no se trataba de una desactivación o desagregación de la movilización: en los cuatro primeros meses de 1979 hubo 90 millones de horas de huelga; en 1978, ya con los Pactos de la Moncloa vigentes, fueron a la huelga 3.633.000 trabajadores, que realizaron 18 millones de jornadas de huelga[4]. Los Pactos de la Moncloa no habían acabado con la combatividad de los trabajadores, pero había destrozado el proceso de politización masiva que siguió a la caída de la dictadura; este destrozo dejó el campo abierto para que el paro masivo desactivara a la mayoría del movimiento obrero en la etapa posterior.

Aún en esas condiciones, había un desarrollo considerable del movimiento feminista, una importante actividad sindical con un peso significativo de la izquierda en CC OO (en diciembre de 1977, una Conferencia Sindical de la Liga reunió en Madrid a más de 2.000 cuadros sindicales), un movimiento vecinal al que aún no le había llegado la cooptación de los ayuntamientos democráticos... Afrontamos también una durísima represión, crímenes policiales y fascistas (como el asesinato de Germán en los sanfermines de 1978) y había respuestas solidarias, etc. Pero esta combatividad social no fraguaba en conciencia y organización política; no conseguimos establecer la conexión entre una y otra. Y, sobre todo, por primera vez vivíamos en carne propia, un fenómeno que sólo parece fácil de entender en los libros: el proceso mediante el cual las relaciones de fuerzas sociales son primero suplantadas y después subordinadas por las instituciones de la democracia parlamentaria, especialmente, por las instituciones políticas y sociales de la izquierda. A partir de los Pactos de la Moncloa, el PSOE y el PCE dedicaron muchas energías y procedimientos innobles a marginar a las organizaciones a su izquierda; sólo lo consiguieron en parte, pero sin duda nos crearon muchísimas dificultades.

4. Setién, J. (2000). "Movimiento obrero y transición" en Viento Sur nº 54, p. 75.

## VII

Entender la diferencia entre una derrota y un fracaso es fundamental para construir una organización revolucionaria. La derrota puede ser, y es frecuentemente, la conclusión de una lucha necesaria; la tarea entonces es cómo continuar. El fracaso llega cuando se considera que la lucha fue un error o ya no tiene sentido; la consecuencia general es la desmoralización o el abandono.

La consolidación de la "reforma" fue una derrota. Pero muchos militantes lo vivieron como un fracaso. En el año 1979 todas las organizaciones revolucionarias sufrimos una crisis política que se llevó por delante en 1980 a las dos más numerosas: el PTE y la ORT. Resistimos el MC y la Liga, pero con una sangría militante fortísima: en muchos casos, parafraseando a Maiakovski, *"la barca de la revolución se estrelló contra la vida cotidiana"*.

Éste fue el período de mayor desorientación de la Liga. También en la IV había una grave confusión política (a la que hace referencia Bensaïd al final del capítulo VII). Hubo una mutua realimentación negativa en torno a una línea de propaganda obrerista, especialmente inadecuada en la situación concreta española.

La muestra mayor de esta confusión fue la campaña electoral de marzo de 1979 a la que concurrimos con llamamientos a un "gobierno de partidos obreros" que aplicara una política contra "los pactos y consensos". Era una propuesta completamente abstracta, doctrinaria, tan ajena a la realidad como a la forma de hacer política de la Liga y, por otra parte, y afortunadamente, contradictoria con el compromiso militante cotidiano, siempre volcado a la acción, dentro de las movilizaciones.

La verdad es que no sabíamos bien qué hacer. Lo único que teníamos claro es que había que continuar.

## VIII

Agravó esta situación la única experiencia de unificación fallida de la historia de la Liga.

En abril de 1979 entraron en la Liga un grupo de 300 militantes provenientes de una operación "entrista" en el PSOE y en la UGT, organizada por una de las corrientes de la IV Internacional, llamada Fracción Bolchevique. Nun-

ca habíamos hecho "entrismo" y teníamos una opinión muy crítica sobre este tipo de prácticas, pero la IV estaba muy empeñada en la "unificación de los trotskistas" y pensamos que estos militantes se integrarían en la organización sin mayores problemas.

En realidad, el grupo venía a proseguir en la Liga su operación "entrista". En una organización como la Liga, muy respetuosa de los derechos democráticos de las minorías y basada en la lealtad militante, los efectos de esta operación fueron devastadores. En una época ya muy difícil para el trabajo militante, pasamos unos meses en medio de una pesadilla trufada de maniobras internas aquí y allá. Cuando terminó, quedamos heridos, pero vacunados contra las unificaciones basadas en supuestos "acuerdos programáticos trotskistas".

Creo que también se vio afectada la confianza política en la IV Internacional. En la nueva etapa que la Liga iba a iniciar en los años 80, la política de construcción del partido se hizo tomando distancias con la Internacional.

## IX

Las esperanzas que nacieron de la revolución nicaragüense sobre un nuevo ciclo de luchas a escala internacional se vieron rápidamente truncadas: al mando de Reagan y Thatcher, la ofensiva del capitalismo neoliberal se inició en 1980 y obtuvo una victoria global en apenas una década.

Fueron tiempos extraordinariamente convulsos y duros, también en nuestro país. En la conmoción creada por el golpe de Tejero en febrero de 1981, el PSOE de Felipe González llegó al gobierno con ilusiones de cambio que rápidamente se transformaron en una política precursora del social-liberalismo: políticas económicas públicas al servicio de la "modernización capitalista", "reconversión industrial", OTAN+Comunidad Europea, privatizaciones, "cultura del pelotazo", GAL...

Los logros se midieron no en conquistas sociales o políticas, sino en capacidad de resistencia, en no someterse. La "insumisión" fue no sólo el nombre de un movimiento social; también caracterizó la política y la moral de lo que llamamos entonces los "sectores activos", la izquierda social y política.

La Liga emprendió una reorientación profunda, cuyo inicio podemos establecer en las primeras discusiones sobre la orientación del "Partido de los

Revolucionarios", a finales de 1979 y cuya conclusión fue la unificación con el Movimiento Comunista, en noviembre de 1991.

Es sabido que esta unificación tuvo un final desastroso pocos meses después. Por ello, existe el riesgo de juzgar esta "larga década" sólo por su resultado final o de tratar la historia de estos años como la realización de un destino fatal, que iría tomando cuerpo inexorablemente en cada uno de los acontecimientos vividos. Sucumbir a este riesgo sería equivocado respecto a la historia real, injusto con el valor militante contenido en ella y, sobre todo, significaría un tremendo desperdicio de ideas y experiencias muy valiosas. Sin duda, deben ser evaluadas críticamente, pero siguen constituyendo, en mi opinión, un esfuerzo de construcción de una organización revolucionaria, en condiciones en nada revolucionarias, que merece ser conocido, valorado y, quizás, utilizado ahora por militantes de la izquierda alternativa.

Cuando, todavía, no existe una documentación elaborada colectivamente sobre la historia de la Liga, es extraordinariamente difícil, o así me lo parece, elaborar una opinión personal fundamentada sobre este período, incluso pudiendo hacerlo extensamente. Hacerlo en unos pocos párrafos es una temeridad, en la que sólo puede aspirarse a salir decentemente del paso. Pero a estas alturas, me parece una temeridad inevitable; no sería serio escribir sobre "el trotskismo de la Liga" y despachar con una frase de circunstancias la parte más compleja de esa historia. Así que, terminaré con unos muy breves apuntes sobre cuatro elementos, de características muy diferentes, que a mi modo de ver tuvieron una influencia muy alta en el curso de los acontecimientos en esta fase: la orientación del "Partido de los Revolucionarios"; la política en los nuevos movimientos sociales; la separación de la LKI para constituir un "partido nacional soberano" en Euskadi y las relaciones con el MC.

*El "Partido de los Revolucionarios"* empezó a gestarse a finales de 1979 y constituyó un cambio de rumbo en el proyecto político de la Liga y, especialmente, en la percepción de su propio papel en la construcción de una organización revolucionaria. Su contenido básico puede resumirse así: el partido revolucionario debía ser construido en común por corrientes revolucionarias, con diferentes ideologías y valoraciones de la historia, pero con un acuerdo sobre las "tareas centrales" de la revolución; el carácter democrático de la organización aseguraría un debate pluralista en el que, a medio y largo plazo, se podrían llegar a acuerdos más profundos sobre temas de estrategia y progra-

ma o, si no, a asegurar una convivencia pluralista entre distintos puntos de vista.

En parte, el “Partido de los Revolucionarios” fue una reacción frente al desastre de la “unificación del movimiento trotskista” que habíamos sufrido en la etapa anterior. Pero sólo en parte. En realidad, la “unidad trotskista” fue un “desvío” en la trayectoria de la LCR y la “unidad de los revolucionarios” suponía más bien recuperar y reformular la trayectoria tradicional de la organización.

La principal, y mas problemática, novedad era la relativización del valor de lo que se llamaba “ideología y valoración de la historia” de las organizaciones revolucionarias, una expresión bastante ambigua y, de alguna manera, podía derivar a cuestiones de fondo para una organización como la LCR, en la que la “continuidad histórica” formaba parte de su compromiso militante y de su identidad.

Inicialmente, esta relativización se refería solamente a las condiciones de una posible unificación con otras organizaciones revolucionarias. Pero con el paso del tiempo, se fue acentuando. Por ejemplo, así se explicaba la orientación de la Liga, en una “carta abierta” dirigida en diciembre de 1985 a la redacción de la revista *Mientras Tanto*: *“Como producto de la crisis de la izquierda, vivimos una época de saturación de alternativas, de grandes proyectos generales, de espera de la gran iluminación que nos revelará la salida del laberinto. Hemos dejado de creer en estas cosas. Sólo con criterios pragmáticos podemos encontrar terreno de trabajo común entre las diferentes corrientes revolucionarias. Y sólo sobre la base de este trabajo común podrán sostenerse acuerdos programáticos sólidos, en los que no conviene ir mas deprisa que la propia experiencia”.*[5]

La expresión “hemos dejado de creer en estas cosas” puede interpretarse de muchas maneras, pero incluso la más benevolente, mostraría una clara toma de distancias respecto al “bagaje político” de la organización. Además, en las frases citadas hay además una rotunda afirmación de pragmatismo, que parece situar muy abajo el nivel de “acuerdos programáticos” necesarios para emprender la construcción común de una organización.

La Liga discutió mucho, interna y públicamente, sobre esta orientación y podemos encontrar diferentes formulaciones según las personas y los momentos. Pero, en mi opinión, hubo una sustancia común, que expresó en

5. Romero, M (1985). “Carta a la redacción de Mientras Tanto”. Inprecor nº 46.

nuestro país un problema que afectó a toda la izquierda revolucionaria desde los años 80 y que sólo muy recientemente parece empezar a superarse: Daniel Bensaïd lo llama "el eclipse de la razón estratégica". Creo que el Partido de los Revolucionarios significó un proyecto de construir una organización revolucionaria sin estrategia, considerando que ésta sería elaborada en una indefinida etapa posterior, dentro de la organización unificada. El sentido de la organización sería la acción y los acuerdos en torno a ella. Era un proyecto débil que no se expresó como tal porque la LCR lo envolvió en un tremendo esfuerzo activista, luchando día a día y palmo a palmo por la existencia de la organización, ganándose su lugar, que fue siempre útil y en muchos casos imprescindible, en las luchas de resistencia, particularmente entre las y los nuevos militantes jóvenes.

*La política en los "nuevos movimientos sociales"* fue, en realidad, la base de la política, y hasta de la vida de la LCR en esta etapa. Hubo sobradas razones para ello. Efectivamente, el movimiento feminista, el ecologismo, el pacifismo, el antimilitarismo... por su propia actividad y dentro del espacio común del movimiento antiOTAN, fueron el motor y la expresión de la resistencia social y política, y promovieron un cuestionamiento de las tradiciones de la izquierda y el planteamiento de nuevos problemas y propuestas. El movimiento obrero, debilitado socialmente por el paro, y políticamente por la institucionalización de los sindicatos mayoritarios y la profesionalización de gran parte de los cuadros sindicales que habían protagonizado la lucha contra el franquismo, perdió su papel de referente, tras las derrotas de las luchas contra la reconversión industrial. La izquierda sindical y numerosas, aunque aisladas, luchas radicales fueron su principal aportación a la resistencia.

La Liga dedicó todo su empeño a la construcción de esos movimientos y mantuvo una posición atenta y abierta a las ideas que nacían en ellos. Algunos de los textos más interesantes de la historia de la organización se escribieron entonces[6] y sigue siendo útil releerlos ahora.

Es normal, y fue saludable, que esta agitación de nuevas ideas y experiencias desestabilizara las bases políticas de la Liga. A mi parecer, el problema no

6. Entre otros, VIII Congreso de la LCR (1989). Resolución sobre el feminismo. Prat, E (1990). "Crítica de la energía nuclear y alternativas energéticas". Inprecor nº 79. Pastor, J. (1991). "Los nuevos movimientos sociales y la acción política". Inprecor nº 84.

estuvo en los cuestionamientos, ni siquiera en las revisiones o la adopción de nuevas ideas por empatía hacia los movimientos, a veces, sin suficiente reflexión. El problema no fue, en definitiva, el esfuerzo que dedicamos a cambiar, sino su articulación con lo que había que "conservar", dentro del imprescindible proceso autocrítico sobre nuestro patrimonio político. Pongo la palabra "conservar" entre comillas, porque no debe entenderse como el atrincheramiento en una supuesta ortodoxia que, especialmente en aquella situación, nos habría convertido en una secta. "Conservar" significa en este caso estudiar y debatir sobre el bagaje de la organización y de la IV con sentido "ecológico", salvando todo lo que estaba vivo, reciclando siempre que era posible. Evitando en fin, la presión que existía por "empezar de cero": en realidad, *"siempre se recomienza por un punto medio"*, como dice Gilles Deleuze, en una frase que cita frecuentemente Daniel Bensaïd.

Es cierto que en esta etapa hubo una gran atención a las tareas de formación y éstas se basaban en el marxismo de nuestra corriente, pero pienso que esta actividad se situaba a bastante distancia de la práctica militante. Y entonces la práctica lo llenaba "todo". Esa desestabilización afectó especialmente a la comprensión del papel de la organización política revolucionaria en los movimientos sociales. Las y los militantes trabajaban como organizadores leales de los movimientos, en muchos casos con responsabilidades importantes y con capacidad contrastada para proponer iniciativas y asumir las tareas que correspondieran para su realización. Pero, ¿cuál era el sentido de una organización política revolucionaria para los movimientos sociales, más allá de su utilidad para las cuestiones de la práctica inmediata y los medios materiales que la organización podía aportar? Las relaciones conflictivas entre lo "social" y lo "político", y la necesidad de crear "nuevas formas de hacer política" se empezaron a manifestar entonces con toda su crudeza. Creo que no conseguimos respuestas satisfactorias. Veinte años después sigue siendo una cuestión muy problemática y confusa, quizás el principal desafío teórico y práctico para la izquierda alternativa.

*En 1989, las organizaciones de la LCR en Euskadi y Catalunya* se constituyeron como partidos independientes y soberanos, manteniendo órganos comunes con la LCR y con la participación regular de una delegación de la LCR en organismos y reuniones de los nuevos partidos. La motivación política de estas decisiones incluía cambios importantes, en especial, una reconsidera-

ción profunda de la cuestión nacional, que incluyó el apoyo a la independencia, y del carácter "nacional" de las organizaciones respectivas. Más allá de lo que pueda opinarse sobre estas motivaciones y las decisiones organizativas que conllevaron, lo que estaba muy claro es que la situación y la actividad política en Euskadi y Catalunya tenía características específicas que, especialmente en condiciones de baja actividad de la izquierda social y política a nivel estatal, determinaban el trabajo de la izquierda revolucionaria.

El balance general de estas decisiones es muy complejo y no pretendo ni remotamente referirme a él. Sólo quiero destacar un aspecto que creo que tuvo mucha influencia en el curso posterior de los acontecimientos. La existencia de órganos comunes a nivel estatal podía entenderse como un gesto amistoso de "política exterior" o como un compromiso militante basado en una alta valoración de las tareas comunes, presentes y futuras. En el caso de Euskadi, de LKI, creo que fue solamente un gesto amistoso y de solidaridad material, que expresaba en realidad un debilitamiento y una desvalorización del patrimonio político común. Creo que la separación de la LKI fue sentida ampliamente en la LCR como una pérdida. En aquellos momentos, probablemente las cosas no podían haber ido de otra manera. Y el patrimonio de ideas y de historia que, pese a todo, se mantenía quizás podría haber llevado con el tiempo a una re-aproximación política. Pero el curso de los acontecimientos dejó esta posibilidad sin realizar.

*Las relaciones con el MC* habían tenido un cierto papel en la política de la Liga desde finales de los años 70, con algunas experiencias de acción unitaria y numerosos conflictos y desencuentros. Cuando se adoptó la orientación del "Partido de los Revolucionarios" era evidentemente que, en algún momento, había que "explorar" las posibilidades de unificación con la organización con la que coincidíamos, en unas relaciones complejas de colaboración y competencia, en prácticamente todas las acciones y movimientos.

Desde 1985, la unificación con el MC fue, con avances y retrocesos, el eje del trabajo de la LCR. Es importante resaltar la fecha: el proceso duró seis años. Entre las críticas que se le pueden hacer no está, desde luego, la improvisación. Y para analizar seriamente el proceso hay que trabajar mucho, recordar, repensar y releer una extensa documentación y relacionar el proceso con los acontecimientos del "desorden internacional" que caracterizó aquellos tiempos. Aquí voy a referirme solamente a un aspecto de la experiencia: cómo

el objetivo de la unificación acabó imponiéndose como su contenido político fundamental y eso fue, precisamente, lo que permitió la unificación.

Durante la mayor parte del proceso, el método de unificación respondió en líneas generales a la orientación original del "Partido de los Revolucionarios", es decir: mejorar el conocimiento mutuo de las dos organizaciones y de su evolución ideológica y teórica; potenciar los acuerdos en la acción; y discutir abiertamente buscando un acuerdo de "tareas centrales" para la construcción de una organización política revolucionaria. Las relaciones entre las organizaciones fueron, en general, mejorando, las coincidencias prácticas eran muy altas, pero los debates mostraban desacuerdos muy importantes. A comienzos de 1990, la presión y el deseo de la unificación era muy grande en la mayoría de los militantes de la Liga: los desacuerdos sobre las "tareas centrales" se mostraban como un obstáculo, en realidad, "el" obstáculo. ¿Tenían en realidad la importancia que le estábamos dando?

Para tratar de comprender la situación, creo que hay que recordar la situación internacional de entonces. Acababa de caer el Muro de Berlín. Las ilusiones sobre la posibilidad de que la crisis de las burocracias diera nacimiento a movimientos anticapitalistas capaces de realizar una "revolución política" y reemprender la construcción del socialismo se desvanecieron en pocos meses. En realidad, para la IV, éstos no eran sueños o ilusiones o pronósticos (entonces se dijo: "nos hemos equivocado en el pronóstico, pero no en el diagnóstico"; era una forma brillante de eludir el problema): estaban en el núcleo mismo del sentido de su combate. Terminaba una época. "Hemos perdido las certezas, sólo nos queda la esperanza": las palabras escritas muchos años antes por Ernst Bloch sonaban ahora proféticas.

En estas condiciones, surgió en Euskadi un cambio radical del enfoque de la unificación: *"anteponer a la discusión, entendida como contraste de los respectivos "bagajes" partidarios, la aproximación de los partidos, esto es la realización de una experiencia que permitiese ir constituyendo un patrimonio común"*[7]. Ésta fue la primera muestra de esa conversión de la propia unificación en su "contenido político fundamental" a la que me referí anteriormente. Este mecanismo organizativo avanzó rápidamente y culminó en la unificación de las dos organizaciones en marzo de 1991.

7. Comité Nacional de LKI, "Informe sobre las relaciones EMK-LKI". 19 de mayo de 1990.

Es obvio que lo que se consideró un éxito del "método vasco" influyó en que la LCR y el MC retomaran su proceso de unificación con una orientación similar. Pero nuestra decisión fue el resultado de una reflexión y una discusión propias que, además, introdujo algunas modificaciones respecto al proceso de Euskadi. En concreto, aquí se hizo un debate para llegar a resoluciones de consenso sobre temas políticos y organizativos de fondo.

También, se debatió y se elaboró una explicación sobre uno de las condiciones más difíciles de la unificación: la desafiliación de la IV Internacional. Escribimos que: *"la desafiliación no implica para nosotros un cambio en las concepciones sobre el internacionalismo que hemos mantenido, ni en nuestra valoración de la IV Internacional. Sin la unificación con el MC mantendríamos nuestra militancia en ella"*[8]. Existía además el compromiso de la organización unificada de mantener "relaciones regulares" con la IV, lo cual podría ser una contribución, "un desafío", dijimos, a la política de reagrupamientos adoptada por el XII Congreso Mundial.

No cabe duda de que nos creíamos todo aquello. Pero el interés del MC por la IV en cualquier aspecto era menos que mínimo. Y, sobre todo, creo que, para una parte considerable de los militantes de la LCR, las razones programáticas para la militancia en la IV estaban ya más en el pasado que en el presente.

El presente, y las esperanzas de futuro, estaban en la unificación. Así se manifestó en el espectacular Congreso de noviembre de 1991, en el Palacio de Congresos de Madrid, con 1.700 militantes entusiastas. Allí terminó la historia de la Liga.

Unos meses después, todo se derrumbó. La organización unificada fue una experiencia tan destructiva como estéril. No queda de ella ninguna idea, iniciativa, experiencia, texto... que tenga algún interés, algo positivo. Nada de nada. Salvo una pregunta: ¿por qué?

Buscar respuestas a esa pregunta es una tarea difícil. No sólo hay que releer y repensar, volver a avivar la memoria...; hay sobre todo que hablar, contrastar opiniones, revisarlas, buscar opiniones compartidas, convivir con opiniones distintas.

Es difícil, pero creo que es una deuda: con nosotras y nosotros mismos, que

8. Comité Central de la LCR. "Internacionalismo e internacional en el proyecto de unificación con el MC". 9 de diciembre de 1990.

hicimos esa historia y que debemos saberla terminar como un capítulo de lucha por la revolución, al que seguirán otros; con la gente de la IV que fuera de nuestro país nos acompañaron entonces, con un afecto y un respeto a la Liga que impresiona todavía hoy, y que todavía se preguntan, y nos preguntan, qué ocurrió; con las y los militantes jóvenes que sienten que aquella experiencia también les pertenece.

*(Continuará)*

Anexo II

# DOS O TRES COSAS QUE YO SÉ DEL ASUNTO

Pepe Gutiérrez-Álvarez

Cuando ya nada es lo que era, ni el movimiento obrero clásico, ni el "comunismo" (ni todo lo demás: la socialdemocracia obrera, el tercermundismo, la progresía, etc.), hablar nuevamente de una corriente tan compleja como la creada por Don León se hace bastante arduo. Y especialmente hablar con las nuevas generaciones, con los de aquí y ahora. Sobre todo si se trata de hacerlo desde la duda y no desde la mera reafirmación. Pero habrá que hacerlo; guste o no, se está haciendo. El trotskismo, con o sin comillas, uno y trino, está allí y aquí, un poco en todo lo que se mueve.

El amigo Bensaïd nos advierte sobre todas la dificultades de esta discusión desde un país que bien puede considerarse la "segunda patria" del movimiento (la primera fue la Rusia soviética, donde fue totalmente aniquilado). La sección gala se remite a los internacionalistas de la Primera Guerra Mundial y, desde entonces, no ha conocido interrupciones. De ahí que fuese el gran referente en el 68 y que lo vuelva a ser en la actual fase histórica. Con ellos nos unían poderosos vasos comunicantes que casi se vaciaron en los desconcertantes años noventa, época en la que desapareció la LCR española, dejando al trotskismo reducido a pequeños cenáculos. Era ya la segunda vez que algo semejante ocurría. La primera fue, claro está, la Guerra Civil, tras la cual, durante casi treinta años, todo quedó bajo las piedras. La siguiente fue, con más pena que gloria, un desastre, sobre todo para los movimientos en los que la Liga estaba insertada. Demasiadas cosas han cambiado desde entonces, pero otras experiencias han demostrado que esa crisis era coyuntural. Que era posible avanzar, que no todo había acabado con "el fin del comunismo". Y ahí estaban "los nuestros" en Francia y en otros países, "nuestros" no tanto por afinidad como porque se situaban en el corazón de todos los movimientos vivos. Una nueva hornada trotskiana sobre la que hasta la prensa diaria tenía que hablar, aunque fuese para mal. Pero eso era lo más natural. Lo que ya no lo era tanto es que, a diferencia de los años sesenta-setenta, no existie-

ran en las librerías grandes aportaciones escritas con las que aprender y debatir para superar problemas y derrotas.

En este punto de reconstrucción, el nombre de Bensaïd se nos ha hecho inexcusable, ya sea con la palabra en directo, en la Red y últimamente en las bibliotecas. Puesto que se trata de empezar de nuevo, y dados los signos de unos tiempos en los que las ideas emancipadoras parecen fácil pasto del olvido, habrá que explicar muchas cosas, incluso las primordiales, como: ¿porqué Trotsky? ¿Por qué eso del trotskismo? De hecho, en los sesenta-setenta, éste ya era un interrogante difícil de abordar. El trotskismo parecía, ya entonces, algo de otros tiempos representado por los perdedores de la historia. Quedaba fuera de los grandes escenarios y hasta Fidel Castro había lanzado su anatema. El orden establecido comprendía unos límites muy fuertes, sin alternativas aparentes. De un lado, el capitalismo conocía una impresionante pujanza y hablaba de "milagros económicos", aquí también con el turismo y el 600. Norteamérica llevaba la iniciativa político-militar, agrediendo a un Vietnam "trágicamente solo", como nos recordaba el "Che". Su aliado, el franquismo, parecía eterno y así lo tenía asumido la mayor parte de una población trabajadora derrotada. De otro, el movimiento comunista, la URSS y los partidos comunistas, con Cuba al lado, y aquí el PCE-PSUC reconstruidos, hegemonizaban la resistencia desde abajo. Fuera de "el Partido" apenas quedaban vestigios de las otras grandes formaciones de la República. La resistencia anarcosindicalista ya se había agotado, el POUM estaba en París.

Mucho más importantes eran las bases sociales provenientes del catolicismo (el de Mournier y el de Simone Weil, vecinos y amigos en los años treinta), parte determinante de una experiencia tan interesante como la del Frente de Liberación Popular (FLP o Felipe), que parecía agotada a finales de los sesenta. Sin embargo, en el interior de unos y otros sectores fue surgiendo una nueva generación crítica. Al principio, básicamente estudiantil, luego también la juventud obrera, que empezó a plantearse otras alternativas, más allá del comunismo oficial. Sobre todo después de la entrada de los tanques en Praga, en agosto, también del 68. Como había demostrado mayo, una de estas opciones era la trotskista. Quizás la más ilustrada, encarnada por muchachos y muchachas como nosotros, como Daniel Bensaïd y Henri Weber, con libros como *Mayo 68: la repetición general*. En poco tiempo, nuestra percepción de la historia cambió.

Ahora podíamos criticar con argumentos muy poderosos. Rebatir con sarcasmo todo aquello de que el trotskismo era "una aberración relacionada con la CIA", una "infiltración para dividir al partido que tanto había costado reconstruir", etc. Teníamos las discusiones, las bibliotecas vivas y títulos que miraban hacia atrás, como el Broué sobre la Revolución española o la trilogía de Deutscher, o hacia delante, como los diversos trabajos de Mandel. También conocíamos la experiencia de Hugo Blanco y teníamos noticias de los Estados Unidos y del Japón en plena ebullición. De hecho, a mediados de la década, el sector exterior del FLP (con otros disidentes del PCE) se había sentido muy atraído por el POUM y por la IV Internacional. Sin embargo, no se decidieron ni por los de "la guerra" ni por la Internacional, tan dividida a sus ojos, y crearon Acción Comunista. Una tentativa que no acabó de despegar, entre otras cosas, porque careció de conexiones internacionales y de un proyecto fuerte[9].

Muerto, enterrado y resucitado, Trotsky era, a nuestro entender, una llave que abría otra puerta, era el nudo gordiano que, una vez cortado, te abría camino a todas las herejías. Introducía otra historia socialista que denunciaba y explicaba las aberraciones estalinianas. Permitía una sólida comprensión del fenómeno estaliniano —ante el cual se perdían muchas escuelas; otras solo retomaban el acervo trotskiano en este aspecto— y permitía comprender también otras cuestiones claves de nuestra situación.

En primer lugar: ¿por qué se perdió la guerra? Esta discusión todavía sigue coleando y quizás ahora con más fuerza que nunca. En ella el "trotskismo" (concepto que englobaría igualmente al POUM) incide en algunas consideraciones que —a mi juicio— no han sido rebatidas. Una era el peso primordial del movimiento obrero y de las ideas socialistas en el campo republicano, mucho mayor que el de la burguesía liberal. Otra era la perspectiva internacional y el absurdo de actuar en función de una ayuda de las democracias occidentales, objetivo por el que, por citar un ejemplo, se sacrificó un movimiento por la autonomía de Marruecos originado en dos militantes trotskistas franceses, David Rousset y Jean Rous... En fin, una idea que nos

9. Acción Comunista, nombre de una revista de gran altura teórica, y ulteriormente de un grupo que osciló entre el trotskismo y el luxemburgismo-consejismo y cuya historia acabó con su integración en el último POUM, dos historias que he tratado en mi libro Retratos poumistas (Lengua de plata, Sevilla, 2006).

dice que, desde la Revolución inglesa de Cromwell y Wistanley hasta la sandinista, en ninguna otra guerra civil se había planteado el dilema de ganar la guerra antes de hacer la revolución. Esta es una exquisitez del estalinismo intelectual —Togliatti alias Ercoli tuvo mucho que ver con ello—, que se fundamentaba primordialmente en las exigencias de la política exterior de Stalin. A este breve repaso habría que añadir que el análisis de Trotsky de la "doble naturaleza" del estalinismo le impedía caer en el anticomunismo. No hace mucho, un historiador más o menos oficialista —los del "todo va bien desde la Transición"—, se quejaba en una tribuna de *El País* del peso que estaban tomando estas tesis entre los nuevos historiadores, a veces, como Monsieur Jourdain, sin saberlo.

En segundo lugar, nos llevaba hacia el asunto de la naturaleza el franquismo. Se nos quería vender que era ajeno, e incluso opuesto, al capitalismo (democrático), mientras que para nosotros constituía la opción auspiciada por las clases dominantes, los mismos señores que se seguían beneficiando de su continuidad.

De la suma de todos estos y otros impulsos surgió *nuestra* LCR, que tuvo una peculiar trayectoria. Una inserción activista que, como hemos dicho, concluye a principios de los años noventa. Una aventura con principio y fin que se podrá escribir desde numerosos ángulos (sobre todo por sus incidencias en la realidad, sus aportaciones teóricas, etc.). Así, incluso la principal ruptura, la que separó entre 1973 y 1978 a la Liga Comunista y a la LCR, tuvo otro peso y motivaciones inherentes a la fase izquierdista infantil (propia de principios de los años veinte y orientada por la idea de que con iniciativas audaces se podía acelerar el curso de las luchas, lo cual era cierto pero insuficiente) y a un debate que se expresó nacional e internacionalmente. Habría que hablar —como no— de fuertes liderazgos y de un tiempo en el que las diferencias con la tropa eran muy marcadas. El precio fue muy alto, pero mientras tanto la Internacional había convencido al sector marxista de ETA. Además, los puentes nunca se rompieron. Existían diferencias, pero no una guerra. La reunificación mostraba que diversas apreciaciones podían coexistir dentro de una formación con libertades, algo que parecía una extravagancia para el estalinismo, pero que fue de lo más natural en el Partido Bolchevique (la Revolución de Octubre fue precedida por una intensa lucha de tendencias, que posteriormente estuvieron representadas en el primer gobierno soviético, incluyendo a la de Zinoviev-Kaménev-Stalin).

Al principio, podría parecer que la lógica fraccional no se iba a reproducir, pero no fue así. Cabe suponer que era inevitable. La herencia de Trotsky se quedó desubicada tras la Segunda Guerra Mundial con el posterior reforzamiento del imperialismo y del estalinismo. Apenas empezaba a remontar los síndromes de su travesía del desierto y todavía sufría los estigmas de un tiempo de estupor, cuando se empezaron a dar reacciones de todo tipo. Unas miraron hacia atrás, hacia la "continuidad". Otras hacia fuera, hacia la "superación", preferible en mi opinión, ya que trataban de hacer nuevas aportaciones. Opciones que, por mucho que quisieran, no solventaban el gran problema de la falta de implantación social. Para eso se requería un esfuerzo titánico que agotó a muchos, como por ejemplo *Socialismo o Barbarie*, que ni tan siquiera lo intentó…

La visión pluralista de Bensaïd inscrita ya en el título significa una liberación de los corsés. Ser trotskista no tiene porque significar canonizar a Trotsky o negar otras aportaciones, es más, nos obliga a "revisar", en el mejor sentido de la palabra, unas adquisiciones que viven en tanto que se desarrollan y se modifican en el curso de las actividades. Tanto más cuando cambian tantas cosas, cuando la historia nos ha zarandeado. El trotskismo es un náufrago que ha conseguido mantenerse a flote en la tormenta del siglo XX. Su historia es la de una minoría que aspiraba a dar cuerpo a la revolución, pero que a duras penas ha logrado sobrevivir. Su imagen metafórica la ofreció Trotsky: un escalador sobre el que constantemente caen aludes de piedra y nieve. En semejante posición es —ya lo hemos visto— prácticamente imposible mantener el rumbo.

Considerando tales circunstancias, Bensaïd explica las contradicciones y las patologías del exilio. Tensiones ideológicas, grandes debates, problemas añadidos a las dificultades de incidir en una realidad casi bloqueada. Quieres cambiar el mundo, pero a duras penas consigues mantener el equilibrio personal en éste... Nuestros *ismos* son múltiples y, como es sabido, forman parte del arsenal habitual de las críticas malévolas a la escuela. Algunos no han llegado a insertarse aquí. Son los casos de Lutte Ouvriére, que ha editado regularmente *Lucha obrera* entre afiliados hispanos, aunque, por sus propias características, se ha tratado más de luchadores que de cuadros teóricos.

Tampoco lo ha hecho el trotsko-castrismo del SWP de Jack Barnes, aunque entre los "amigos de Cu b a" no han faltado quienes podrían haberse s e n-

tido identificados con algunas de sus propuestas.

Otros, simplemente han desaparecido. Éste es el caso de un cisma que cita Bensaïd, cuyas proclamas pone en boca de Natalia Sedova y de Benjamín Peret, aunque en realidad su principal animador no era otro que Manuel Fernández Grandizo, alias G. Munis. Éste representaba al pequeño grupo español exiliado ligado a la IV Internacional y que acabó visitando las cárceles de Franco en una frustrada tentativa de poner una bandera aquí. Más tarde, creó un grupo internacional propio con unas propuestas próximas a las de Bordiga y trató de recomponerse en la segunda mitad de los años setenta, sin conseguir siquiera despegar[10].

Es también el caso del posadismo, que irrumpió tempranamente a principio de los años sesenta nada menos que con el Partido Obrero Revolucionario (POR). Su núcleo constituyente surgió del seno del FLP y tuvo una cierta incidencia en las universidades y otra muy menor en el campo obrero. Aparte de eso, se benefició de un potente aparato de propaganda en una época en que casi nadie lo tenía con la excepción del PCE-PSUC. De su historia, aparte de la canción del *camarada Jeremías* (adoptada por las juventudes comunistas), nos han quedado algunos testimonios personales. Su audacia les llevó a querer montar una escuela de cuadros en un piso de la Castellana, en Madrid, según testimonio de Lucía González, feminista y dirigente de la LCR durante muchos años con una gran biografía militante. El grupo acabó extraviado debido al acentuado curso egocentrista de Juan Posadas. Empero, parte de sus animadores (Antonio Gil, Diosdado Toledano, Jordi Dauder, entre otros incombustibles) fueron posteriormente personajes clave en la LCR. En una ocasión, el poeta catalán Pere Ginferrer, como miembro de la Fundació Andreu Nin, tuvo a bien contarme lo que este grupo significó en la Universidad de Barcelona en la primera mitad de los años sesenta y, desde luego, era una historia que llamaba a la curiosidad y al respeto y no a la fácil ironía (a toro pasado). En el POR, como en todos los demás, hubo personalidades de muy buena pasta. Recordemos por ejemplo que Ken Loach y Vanessa Redgrave fueron healystas, que Pierre Broué fue lambertista. Muchos militantes tuvieron en estos grupos su primera escuela.

10. Sobre el "munismo" ver, Agustín Guillamón, Documentación histórica del trotskismo español (1936-1948), Madrid, Ediciones de la Torre, 1996; para un mayor análisis me remito a mi reseña sobre el libro, aparecida en www.fundanin.org.

La misma suerte sufrió la sección española del sector liderado por Gerry Healy, el Socialist Labour League, que ocupa seguramente la página más negra del historial trotskiano y que en los años setenta mostraba unas obsesiones políticas y personales —la infiltraciones en la IV Internacional— que acabarían anulando cualquier posibilidad de debate político. Dejando de lado toda una montaña de documentación, el lector se podrá hacer una idea del alcance de esta obsesión con la imagen de unos muchachos que, en plena crisis social española, aparecían voceando en las puertas de algunos metros con el periódico de la Liga Obrera Comunista (LOC, el grupo "healysta" español germinado en Gran Bretaña), la "noticia" de que se habían encontrado "pruebas" de la "complicidad" de dos de los más reputados representantes del SWP, uno era Joseph Hansen, el principal dirigente de la sección después de Cannon, y el otro, George Novack, filósofo (y del que Fontamara editó algunas de sus obras más importantes como *Democracia y Revolución* y *Para comprender la historia*), ambos envueltos en las oscuras tramas de un asesinato que, según Healy, ligaba la mano de Stalin con la del SWP, un delirio que escondía otros delirios[11].

Otros se encuentran actualmente en pleno proceso de reconversión ideológica. Es el caso de la primera escisión de la LCR, que dio lugar a la Organización Trotskista, que más tarde tomará el flamante nombre de Partido Obrero Revolucionario Español (PORE) y cuyo órgano teórico será *La Aurora*... El grupo, liderado por el antiguo militante del FLP Arturo Van Eyden alias Aníbal Ramos (1945-2003), también conocido como "Alfonso", y cofunda-

11. Una persona mínimamente racional ajena a la cuestión podría fácilmente preguntarse: de ser así, ¿qué pintaba semejante obsesión en un espacio vital de un barrio obrero donde absolutamente nadie conocía tales nombres? ¿cómo era posible que durante más de medio siglo estos hombres destacaran como activistas en un medio tan claramente hostil como el norteamericano, escribieran obras combativas y de calidad reconocida traducidas a varios idiomas, para acabar sus días en la misma penuria económica que caracterizó sus vidas militantes? Contaba Broué que, cuando se abrieron los Archivos de Trotsky en Harvard, un par de estudiosos pertenecientes a la secta fueron directos a encontrar las "pruebas" que ya habían ofrecido al mundo como ciertas. Lo que encontraron fueron documentos que implicaban al mismo Trotsky. Éste había dado su permiso para "sondear" la posibilidad de una ayuda por parte del FBI, concretamente para desmontar la trama asesina de algunos de los sicarios de Stalin; el asunto no pasó de ahí, de un "tanteo", pero pudo concretarse, por ejemplo, denunciando a algún sicario estalinista inmerso en la trama del asesinato de Coyoacán.

dor de la LCR, optará al poco tiempo por otro cisma en combinación con el sector ligado a Michael Vargas, seudónimo de Michael Nagy, hijo del líder de la revolución húngara de 1956, Imre Nagy, y de cuya "internacional" será la sección más destacada. Identificado durante dos décadas por su propuesta central permanente de Huelga General Revolucionaria, ha pasado del maximalismo al minimalismo. El POR (nombre actual del viejo PORE) aparece actualmente como la cobertura "trotskista" de las posiciones "cosuttianas" del PCC en el seno EUiA (y de IU). Es decir, favorable a una adaptación "constructiva" a la propuesta de gestión neoliberal de izquierdas liderada por el PSC-PSOE, tras haber sellado un acuerdo estratégico con Iniciativa per Catalunya-Verds. El POR ha iniciado de este modo una modesta marcha por las instituciones, lo que ha provocado una crisis (que está lejos de cerrarse) y la marcha de un sector de izquierdas (liderado por Lluís Rabell), que se ha incorporado recientemente a Revolta Global.

Permanece "íntegro" un sector lambertista que antaño había tomado parte en la refundación del POUM, junto con algunos miembros de la "vieja guardia", en particular Wilebaldo Solano y Albert Masó, el único militante español conocido de Socialismo o Barbarie. Durante las elecciones de junio de 1977, este sector rompió cuando la mayoría poumista había decidido ingresar en una coalición electoral amplia con la LCR y la OICE. En aquella época, el lambertismo se mostraba especialmente virulento, y había protagonizado en Francia algunos enfrentamientos violentos contra una LCR que, más allá del debate teórico, les ignoraba. Entre ambas fracciones, más otra que trabajaba incrustada en el PSOE, conformaron el Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI), supuesta "sección española de la IV Internacional" con Ángel Tubau (el "Harpo" de los tiempos de la LC) al frente. Muy apegado a los esquemas políticos franceses, trabaja en el seno de la UGT y se presenta a todas las consultas electorales.

Durante algunos años, el morenista Partido Socialista de los Trabajadores (que salió del PSOE para entrar en la LCR en 1978 y salir de ésta a principios de los ochenta tras un enconado debate con el pretexto de la Revolución sandinista), hizo ostentación de unos resultados electorales por encima de la media de la extrema izquierda, sin considerar siquiera la hipótesis de sus similitudes con las siglas del PSOE. Un detalle que, por citar un ejemplo, en mi ámbito familiar —de esta última obediencia— resultaba difícil distinguir.

Tal como cuenta Bensaïd, el "morenismo" apareció a caballo de los debates

en el SU, sobre todo los relacionados con América Latina, y desde entonces conocerá su propia historia de fracciones y escisiones, amén de un frustrante frente común con el lambertismo. En el caso español ha dado lugar a su propia sopa de siglas, ahora centrada en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), con un grupo dirigente proveniente de la antigua Liga con Felipe Alegría al frente, y que, tras una larga trayectoria, apostó por crear la actual Corriente Roja. Este grupo se caracteriza por mantener una opción sindicalista combativa. Otro grupo de este ámbito es Lucha Internacionalista, que trabaja sindicalmente en la CGT. Finalmente, hay otro sector que ha tomado el nombre de la obra en la que Trotsky polemiza con la minoría del SWP a finales de los años treinta, *En defensa del marxismo,* pero no estoy seguro de que este cuadro concluya aquí. En Argentina, la herencia de Nahuel Moreno es todavía más prolífica.

En una zona igualmente "arqueológica" se encuentra una derivación británica que emplea el título más modesto de Militant. El recientemente fallecido líder del Militant, Ted Grant, fue un colaborador de Healy hasta que rompieron y, al igual que éste, condenaba y absolvía con una facilidad pasmosa. Militant se distingue también por el apego a la historia como fuente de legitimación, tarea que desarrolla aquí a través de una esforzada labor divulgativa desde la Fundación Federico Engels[12].

Si nos metiéramos en los vericuetos doctrinarios tendríamos para algo más que un trabajo como éste, por lo tanto solo me referiré a algunas características comunes de estos grupos. La primera es que cada grupo tiene su émulo de Trotsky: Trotsky-Lambert, Trotsky-Moreno, Trotsky-Grant, etc.

La segunda es que se alimentan de premisas trotskianas, aunque sea a medias. En los clásicos, el programa, las líneas generales, eran algo fundamental: cierto. Lo que no es cierto es que dicho programa se pueda desarrollar al margen del tiempo (¡después de todo lo ocurrido!) y del espacio (la concre-

12. Igualmente proveniente de la poco conocida historia del trotskismo británico, En Lucha, un grupo que empezó a crearse a mediados de los años noventa, está ligado a la inquieta tradición de Tony Cliff, de inspiración muy bolchevique y muy áspera con las discrepancias. Se distingue, sin embargo, por una mayor apertura y por una atención concentrada en el movimiento altermundialista y antiguerra, en los que interviene, de un modo no siempre exento de conflictos y choques con otras sensibilidades. Bensaïd los hace constar como un punto y aparte y considera a su corriente internacional la más significativa después de la IV Internacional.

ción de las tareas en los movimientos vivos). Además, para estos grupos, la parte más importante de dicho programa —su gran tema específico— es la crítica y la denuncia de "traiciones" y "revisionismos", lo que de alguna manera les exonera de cualquier necesidad de debatir con otras corrientes. Así, por ejemplo, el lector de los manuales del historiador de filiación lambertista Jean-Jacques Marie, tales como *El trotskismo* (Ed. Península, Barcelona, 1975), o *Trotsky, le trotskysme et la IV Internationale* (PUF, París, 1980), creerá que el SU (Secretariado Unificado) ostentaba el "Guinnes" en lo que a revisiones doctrinales y traiciones políticas se refiere. Todas ellas serían tan evidentes en sí mismas que a Marie le bastaban unas pocas líneas para saldar cuestiones harto complejas. Se podía hablar de veredictos... En una aportación más reciente, *El trotskismo y los trotskistas* (traducido y editado por el POSI), el mismo Marie se muestra más comedido. Centrando su análisis en Francia, en la tríada LCR, Lutte Ouvriére y grupo lambertista, en ningún momento da cuenta de las enormes diferencias de implantación y, siguiendo la tradición envenenada, convierte a los Foros Sociales en montajes financiados por filántropos como Bill Gates. Sin embargo, ya no se atreve a mandar a la muy activa LCR a los infiernos del revisionismo, lo que, valga la redundancia, no deja de ser una *revisión* de sus propios parámetros sectarios. Recordemos que el punto de demarcación para Lambert radicaba en la total vigencia de *El programa de transición,* escrito en 1938. Un dictamen que también compartía Moreno. La historia fuera de la historia, lo que fue dicho, dicho queda. Por ejemplo, ninguno de ellos se cuestiona lo escrito sobre el POUM por parte de Trotsky, por más que se hayan producido montañas de aportaciones históricas y teóricas, por más que dichos escritos carecieran de un dominio de la cambiante realidad española (por ejemplo, apenas hay unas líneas dedicadas a la Alianza Obrera y 1934), por más que hagan aguas en la documentación por el simple hecho de que se escribieron desde muy lejos (Trotsky, Morrow) o desde experiencias personales muy parciales (Bolloten, Casanovas, Munis). Su leyenda se detiene con Trotsky en 1938-1940, como el sol ante las murallas de Jericó. No caben problemas de interpretación si cuestionan sus premisas sacras. De ahí que Deutscher —quien debate, qué duda cabe, con el maestro, que lo enmienda a veces, que acierta y se equivoca— fuese una "bestia negra" para el lambertismo y que en el Militant le traten de "basura". "Su Trotsky" es el que les legitima, es su lucha misma. No es ya el demonio que se movía, a veces más alto, pero a veces hacia abajo: ana-

lizando desde el campo de batalla, o desde su observatorio, haciendo propuestas a veces contradictorias, barajando diversas hipótesis y rectificando... Se escamotea que el gran potencial de Trotsky radicaba, ante todo, en la capacidad de analizar los grandes movimientos, el curso de la historia, sus grandes ejes y contradicciones. No se detiene, habla de principios, pero en relación con fechas, con situaciones. No fue otra cosa lo que hizo Lenin en vísperas de Octubre: abandonar las viejas cortapisas y aprender de un proceso revolucionario abierto. Para Lenin, todo lo que no avanzaba retrocedía, sobre todo en tiempos tan agitados. La teoría, según el axioma hegeliano, va por detrás de la vida, y ya no digamos si vives en Liliput…

La tercera característica de estos grupos es pensar en términos de revolución mundial sin que, paradójicamente, les obligue más que a mantener su casa bien ordenada, sin problemas, y así vivir blindados durante años.

Resulta que tamaña proliferación de *ismos* encerrados con un solo juguete es el resultado de la crisis de los años cincuenta. Hoy, aparte de neutralizar significativamente el espacio trotskiano, carecen de cualquier importancia social, algunos son desconocidos incluso entre los núcleos más politizados. No cuentan en ningún movimiento, en ningún sindicato activo. No contribuyen a crear bases nuevas. Dependen por lo general de *su* Internacional. Sus revistas son básicamente traducciones de la sección-madre, apenas si se dan contribuciones locales. Esta autarquía doctrinaria y organizativa garantiza la cohesión del grupo, una estancia organizativa que se justifica por sí misma y que ofrece al militante cansado casa y seguridad. No está a la merced de las luchas cotidianas que exigen respuestas, debates y acuerdos que pueden hacer tambalear las creencias. Ya llegarán tiempos mejores, incluso el "gran día". La "garantía" programática (o el ideal sublime, como en el caso de los anarquistas) es como el ungüento de Fiembrás. Te hace invisible frente a las adversidades, ante el caos exterior. Ante el vértigo de los tiempos, mejor resguardarse en los "principios".

Detrás de todo este talmudismo está el peso de las derrotas y desconciertos de una propuesta socialista que se ha demostrado mucho más ardua y difícil de lo que se podía soñar en otros tiempos. En los albores del siglo XX, un muchacho llamado León Davidovich podía proclamar: "¡Tú. Tú solamente eres el presente!". Después de todo lo que ha llovido, la revolución parece una tarea mucho más complicada que antaño y, de momento, bastante alejada.

Lo dicho: durante aproximadamente un cuarto de siglo el trotskismo desaparece por nuestros lares, para resurgir con muchas dificultades en los años setenta al calor del mayo del 68. Es parte de lo que se llamó la "nueva izquierda". Aunque tiene sus propios criterios sobre porqué se perdió la guerra (la respuesta sería: porque antes se perdió la revolución), está igual o más interesado en los nuevos factores que están provocando el rápido deterioro del franquismo y en los debates del momento. Su base militante la extraerá de los estudiantes y los jóvenes obreros críticos con el PCE-PSUC... Su escalón previo fue el apasionante Frente de Liberación Popular (ESBA en Euskadi, FOC en Cataluña), el grupo más avanzado e implantado de la "nueva izquierda", una página de la historia de la izquierda revolucionaria sobre la que solo muy recientemente se ha empezado a escribir[13].

El capítulo que sigue se inserta en la tentativa de "las ligas" que nos cuenta Bensaïd con su lirismo, cuando expone sus alcances y, obviamente, sus límites. La historia nos mordía la nuca, pero objetivamente nos resultó imposible llegar mucho más lejos (los demás ni siquiera llegarían a despegar, el "programa" nunca les evitó pasar de la pobreza a la más absoluta miseria). Aquí, la Liga tuvo unos inicios fulgurantes, apareciendo como una ruptura frente al paternalismo de los partidos tradicionales, como un desafío abierto. Decir Liga era decir un proyecto para crear el "instrumento de la revolución", desde la periferia juvenil al centro proletario. Con este esquema, la Liga desplegó un impresionante *élan* militantista y divulgativo que coincidía con una fase de incorporación masiva de la juventud a las luchas, y reflejó todos sus sueños liberadores del momento: el feminismo, la libertad sexual, el psicoanálisis, el rechazo del consumismo, las crisis latinoamericanas, la revolución de los claveles, el cine político y militante, la irrupción del libro de bolsillo.... A pesar de una implantación limitada, el desbordamiento de las apuestas reformistas llegó a parecer perfectamente posible. Hubo huelgas "salvajes" de verdad y

13. Gracias a dos trabajos: la crónica periodística de Eduardo García Rico, Queríamos la revolución. Crónicas del Felipe (Flor del Viento, Madrid, 1998, con prólogo de Leguina), todo un modelo de historia "periodística", muy inferior al trabajo de campo de Julio Antonio García Alcalá Historia del Felipe (FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria en una edición del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (Madrid, 2001). La mayor parte de la "vieja guardia" de la Liga (Martí Causa, Miguel Romero, Jaime Pastor, Manolo Garí, Joan Font, etc.) provenían del FLP.

movilizaciones que sobrepasaron con mucho los propósitos pactistas de las burocracias sindicales y de los aparatos de los partidos que se contentaban con una reforma pactada del Estado.

Basten aquí algunos apuntes en forma de *flashbacks*: mayo del 68, crisis y fin del FLP, grupo Comunismo, creación de la LCR, acciones ejemplares, huelgas "salvajes", PORE, crecimiento rápido, crisis *encrucijada-en marcha*, creación de la LC, movidas en protesta por el asesinato de Puig Antich, juicios de Burgos, ETA VI se unifica con la LCR, editorial Fontamara, multitud de ediciones de marxistas de clásicos y modernos, izquierda sindical combativa en Comisiones Obreras, formación militante exhaustiva que está al tanto de las cuestiones que más cuecen, debates aquí y allá sobre la cuestión nacional, elecciones de 1977, participación en el FUT, boicot electoral (LC), crisis de LC y reunificación, *Combate* semanal, Imprecor mensual, conexión con toda la izquierda que se proponía desbordar a los "aparatos", *No* a esta Constitución y a estos Estatutos, batalla contra los Pactos de la Moncloa, actos electorales masivos que no se traducían en influencia electoral, presencia en los nuevos movimientos (feministas, gay-lésbicos, insumisión, etc.), asesinato en Pamplona de Germán Rodríguez, denuncia de lo que se esconde detrás del 23-F, visitas de Mandel, Krivine, Tariq Ali y Bernardette Devlin, presencia masiva en la campaña contra la OTAN, actividad destacada en las "movidas" solidarias con Nicaragua y El Salvador (y con Suráfrica), SEAT, Miniwatt, encuentros con *mientras tanto*… En ese estado de cosas, este trotskismo (que se decía también marxista, leninista, luxemburgista, guevarista, gramsciano…), se presentó como una forma concreta de marxismo libertario. Una propuesta que logró superar las tentaciones "hegemonistas" y que se sentía a gusto en la pluralidad. Opuesto frontalmente a las "burocratadas" que iban matando huelgas. Con capacidad de intervenir en cualquier frente, en cualquier controversia y debate. Recuerdo, por ejemplo, los organizados en torno al libro de Jean Nicolas, *La cuestión homosexual*, Fontamara, 1978, que causó admiración entre los colectivos gays, y los debates en presencia de rudos obreros, que tuvieron que tragarse sus prejuicios milenarios.

En los ochenta, los plazos de la historia cambiaron. La revolución se alejaba, llegaba una nueva travesía del desierto —que *a posteriori* se ha acabado revelando menos larga de lo esperado. Todo se iba quedando bloqueado, incluso en Centroamérica. La última vuelta de turca nos llegó con el Referéndum sobre la OTAN, cuando el "¡abajo la inteligencia!" triunfó de nuevo...

Derrota tras derrota, la suma acabó por quebrantar seriamente a una generación que ya empezaba a peinar canas, en tanto que las nuevas hornadas de militantes eran todavía muy minoritarias, inmersas en un contexto de "desencanto". Gentes que no estaban dispuestas, salvo contadas excepciones, a hacer de la militancia su modo de vida, de hacer organización viviente, crecer al tiempo que se dice No. El agotamiento generacional era evidente, el relevo era francamente exiguo. Por entonces, la restauración conservadora parecía un paseo triunfal. Desde de la caída del Muro de Berlín, cada mañana la realidad parecía una ducha de agua fría.

La solución parecía pasar entonces por una "convergencia revolucionaria" con el MC, último reducto parcialmente reconvertido del ya extinto y desaforado maoísmo (¿quién se acuerda de él?). Acuerdos análogos habían funcionado bien... Sin embargo, aquí pronto quedó claro que no podía funcionar. Si bien la LCR estaba hecha para la pluralidad, para trabajar lealmente como minoría, la dirección del MC no lo estaba. Eran los "dueños" de "los suyos", un criterio al que habría que sumarle el desconcierto que les conllevó el tirar por la borda buena parte de sus ideas de antaño. El desastre fue letal. Un mal momento, una huida hacia delante, sentenció durante mucho tiempo a aquella izquierda radical que no había aceptado las maniobras monárquicas de la Transición, que animaba una significada izquierda sindical y movimientos como el antiOTAN. Para colmo, los de la Liga habíamos aceptado por mayoría las condiciones uniformistas del MC y se había dejado de lado la propuesta de una minoría de mantener una sección de la Internacional, un "seguro" como el que se mantuvo en Italia.

En los noventa el mundo parecía cambiar de base, pero en sentido opuesto al que prometía la letra de *La Internacional.* Se imponía, pues, una suma de replanteamientos. Los pilares ya no parecían tan firmes, todo dependía. Estaba claro que la historia podía acabar mal, que la clase obrera podía ser corrompida y que las grandes teorías revolucionarias —sin una base social activa— contenían serias limitaciones. El ciclo se cerraba nuevamente. Una mayoría se retiró a la vida privada. Una minoría, pequeña pero significativa, aprovechó su formación militante para sumarse a los que ya se habían instalado en las instituciones, especialmente en la burocracia sindical, ampliando el espectro de los renegados que, para colmo, ahora se las daban de herejes. Otra minoría ha seguido caminando hasta la fecha. Con todo, hay unos

pocos supervivientes, los suficientes como para crear puentes, al existir una tradición compartida. Y también porque en Brasil, Francia, Portugal o Italia, las secciones de la Cuarta estaban remontando los peores momentos, abriendo nuevos caminos.

La historia había dado otra vuelta, pero, igual que ayer, había que volver a Trotsky y al resto del marxismo revolucionario con una actitud más crítica que en el pasado. El sistema nos quería convencer de que formábamos parte de una historia "perdida", pero nosotros la sentíamos palpitante simplemente evocando una serie de fechas, acontecimientos y nombres propios: 1789, 1848, la AIT, la "Commune", la Internacional Socialista de los tiempos de Rosa, Debs, Labriola y O´Connolly, 1905 y los soviets, el internacionalismo contra la "Gran Guerra", febrero y sobre todo Octubre de 1917, las revoluciones en Alemania, Hungría e Italia, la Internacional Comunista de Lenin, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Bujarin, Larissa Reisner, Antonio Gramsci, Salvador Seguí, John Reed, Andreu Nin, Ignazio Silone, Víctor Serge, Joaquín Maurín, Daniel Rebull, José Carlos Mariátegui, Panait Istrati, Mika Etchebéhère... La clase obrera china en 1927, la huelga general británica, la lucha contra Stalin y la burocracia, la fiesta del pueblo de 1931, el Octubre asturiano, las jornadas de julio, la revolución social, las comunas y las colectivizaciones libertarias-poumistas, la iniciativa por la autonomía de Marruecos, Durruti, el POUM, *Tierra y Libertad,* Orwell, el Vietnam de Ta Thu Thau, las resistencias contra el nazi-fascismo, el surrealismo, los trotskistas en Grecia, Wilhem Reich, la solidaridad de los "portadores de maletas" con Argelia (una actividad tan callada, tan impresionante), la Revolución cubana que se hizo socialista, Lumumba, Hugo Blanco en el valle la Concepción, el "Che", Vietnam contra el monstruo, Malcom X, los mayos del 68, Rudi Dutschke, Krivine, Bensaïd, Habel, la ecología, la Revolución de los claveles, Manuel Sacristán, Nicaragua sandinista, Rosario Ibarra, las luchas contra el "apartheid", el cine de Ken Loach, el abuelo Livio Maitan...

Se nos quería convencer de que todo eso era la historia de un fracaso. Pero no era así. Las revoluciones modernas habían traído las libertades, las grandes reformas, el fin de la vieja esclavitud, la maravilla de los grandes movimientos. Sin Octubre, sin el "fantasma del comunismo", no habría tenido lugar la independencia de las colonias, las revoluciones en el Tercer Mundo, la conquista de las libertades y de los derechos sociales. Lo cierto es que sin el miedo

de antaño a la clase obrera y a la revolución, el capital está arruinando la naturaleza, condenando el planeta, cercenando los derechos sociales, vaciando de contenido las libertades, desactivando las conciencias... Después del retroceso de los ochenta y noventa, de la victoria del neoliberalismo sobre el principio esperanza, hay un momento en que todo empieza a cobrar de nuevo un sentido militante. Nos estamos volviendo a encontrar con la tradición y con las nuevas aportaciones, las lecciones de las derrotas y las propuestas para cambiar el mundo, y cambiar nosotros en el curso de nuevos y esperanzadores acontecimientos.

De un tiempo para acá, los restos del naufragio se apiñaron en grupos como el Espacio Alternativo Confederal, el Col·lectiu per una Esquerra Alternativa en Cataluña y la Plataforma de Izquierdas en Madrid y, posteriormente, aparecieron grupos juveniles como Batzac, como parte de un conglomerado que mantiene la continuidad con la historia de la LCR y que ahora se delimita en base al qué hacer contra la globalización neoliberal. En Cataluña un proceso de unificación tomó en 2004 el nombre de Revolta Global, cuya presencia ha aumentando en los últimos tiempos, desafiando el declive de la mayoría de grupos y corrientes surgidas al calor de las luchas contra la globalización y la guerra. Ha llovido mucho, pero volvemos a tener alegrías. Como dice Pedro Montes, "hemos dejado de correr". En estos tiempos desconcertantes, muchas corrientes han perdido peso, otras se han quedado en el camino, mirándose el ombligo. No es el caso de la que tan bien representa Bensaïd. Desde hace mucho sus análisis nos ayudan a entender el pasado y el presente. Esperamos que este trabajo ayude a una juventud a la que los trotskismos pueden resultar un enigma y que no encuentra fácilmente quien le ofrezca una explicación coherente sobre porqué y cómo siguen estando en primera línea.

Cabe esperar que libros como este nos ayuden a reconstruir una corriente militante que, mal que bien, ha superado varias veces las pruebas del tiempo en la medida en que ha sabido renovarse. Y a ampliar sus bases organizativas, un instrumento militante activo, abierto, intelectualmente apasionado, unitario y polémico que nos ayude a cambiar las cosas de la A a la Z, ya que, aunque los legitimadores del desorden establecido nos han querido convencer de lo contrario, *ahora es más urgente que nunca*.

# CRONOLOGÍA DE LA LCR (1970-1991)

**1969**
Mayo: jóvenes provenientes del movimiento estudiantil y de las Comisiones Obreras Juveniles rompen con las organizaciones FLP/FOC/ESBA y constituyen el grupo Comunismo.

**1970**
Diciembre: en el curso de las luchas contra el Proceso de Burgos la mayoría del grupo Comunismo forma la Liga Comunista Revolucionaria (LCR).

**1971**
Marzo: aparece el número 1 de la revista Combate, órgano de la LCR.

**1972**
A principios de año se celebra el I Congreso, que no adopta más resoluciones que la petición de adhesión a la IV Internacional, la aprobación de los Estatutos y la elección de un Comité Central y una Comisión de Control.
Diciembre: II Congreso, en el que se produce la escisión entre las tendencias "En Marcha" y "Encrucijada" que darán lugar, respectivamente, a la LCR y la LC. Las diferencias se centran en la importancia que tiene la unidad entre los partidos y organizaciones obreras: para la LC era una cuestión de fondo (una estrategia), para la LCR había que valorar la utilidad concreta (una táctica).

**1973**
Mayo: protocolo de acuerdo entre LCR y ETA(VI Asamblea) para impulsar la unidad de acción y el debate.
Diciembre: el III Congreso y la VII Asamblea deciden la unificación de LCR y ETA(VI). Se crean un Comité Central y un Buró Político unificados y se

decide aparecer con las siglas LCR-ETA(VI); la organización de Euskadi mantiene su autonomía táctica y organizativa. Un futuro Congreso debe ratificar la unificación.

**1974**

El X Congreso de la IV Internacional, celebrado a principios de año, reconoce dos organizaciones simpatizantes en el Estado español: LCR-ETA(VI) y LC.

**1975**

27 de septiembre: ejecución de 2 militantes de ETA y 3 del FRAP.
20 de noviembre: muere Franco.

**1976**

Junio: los Burós Políticos de LCR y LC deciden iniciar un proceso de discusión y acercamiento.
12 de julio: primera presentación pública de LCR-ETA(VI), todavía ilegal, en un acto celebrado en la Universidad de Barcelona.
Agosto: Congreso de Unificación de LCR-ETA(VI) que, en adelante, se llamará LCR salvo en Euskadi (LKI). Se analiza el ascenso de las movilizaciones sociales y se adopta la orientación de potenciar sistemáticamente las luchas unitarias (Frente Único). También se reafirma la voluntad de fusión con LC. Se presenta por primera vez una radiografía de la organización: 23 años de edad media, 32% de mujeres, 60% de trabajadores asalariados (de los cuales el 38% son obreros industriales) y 29 % de estudiantes; sólo el 18 % era militante antes de la fusión. El 28% de los delegados había estado en la cárcel.
15 de diciembre: Referéndum de la Reforma Política. El 94,16% vota sí y la abstención es del 22,28%. La LCR preconizaba el boicot.

**1977**

15 de junio: primeras elecciones democráticas, que fueron ganadas por UCD. La LCR, todavía ilegal, se presentó en una coalición electoral, el Frente por la Unidad de los Trabajadores (FUT), que obtuvo unos 40.000 votos.
Septiembre: legalización de la LCR.
Octubre: el IV Congreso de la LC decide la unificación inmediata con la LCR. Tres tendencias minoritarias no aceptan la decisión.

Diciembre: elección del Comité Central Unificado de LCR y LC y de una Comisión de Control. La organización unificada se llama LCR. Se convoca un Congreso que deberá sancionar definitivamente la fusión.

**1978**

28 de Octubre: el V Congreso reúne a 300 delegados y 200 invitados para sancionar la reunificación de LCR-LC y reafirmar una orientación de lucha unitaria, aunque constata las nuevas dificultades para la misma. Por primera vez el debate interno se hace público a través de Combate.
6 de diciembre: Referéndum sobre la Constitución, que es aprobada con un 87,87% de votos afirmativos. La LCR preconizaba el No.

**1981**

Enero: el VI Congreso constata que para generar luchas en la nueva situación de reflujo es necesario apoyarse en los sectores más activos, sin subordinar la lucha al acuerdo unitario entre las organizaciones mayoritarias. Se da un giro en la orientación de construcción del partido al afirmar que no se trata de unificar a los trotskistas, sino de construir un Partido de los Revolucionarios.
23 de febrero: intento de golpe de Estado de Tejero.

**1982**

28 de Octubre: el PSOE gana las elecciones generales por mayoría absoluta.

**1985**

12 de junio: España se adhiere a la Comunidad Económica Europea
25 de julio: el VII Congreso plantea que en la situación de resistencia que se vive, la prioridad debe estar en los movimientos sociales (la lucha contra la OTAN está en su apogeo) y que la LCR debe esforzarse para demostrar su utilidad para estos movimientos. Poco después del Congreso la LCR y el MC acuerdan potenciar la unidad de acción y el debate con el objetivo de explorar las posibilidades de una fusión.

**1986**

12 de marzo: en el Referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN gana el Sí. La LCR defendía el No.

**1989**

Mayo: el feminismo y la cuestión nacional centran los debates del VIII Congreso, que aprueba resoluciones organizativas importantes en los dos t e r renos. Por un lado, una mayor autonomía para las mujeres dentro de la organización. Por otro, reconocer que las organizaciones de Euskadi y Catalunya son soberanas en sus nacionalidades, aunque siguen manteniendo órganos comunes con la LCR a escala de Estado. También se aprueba una resolución de trabajo unitario con el MC que mantiene un horizonte de unidad completa entre las dos organizaciones.

**1991**

23 de marzo: el IX Congreso Extraordinario se reúne para discutir el documento *Bases de la Unidad*, que propone la unificación con el MC a través de un Congreso de Unificación. Este proceso implica para la LCR la desafiliación de la IV Internacional; la organización unificada no pertenecería a la IV, si bien mantendría relaciones estables con ella. El documento fue aprobado con el 96% de los votos.

1, 2 y 3 de noviembre: Congreso de Unificación de LCR y MC. La nueva organización adopta el nombre de Izquierda Alternativa a escala estatal y nombres específicos en las nacionalidades y regiones.

# GLOSARIO

**Achcar, Gilbert**, docente universitario de origen libanés, enseña ciencia política en la Universidad París VIII. Especialista en el análisis de los conflictos de Oriente Medio y desde hace muchos años dirigente de la IV Internacional. Una de sus obras más recientes es *El choque de barbaries. Terrorismos y desorden mundial.*

**Ali, Tariq** (1943), escritor y guionista anglopakistaní, una de las figuras más conocidas del 68 británico, militante de la IV durante años, autor de una serie de novelas históricas situadas en la España musulmana, y de títulos como *Los nuevos revolucionarios* (Grijalbo, México, 1969) y, más recientemente, de *El choque los fundamentalismos* y *Bush en Babilonia* (ambos publicados en Alianza Editorial).

**Arendt, Hannah** (1906-1975), teórica política alemana de origen judío, cuya obra más conocida es *Los orígenes del totalitarismo*, Ed. Taurus, Madrid, 2001.

**Assouline, Daniel** (1955), dirigente de la LOR, surgida de un proceso fraccional en la corriente lambertista francesa. Este grupo se adhirió a la LCR en 1987. Poco después, D. Assouline y sus camaradas integraron las filas del PS.

**Bakunin, Mijail A.** (1814-1876), revolucionario ruso, principal fundador del movimiento anarquista (Véase E.H. Carr, *Bakunin*, Grijalbo, Barcelona, 1976).

**Barnes, Jack** (1940), es secretario nacional del SWP norteamericano desde 1972. Editor de *New International*, autor de muchos libros y folletos, organizador del Comité Pro Trato Justo a Cuba. Principal responsable del giro castrista del SWP.

**Barta** (David Korner) (1914-1976), principal fundador de Lutte Ouvriere.

**Ben Bella, Ahmed** (1916), principal dirigente de la revolución argelina, fue destituido por un golpe de Estado encabezado por Boumedien...

**Berger, Denis** (1932), antiguo militante de la IV Internacional, "activista" y "transportador de maletas" en solidaridad con la revolución argelina, anima, con Félix Guattari y Gérard Spitzer, el grupo la *Voie Communiste* (1955-65), que practica el entrismo en el PCF. Entre sus obras cabe destacar *Une certaine idée du communisme,* junto con Henri Maler.

**Bernstein, Eduard** (1850-1932), principal exponente del revisionismo socialdemócrata alemán de principios del siglo XX.

**Bettelheim, Charles** (1913-2005), economista francés. Muy conocido como maoísta, ejerció una gran influencia en los años 60 y 70, hasta que acabó denunciando el "estalinismo" en China que anteriormente había tratado de justificar. Sus primeras obras pertenecen a su juventud trotskista: *La planification soviétique* (1939)*; La economía alemana bajo el nazismo* (Fundamentos, Madrid, 1972).

**Blanco Galdós, Hugo** (1935), dirigente de la insurrección campesina del Valle de la Concepción, el más reconocido de los líderes de la IV Internacional en América del Sur...

**Bleibtreu, Marcel** (1918-2001), antiguo militante trotskista, muy conocido en los años 50.

**Blum, Léon** (1872-1950), líder socialista francés, preside el Frente Popular, en el que impone la política de no-intervención en la guerra de España.

**Bonnet, Rubén Pedro** (1942-1972), perteneciente a una familia muy modesta, abandonó sus estudios para ingresar como obrero en Sudamtex y Nestlé. Militante del PRT-ERP. Fue detenido en febrero de 1971. Fue fusilado por los militares en la masacre de la tristemente célebre base naval de Trelew como venganza por una fuga protagonizada por otros camaradas de su misma organización.

**Boumedienne, Houari** (Boukharrouba Muhammad Brahim) (1932-1978), sustituye a Ben Bella al frente del gobierno argelino tras derrocarlo mediante un golpe de Estado auspiciado por la cúpula del FLN.

**Breton, André** (1896-1966), principal animador del movimiento surrealista, coautor con Trotsky del *Manifiesto por un arte Revolucionario e Independiente* (edición ampliada en El Viejo Topo, Barcelona, 1999).

**Broué, Pierre** (1926-2006), militante e historiador, especialista en la historia del movimiento comunista. Buena parte de sus obras se han traducido al castellano, sobre todo las referidas a la España de los años treinta (*Guerra y revolución en España*, *La revolución española*), en estos momentos se prepara para SEPHA Editorial la edición de *Los comunistas contra Stalin*.

**Bujarin, Nikolai I.** (1888-1938), uno de los líderes bolcheviques, representó el comunismo de izquierda hasta que se desplazó hacia posiciones de la "derecha", tuvo una cierta influencia internacional a finales de los años veinte. Se ha publicado la mayor parte de su obra en castellano, así como una biografía muy reconocida (Stephen F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, 1976).

**Bucholz, Mathieu** (1922-1944), se adherirá a finales de 1941 a un pequeño grupo trotskista constituido por David Korner, llamado Barta. El periódico *La lutte de Classes* de la *Unión Communiste* dirá de él: "Es a él a quien nuestra organización debe nuestro primer desarrollo. Fue él quien organizó nuestro servicio de sabotaje del STO, que sirvió bajo la ocupación a numerosos trabajadores. Fue él el reclutador y formador de nuestros primeros cuadros". Fue asesinado por los estalinistas el 11 de septiembre de 1944.

**Burham, James** (1905-1987), profesor de filosofía norteamericano, dirigente del SWP en los años treinta, rompe con el marxismo en 1940, evoluciona hacia la extrema derecha "republicana", siendo agasajado por Reagan (Véase Susana García-Cereceda López, *Herejes arrepentidos. La izquierda norteamericana en la primera mitad del siglo XX,* Centro de Estudios Políticos y constitucionales, 2001).

**Burton, Richard** (1925-1984), conocido actor norteamericano.

**Cambadélis, Jean-Christophe** (1951), milita entre 1971 y 1986 en la OCI, fundador y dirigente de la UNEF-ID, uno de los promotores de la Gauche plurielle, y uno de los colaboradores más cercanos de Jospin.

**Cannon, James P.** (1890-1974), se unió al Partido Socialista (PS) en 1908 y a la IWW (*Industrial Workers of the World*, principal exponente del sindicalismo revolucionario norteamericano) en 1911. Integró el ala izquierda del PS después de la Revolución Rusa, e ingresó en el Partido Comunista (PC) en 1919. En 1920 fue elegido para el Comité Central. Entre 1922 y 1923 fue miembro del Secretariado de la Internacional Comunista (IC) en Moscú. Fue ganado para la Oposición de Izquierdas en el Sexto Congreso de la IC realizado en Moscú en 1928, junto al delegado por Canadá, Maurice Spector. De regreso a EE.UU., fundó con Max Shachtman y Martin Abern la Liga Comunista de América, primera organización trotskista norteamericana. Fue editor de su periódico, *The*

*Militant.* En 1938 fundó el SWP (Socialist Workers Party). En ese mismo año participó de la Conferencia Fundacional de la IV Internacional en París, en la que fue elegido para el Comité Ejecutivo Internacional. En 1941 fue juzgado y condenado junto a otros 17 dirigentes del SWP y de los *Teamsters* (camioneros) de Minneapolis por oponerse a la guerra imperialista. Pasó trece meses en prisión. Fue Secretario Nacional del SWP hasta 1953, año en que encabezó junto a Gerry Healy del SLL (Socialist Labour League de Gran Bretaña) y a Pierre Lambert del PCI (Partido Comunista Internacionalista) francés el Comité Internacional. En 1963 el SWP se reunificó con el Secretariado Internacional en lo que sería desde entonces el Secretariado Unificado de la IV Internacional.

**Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc** (1934), hijo de Lázaro Cárdenas, presidente durante muchos años del PRD (Partido de la Revolución Democrática).

**Carrero Blanco, Luis** (1903-1973), segundo del general Franco, murió en un atentado de ETA.

**Castoriadis, Cornélius** (1922-1997), filósofo, psicoanalista, militante político, pensador social, economista y cofundador del grupo-revista *Socialismo o Barbarie* (que se publicó entre 1948 y 1967), desde el que inició una crítica radical de la URSS como "capitalismo burocrático", defendiendo el autogobierno de los trabajadores, aunque sin implicarse en los movimientos "colonizados" por el PCF. Desarrolló un nuevo modo de pensamiento y reflexión. Revistas como *Anthropos* y *Archipiélago* le han dedicado números especiales (Véase www. fundanin.org). Véase también *Cornelius Castoriadis: escritos políticos. Antología* (Edición de Xavier Pedrol, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2006).

**Castro Ruiz, Fidel** (1927), líder histórico de la revolución cubana.

**Chauvin, Jean-René** (1918), veterano militante trotskista que conocería diversas experiencias en rupturas y reagrupamientos, Simone de Beauvoir lo describe en su obra *Los mandarines*, y es autor de *Un trotskista en el infierno nazi*, de reciente publicación...

**Churchill, Winston** (1874-1965), líder conservador británico, sus apenas ocultas simpatías hacia el fascismo y Franco fueron olvidadas por su papel durante la II Guerra Mundial.

**Cliff, Tony** (Ygael Gluckstein) (1917-2000), nacido en Palestina. En los años 40 fue a vivir a Gran Bretaña, se distanció de la IV Internacional por la cuestión de la burocracia —y optó por la idea del capitalismo de Estado—, pero siguió siendo marxista y seguidor de Trotsky. Fundó el grupo socialista que está en el origen del actual SWP británico y de su corriente internacional y escribió numerosos libros (Véase www.enlucha.org).

**Cohn-Bendit, Gabriel** (1936), uno de los animadores del colectivo la *Voix Communiste* a mediados de los años sesenta y hermano de uno de los líderes anarquistas de la revuelta de mayo del 68, Daniel Cohn-Bendit, hoy eurodiputado verde reconvertido al neoliberalismo.

**Craipeau, Iván** (1911-2001), miembro de las juventudes comunistas, opositor desde 1928, tiene un papel muy significado en la historia y en los debates trotskistas (Véase Patrick Silberstein, *Iván Craipeau, un dinosaurio trotskista*, www. fundanin.org).

**Debray, Régis** (1940), ensayista, teórico guevarista con su controvertido trabajo *Revolución en la revolución,* ulteriormente oscilaría hacia mitterrandismo. Hoy parece haber tomado posiciones contra el neoliberalismo.

**Delon, Alain** (1935), conocido actor francés.

**Désir, Harlem** (1959), uno de los líderes más reconocidos de SOS Racisme en Francia.

**Deutscher, Isaac** (1907-1967), periodista, miembro del PC polaco en 1926, excluido por sobrestimar el "peligro nazi", oposicionista, muestra su desacuerdo por la formación inmediata de la IV internacional, autor de la famosa trilogía sobre Trotsky, *El profeta*

*armado, el profeta desarmado* y *El profeta desterrado*, Editorial Era, México, 1967. Acerca de la vida de Deutscher véase también los artículos de Perry Anderson comprendidos en su libro *Campos de batalla*, Anagrama, Barcelona, 1998.

**Dewey, John** (1859-1952), filósofo y educador norteamericano, profesor de la Universidad de Columbia durante muchos años y uno de los principales exponentes de la filosofía "pragmática". Preside el Comité americano en defensa de Trotsky y da nombre al Tribunal que juzga las acusaciones contra Trotsky y su hijo desde los procesos de Moscú. Trotsky criticará algunas de sus posiciones desde *Su moral y la nuestra* en los años cuarenta. Dewey evolucionó posteriormente hacia la derecha anticomunista.

**Dray, Julien** (1955), dirigente de la LCR, integraría las filas del PS en la década de los 80.

**Dreyfus, Michel** (1945), investigador, autor de numerosos libros, entre los que destaca *Le siè - cle des communismes*.

**Dugrand, Alain** (1946), periodista. Miembro del grupo fundador del diario "Libération" en 1973.

**Dunayevskaya, Raya** (1910-1987), su verdadero nombre era Rae Spiegel, hija de rusos emigrados, militante oposicionista desde muy joven, aprendió sténo y dactilografía rusa para ayudar a Trotsky, del que fue secretaria entre 1937 y 1938 (Véase *Filosofía y Revolución,* Siglo XXI, 1977).

**Duras, Marguerite** (1914-1996), célebre novelista y cineasta francesa, durante la Resistencia estuvo comprometida con el PCF, romperá en 1956 a partir de los acontecimientos de Hungría.

**Dutschke, Rudi** (1940-1979), el principal portavoz del 68 germano, dirigente de la SDS (Liga Estudiantil Socialista Alemana) —el referente alemán de la JCR francesa antes de mayo 68—. Fue herido gravemente en un atentado fascista auspiciado por la prensa "amarilla", teórico de talla (*Tentativa de poner a Lenin sobre los pies*, Icaria, 1976). Murió a consecuencia de sus heridas en 1979.

**Engels, Friedrich** (1820-1895), cofundador del marxismo, prosiguió la obra de Marx hasta su muerte, antes de la cual mantuvo diversas polémicas con la derecha socialdemócrata.

**Fanon, Frantz** (1925-1961), célebre autor de *Los condenados de la tierra* (Txalaparta). Psiquiatra, sus libros fueron los más representativos del pensamiento y la acción de la corriente llamada "tercermundista" (Véase, Irene L. Gendzier, *Frantz Fanon,* ERA, México, 1973).

**Farabundo Martí, Agustín** (1893-1932), comunista, líder de las insurrección obrera-campesina salvadoreña.

**Figuères, Léo** (1918), periodista estalinista, autor del ensayo, *El trotskismo, ese antilennismo.*

**Filoche, Gérard** (1945), uno de los animadores de la JCR, luego de la LCR, se pasa posteriormente al PSF, milita en la Gauche socialiste, y publica la revista Democratie et Socialisme...

**Fonseca Amador, Carlos** (1936-1976), profesor y revolucionario, fundador del FSLN nicaragüense.

**Franco Bahamonde, Francisco** (1892-1975), jefe del ejercito "africanista", "Caudillo" y dictador hasta su muerte, dirigió el levantamiento militar contra la II República de julio de 1936. Fiel representante de las clases dominantes, del Ejército y la Iglesia (y de los Estados Unidos tras la II Guerra Mundial).

**Frank, Pierre** (1905-1984), uno de los líderes históricos del trotskismo francés, ingeniero, militante de la CGTU y del PCF, excluido por oposicionista en 1929, cofundador de *La Vérite,* asiste a la I Conferencia de la Oposición española, dirige con Raymond Moulinier

la Ligue Communiste, luego del Partido Comunista Internacionalista (PCI). Internado en Gran Bretaña durante la II Guerra Mundial, formará parte del SU con Mandel y Maitan. Será el principal representante de la "vieja guardia" en la fundación en 1969 de la LCR francesa, partido en el que militará hasta su muerte.

**Franqui, Carlos** (1921), toma parte en la revolución cubana, crítico con el castrismo, autor de *El libro de los doce* (Libros de la Frontera, 1973).

**Gibelin, Marcel**, coautor con Jacques Danos de *Juin 36* (Maspero, 1972), uno de los testimonios revolucionarios sobre la crisis social francesa de la fecha.

**Gilly, Adolfo** (1928), conocido militante y teórico trotskista mexicano.

**Gluckstein, Daniel,** dirigente de la corriente lambertista. Actual secretario del Partido de los Trabajadores, fue su candidato en las últimas elecciones presidenciales francesas.

**Goldmann, Lucien** (1913-1970), destacado ensayista marxista, discípulo de Lukács, maestro en los años sesenta de jóvenes como Michael Löwy...

**Gorz, André** (Gerhard Horst) (1924), socialista de izquierda, su obra *Estrategia obrera bajo el neocapitalismo* en la que aboga por un reformismo re volucionario fue muy apreciada en el F L P, con los años se hizo un reputado teórico ecologista...

**Guattari, Félix** (1930-1992), psicólogo y filósofo, asociado al movimiento de Lacan. Militó, entre otros grupos, en *Voie communiste*.

**Guevara de la Serna, Ernesto "Che"** (1928-1967), revolucionario argentino-cubano, con Fidel, el principal líder de la revolución cubana, y a continuación del internacionalismo antiimperialista. Su lucha y su muerte marcó a varias generaciones de militantes, sobre todo en América Latina.

**Healy, Gerry** (1912-1989), dirigente de la Socialist Labour League, después Workers Revolutionary Party, que consiguió mantener durante algunos años la publicación del primer diario trotskista. Antes de estallar a mediados de los ochenta, el WRP se había comprometido en una campaña calumniosa contra el dirigente trotskista americano Joseph Hansen.

**Hic, Marcel** (1915-1944), estudiante, miembro de la Ligue Comunista en 1933, tiene un encuentro con Trotsky en 1935, organizador durante la II Guerra Mundial el secretariado europeo, es arrestado tras haber llevado a cabo un trabajo antimilitarista clandestino entre las tropas de ocupación alemanas y muere en un campo de concentración nazi. David Rousset le dedicará su obra *Universo concentrionario.*

**Hitler, Adolf** (1889-1945), líder del partido y del gobierno nazis, auspiciados por el gran capital alemán. Responsable del inicio de la II Guerra Mundial y del Holocausto contra los judíos.

**James, C. L. R.** (Cyril Lionel Robert) (1901-1989), periodista deportivo, miembro del Marxist Group dentro del Independent Labour Party, ensayista, autor de *La revolución mundial* y, sobre todo, de *Los jacobinos negros* (Fondo de Cultura Económica, 2003).

**Jiang Jieshi (Tschiang Kai-schek)** (1887-1975), líder del nacionalismo reaccionario en China, presidente de Taiwan durante muchos años.

**Jospin, Lionel** (1937), antiguo militante lambertista, primer ministro socialista francés entre 1997 y 2002.

**Kalandra, Zavis** (1902-1950), militante trotskista checoslovaco, muy relacionado con el surrealismo, fue asesinado por el régimen estalinista.

**Kautsky, Karl** (1854-1938), principal exponente del "centro ortodoxo marxista" en la socialdemocracia clásica, buena parte de su obra fue editada en castellano en los años setenta.

**Klement, Rudolf** (1910-1938), estudiante en Hamburgo, militante del PC alemán, oposi-

cionista destacado, secretario de Trotsky de 1932 a 1934, secretario del Secretariado Internacional, secuestrado y asesinado por la GPU durante la guerra de España.

**Khruschev, Nikita S** (1894-1971), principal exponente del "reformismo" soviético, auténtica "bestia negra" para el maoísmo, que lo tachaba de "revisionista" por su Informe al XXº Congreso, durante el cual efectuó una denuncia parcial de los crímenes de Stalin.

**Labriola, Antonio** (1843-1904), profesor de la Universidad de Roma desde 1891, autor de *Socialismo y filosofía* (Alianza Editorial), tuvo una importante influencia en la formación intelectual de Antonio Gramsci y de León Trotsky.

**Laguiller, Arlette** (1940), militante obrera, consta como la única personalidad política francesa en ser llamada por su nombre de pila, se hizo militante en la vertiginosa década de 1960; en 1965 fue expulsada del sindicato CGT por ser considerada trotskista y no fue hasta 1974 que emergió como la muy popular candidata presidencial de *Lutte Ouvriére* y, de hecho, como su única figura pública.

**Lambert, Pierre** (1920) (Boussel, Pierre), milita en las juventudes comunistas, a finales de los años treinta ingresa en las filas trotskistas. Durante la Resistencia participa en el sindicalismo clandestino; animador de la corriente que lleva su nombre.

**Laval, Pierre** (1883-1945), antiguo socialista, evolucionó hacia la extrema derecha. Pa rtidario de la victoria de Alemania, encabezó el gobierno colaboracionista de Pétain y organizó el "Se r-vicio de Trabajo Obligatorio" y la temible "Milicia". Juzgado y ejecutado tras la liberación.

**Lefort, Claude** (1924), antiguo militante trotskista, uno de los teóricos de "Socialismo o barbarie". Sartre lo llamó "el Trotsky de Trotsky" (Respuesta a Claude Lefort, en *Problemas del marxismo* 2, Losada, Buenos Aires, 1966).

**Lenin, Vladimir I.** (1870-1924), teórico y revolucionario marxista, principal líder bolchevique hasta su muerte, internacionalista (1914-18), preside el primer gobierno soviético, autor de numerosos ensayos de análisis marxista como el *¿Qué hacer?, El imperialismo*, *El Estado y la Revolución*, *El izquierdismo*, etc. Fue el primero en considerar que la URSS era un "Estado obrero burocráticamente deformado".

**Lequenne, Michel**, veterano militante de la LCR francesa y escritor trotskista ligado a la IV Internacional, reconocido hispanista, autor de ensayos sobre Cristobal Colón, sobre *Marxismo y estética,* así como de *Le trotskysme, une histoire sans fard* (2005).

**Lewin, Moshe** (1921), historiador francés de origen polaco, autor de obras tan importantes como *El último combate de Lenin* ( Lumen, 1970) y *El siglo soviético* (Memoria Crítica, 2006).

**Löwy, Michael** (1938), militante y teórico de la IV Internacional, historiador y ensayista francés de origen brasileño, autor de numerosas obras como *Los marxistas y la cuestión nacional* (con Georges Haupt), *El marxismo olvidado*, *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios (la evolución política de Lukács, 1909-1929)* y, más recientemente, *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

**Losey, Joseph** (1909-1984), cineasta norteamericano, discípulo de Brecht, exiliado en Gran Bretaña, algunas de sus mejores películas las hizo con guiones de Harold Pinter.

**Lumumba, Patrice** (1925-1961), líder nacionalista congolés asesinado por las tropas colonialistas belgas.

**Luxemburg, Rosa** (1871-1919), socialista polaca afincada en Alemania, principal crítica del "revisionismo" y del "centrismo" en la socialdemocracia; cofundadora de la Liga Espartaco —posteriormente KPD (Partido Comunista Alemán)— y de la III Internacional, fue asesinada por tropas que actuaban bajo las órdenes del socialpatriota Noscke.

**Lyotard, François** (1924), filósofo, crítico del militantismo radical, que asimila a las creencias religiosas. Su pensamiento se distancia de Marx y del psicoanálisis freudiano. Autor

de *La condición posmoderna*, obra fundadora del "pensamiento" posmoderno.

**Makarios III.** (Myriarthes Michael Christodous Mouskos) (1913-1977), obispo chipriota, ferviente partidario de la independencia. Una vez alcanzada, presidió varias veces el gobierno de Chipre hasta 1973.

**Malcolm X** (Malcolm Little) (1925-1965), líder del movimiento nacionalista revolucionario afronorteamericano. Mantuvo ciertas relaciones con el SWP. Spike Lee le dedicó una película-homenaje, *Malcom*. Txalaparta ha reeditado su autobiografía.

**Mallet, Serge** (1927-1973), socialdemócrata de izquierdas, autor de *La nueva clase obrera,* en la que teoriza la "integración" de ésta en el neocapitalismo.

**Mandel, Ernest** (1923-1995), principal dirigente y teórico de la IV Internacional desde mediados de los años sesenta hasta su muerte, militante desde edad temprana, participa en la resistencia antinazi, economista, autor de numerosas de obras capitales como *Tratado de economía marxista*, *El capitalismo tardío, La crisis*, etc.

**Manouchian, Missak** (1906-1944), militante armenio detenido y ejecutado en Francia bajo la ocupación nazi, encabezó el célebre "cartel rojo" ("L'affiche rouge") mediante el que la Kommandantur y las autoridades colaboracionistas trataron de acreditar la idea de que la Resistencia era obra de "malhechores extranjeros". En su grupo había también republicanos españoles.

**Mao Zedong** (1893-1976), líder histórico de la revolución china de 1949.

**Mariátegui, José Carlos** (1895-1930), militante y teórico marxista peruano, autor de *Siete ensayos sobre la realidad latinoamericana*, simpatizó con la Oposición (Véase Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Ed. Revolución, Madrid, 1991).

**Martí y Pérez, José Julián** (1853-1895), poeta y filósofo cubano. Luchó por la independencia hasta caer abatido por las tropas españolas durante la guerra de liberación de 1895.

**Martinet, Gilles** (1916), uno de los teóricos del efímero Partido Socialista Unificado (grupo de referencias autogestionarias que alcanzó cierta notoriedad en la década de los 60). Junto a Michel Rocard, se incorporaría más tarde al PS, reconstituido bajo la égida de Mitterrand.

**Marx, Karl** (1818-1883), fundador del socialismo científico y animador de la I Internacional.

**Mélenchon, Jean-Luc** (1951), procedente del lambertismo, es uno de los principales animadores de la corriente "Por una República Social" (partícipe de la campaña por el "No" al Tratado constitucional europeo en 2005) en las filas del PS francés.

**Mella, Julio Antonio** (1903-1929), estudiante de Derecho, organizador de la huelga en la universidad y de la universidad popular José Martí, uno de los fundadores y líderes del PC cubano, oposicionista, será asesinado en México, según todos los indicios, por sicarios estalinistas.

**Mendel-Sztokfisz, Hersch** (1890-1968), bolchevique en 1905, cofundador del PC polaco, oposicionista temprano.

**Mestre, Michèle** (Lucienne Abraham) (1916-1970), antigua militante del PCI, sección francesa de la IV Internacional. Tras la crisis que desgarró sus filas en los años cincuenta, se orientó hacia una política de "entrismo" en el PCF.

**Michels, Roberto** (1876-1936), sociólogo alemán, alumno de Max Weber, autor de estudios sobre el comportamiento de las elites bajo el capitalismo. Evolucionó hasta la adhesión al fascismo italiano.

**Miliukov, Pavel Nikolaievich** (1859-1943), historiador conservador y líder del partido "cadete", fue el primero en utilizar el término "trotskismo" en 1905.

**Millerand, Étienne Alexandre** (1859-1943), abogado, socialista posibilista, ingresa en el

gobierno de Waldeck-Rousseau al lado de Gallifet, el verdugo de la "Commune", presidente francés (1920-24).

**Mitterrand, François** (1916-1996), socialista francés, ministro durante la guerra de Argelia, escritor (*El golpe de Estado permanente*), líder de la Unión de la Izquierda y presidente de la República que empezó prometiendo un "cambio"...

**Molotov, Viacheslav Mijailovich** (W. M. Skrjabin) (1890-1986), bolchevique desde 1906, brazo derecho de Stalin, desplazado por Kruschev en 1957...

**Moreno, Nahuel** (Hugo Miguel Bressano Capacete) (1924-1987), fue uno de los principales dirigentes del trotskismo latinoamericano. Comenzó su actividad política en el seno del movimiento obrero argentino en 1943-44 con la fundación del Grupo Obrero Marxista y, desde entonces, persistió en una militancia trotskista, de la que sería una de las figuras más controvertidas (Véase www. nahuelmoreno.org). Fundador de una corriente que lleva su nombre.

**Morrow, Felix** (1906-1988), uno de los dirigentes y teóricos de la segunda generación del SWP, autor de *Revolución y contrarrevolución en España* (Pluma, 1977), escrito en los Estados Unidos para ilustrar las posiciones de Trotsky. Expulsado en los años cincuenta, se convertirá al catolicismo.

**Moscovici, Pierre** (1957), dirigente del Partido socialista francés. Eurodiputado.

**Mothé, Daniel** (1924), obrero desde los 15 años, "militante" desde siempre, trotskista, luego colaborador en *Socialisme o Barbarie*, autor de *Journal d´un ouvrier* (Minuit, 1959), *Militant chez Renault* (Seuil, 1965), *Le metier de militant* (Seuil, 1973).

**Nasser, Gamal Abdel** (1918-1970), militar nacionalista egipcio, uno de los líderes de los Países No Alineados.

**Naville, Pierre** (1904-1993), nacido en el seno de una gran familia burguesa judía, cofundador del movimiento surrealista. Coincide con Trotsky en Moscú en 1927, intelectual de gran talla, toma parte en diversas fases del trotskismo. Entre sus obras cabe destacar, *La revolución y los intelectuales* (Galba, Barcelona, 1976), en el que debate con los surrealistas y con Sartre (Véase, wwwfundanin.org).

**Nin Pérez, Andreu** (1892-1937), republicano federal, socialista, cenetista, cofundador del PCE, uno de los líderes de la Internacional Sindical Roja, trotskista, fundador y secretario político de POUM tras la detención de Maurín por los franquistas, autor de ensayos como *Las dictaduras de nuestro tiempo*, *Los movimientos de emancipación nacional*. Asesinado por orden de Stalin en plena Guerra Civil española (Véase www.fundanin.org).

**Ochoa Sánchez, Arnaldo** (1941-1989), general castrista. Participó, entre otras, en la expedición cubana que luchó durante la guerra de Angola junto al MPLA. Acusado de corrupción, fue finalmente ejecutado en Cuba.

**Orwell, George** (Eric Arthur Blair) (1903-1950), escritor y militante, afiliado al ILP, tomó parte en la Guerra Civil española en las columnas del POUM, autor de obras como *Homenaje a Cataluña* y *Rebelión en la granja* (Véase www.fundanin.org).

**Pablo, Michel** (1911-1996), seudónimo de Michelis N. Raptis, fue uno de los organizadores de la fracción "Espartaco" en el PC griego. Representó a la sección griega en el congreso de fundación de la IV Internacional. Después de la II Guerra Mundial se convirtió en uno de los más inquietos y discutidos líderes de la Internacional, avanzando propuestas teóricas que fueron consideradas revisionistas y que lo convirtieron en un Bernstein para el trotskismo más ortodoxo. Destacó en la solidaridad activa con la Revolución argelina, llegando a actuar como consejero de Ben Bella. Se apartó de la IV desde posiciones socialistas autogestionarias que tuvieron un cierto eco en su tiempo... Reingresó en la IV

Internacional poco antes de su muerte.

**Pennetier, Claude,** historiador, especializado en el movimiento obrero y comunista.

**Pedrosa, Mario** (1905-1985), crítico de arte brasileño, organizador de la Oposición en 1930-1931, herido en 1934. Visita clandestinamente Europa y luego los Estados Unidos. Fundador del PT brasileño en 1979.

**Péret, Benjamin** (1899-1959), considerado como el más surrealista entre los surrealistas, incondicional de Breton, militante trotskista en Brasil (donde escribió *Los palmarés de Quilombo*), Francia y España (en las milicias del POUM). Criticó descarnadamente a la Iglesia y también la salida consensuada de la Resistencia. Acompañó a G. Munis en sus propósitos de crear un nuevo marxismo (Véase www.Balance.org., nº 26).

**Pereyra, Daniel,** destacado militante argentino de la IV Internacional. Participó, junto a Hugo Blanco, en la insurrección campesina del Valle de la Concepción, en Perú, y, posteriormente, fue uno de los dirigentes político-militares del PRT-ERP argentino. Tras el golpe de 1976 se exilió en Madrid, donde militó en las filas de la LCR española. Actualmente es militante de Espacio Alternativo, colaborador de la revista *Viento Sur* y destacado analista de la situación latinoamericana. Entre otros, sus libros más destacados son *Del Moncada a Chiapas: historia de la lucha armada en América Latina* (Los Libros de la Catarata, 1994) y *Argentina Rebelde* (El Viejo Topo, 2003).

**Perón, Juan Domingo** (1895-1974), general nacionalista argentino.

**Pétain, Henri Philippe** (1856-1951), mariscal de Francia en 1918, ministro de la guerra en 1934, embajador francés en Burgos en 1938, jefe de Estado del gobierno colaboracionista con el ocupante nazi de Vichy.

**Phéline, Christian** (1945), militante de la JCR, luego de la LCR, posteriormente miterrandista. Ocupará diversos cargos gubernamentales.

**Pivert, Marceau** (1895-1958), líder de la corriente de izquierda socialista en la SFIO, mantiene una relación polémica con Trotsky. Fundador del PSOP, afín al POUM en el Buró de Londres. Exiliado en México, colabora con Víctor Serge y diversos poumistas exiliados.

**Plenel, Edwy** (1952), antiguo militante de la LCR, destacado colaborador del diario "Le Monde".

**Posadas, J.** (Homero Cristali) (1912-1981), oriundo de Italia, futbolista, zapatero, ingresó en la IV internacional en 1941, entra en conflicto con la mayoría en 1953 y se separa en 1959 para crear su propia Internacional, según testimonios con la ayuda inestimable de su compañera, enamorada y millonaria...

**Prager, Rodolphe** (1918-2002), militante comunista alemán. Exiliado en Francia, conocerá en primera persona los avateres del movimiento trotskista hasta su muerte. Michel Lequenne le dedicará un sentido homenaje en el *inprecor* de mayo-junio de 2002 (www.inprecor.org).

**Pujals, Luis Enrique** (1941-1971), militante revolucionario argentino, "desaparecido" en Buenos Aires en septiembre de 1971.

**Rakovsky, Christian** (1873-1941), rumano, ligado al socialismo internacional, políglota y autor de numerosas obras, en especial *Los peligros profesionales del poder*. Miembro del CC del PC ruso, luego de la Oposición, considerado durante muchos años la mano derecha de Trotsky, murió en prisión. Pierre Broué escribió su biografía.

**Reagan, Ronald** (1911-2005), actor norteamericano de segunda fila, maccarthista notorio. Presidente republicano que apoyará la "contra" nicaraguense. Primer defensor gubernamental del neoliberalismo.

**Regler, Gustave** (1898-1963), militar alemán durante la I Guerra Mundial, luego ingresó en

el PC alemán. Huido de la Alemania nazi, se incorporó a la Guerra Civil española en las Brigadas Internacionales, donde actuó como comisario en el ejército y participó en la defensa de Madrid en el invierno de 1936. Herido en Huesca en junio 1937. En México entró en conflicto con el estalinismo y escribió más adelante dos libros acerca de la Guerra Civil: *La gran cruzada* y *El búho de Minerva.*

**Reiss, Ignace Porestki** (1889-1937), comunista polaco, trabaja en el servicio de información del Ejercito Rojo. Rompe con el estalinismo y solicita el ingreso en la IV Internacional. Unos días más tarde es asesinado en Suiza por la GPU. Su compañera Elizabet escribió un famoso testimonio, *Los nuestros* (ZYX, 1976).

**Ribbentrop, Joachim von** (1893-1946), diplomático nazi.

**Rizzi, Bruno** (1902-1977), estudiante, miembro del PS italiano, después del PCI, ligado a la Oposición, polemiza con Trotsky, autor de un ensayo célebre, *La burocratización del mundo* (1938; edición de Juan Ramón Capella, Ed. Península, 1980), de notable influencia en Burham.

**Rosenberg, Ethel** (1916-1953) y **Rosenberg, Julius** (1918-1953), pareja de militantes comunistas judíos norteamericanos condenados a muerte y ejecutados en la silla eléctrica acusados de espionaje, su caso conmovió la conciencia del mundo y constituye el punto álgido de la "caza de brujas" anticomunista del maccarthismo.

**Rousset, David** (1912-1997), estudiante socialista francés, ingresa en la Ligue Comuniste en 1935, destacado militante trotskista en los años treinta. Al principio de la guerra española hace de intermediario entre los nacionalistas magrebíes y el Comité Central de Milicias de Barcelona. Deportado en 1942 a Buchenwald, autor de diversos testimonios como *Les jours de notre mort* y *El universo concentrionario* (Anthropos, Barcelona, 2004).

**Sabado, François**, miembro del Buró Político de la LCR francesa y, actualmente, uno de los principales dirigentes de la IV Internacional. Recientemente ha publicado, con Olliver Besancenot, *Révolution. 100 mots pour changer le monde*, Flamarion, París, 2003. Véanse también varios de sus artículos recientes en www.revoltaglobal.net.

**Salinas de Gortari, Carlos** (1948), presidente mexicano "electo" en 1988. Las papeletas de voto que tenían que demostrar su victoria se quemaron "accidentalmente".

**Sandino Calderón, Augusto César** (1895-1934), líder nacionalista nicaragüense opuesto a los Estados Unidos y asesinado por Somoza.

**Santucho Juárez, Mario Roberto** (1936-1976), militante trotskista argentino (proveniente del populismo radical) que fundó el PRT-ERP y que evolucionó hacia el guerrillerismo de signo castrista. Asesinado por los militares, su cuerpo nunca apareció.

**Sartre, Jean-Paul** (1905-1980), célebre filósofo y escritor francés, Nobel de Literatura y emblemático "autor comprometido" a través de la revista *Les Temps Modems*. Creyó que la denuncia del estalinismo podría favorecer a los intereses del imperialismo y a la derecha.

**Sebag, Lucien** (1935-1965), militante y reconocido antropólogo, autor de diversas obras como *Marxisme et estructuralisme.*

**Sedov, León L.** (1906-1938), hijo de Trotsky y Natalia Sedova, militante del Komsomol, las juventudes comunistas soviéticas, oposicionista desde su formación. Fue el responsable de la "sección rusa" de la Oposición de Izquierda Internacional y del *Bulletin Oppositsii*. En 1936 publicó *El Libro Rojo de los Procesos de Moscú*. Todos los indicios apuntan que fue asesinado en París por agentes de la GPU (Broué escribió su biografía).

**Sedov, Sergei L.** (1908-1937), hijo menor de Trotsky y Natalia, matemático "apolítico", murió en los campos de concentración como "trotskista".

**Sedova, Natalia** (1886-1962), esposa de Trotsky, trabajó en el Comisariado Soviético de

Educación durante varios años a partir de la revolución de 1917. En 1941 empezó a tener diferencias con la IV Internacional y cortó sus relaciones con ella en 1951 (Véase Marguerite Bonnet, *Natalia Sedova,* www. fundanin.org).

**Serge, Víctor** (1890-1947), joven socialista belga de origen ruso, posteriormente militará en las filas anarquistas en Francia. Toma parte en la huelga general española de 1917 en las filas de la CNT (fruto de la cual será su libro *El nacimiento de nuestra fuerza*). Marcha a la URSS donde toma parte de las actividades de la Internacional Comunista. Oposicionista, sus *Memorias de un revolucionario* representan un testimonio de su época que están a la altura del *Mi vida* de Trotsky (Véase www.fundanin.org).

**Shachtman, Max** (1904-1972), conocido dirigente del PC de los Estados Unidos, fundador de la Oposición de Izquierda en 1928 junto a James P. Cannon y M. Abern. Importante intelectual, fue uno de los principales dirigentes del SWP hasta 1940, año en que rompió debido a su oposición a la defensa de la URSS, fundando el Workers Party. En 1958 se afilió al Partido Socialista.

**Sorel, Georges** (1847-1922), controvertido pensador político, teórico del sindicalismo revolucionario y de la huelga general. Graduado en la Escuela Politécnica de París, trabajó como ingeniero durante más de veinte años, abandonando esta profesión en 1892 para dedicarse a lo que se había convertido en su pasión fundamental: escribir sobre el sindicalismo y la revolución. Esto fue lo que hizo hasta el momento de su fallecimiento. Según su propia confesión fue marxista "ortodoxo" hasta 1897, pero a partir de entonces amplió el espectro de sus influencias filosóficas con lecturas de otros pensadores como Nietszche, Renan y Henri Bergson. Calificado por uno de sus biógrafos como "un conservador revolucionario", las concepciones de Sorel se diferencian, entre otras cuestiones menores, por su convicción de que la sociedad burguesa —a la que odiaba tanto como conservador, que añora una vida preindustrial, como por revolucionario, que quiere derrocarla para instaurar el socialismo— se hallaba en plena decadencia.

**Stalin, Jossif** (1879-1953), bolchevique georgiano, representante de la "vieja guardia" y de la burocracia ascendente tras el creciente aislamiento de la URSS, instaurará una dictadura burocrática en la URSS y ahogará el espíritu revolucionario inicial del movimiento comunista internacional.

**Sweezy, Paul M.** (1910), destacado economista marxista norteamericano, mantuvo su ideario, a pesar de la persecución constante que sufrió, a través de numerosas obras y de la revista *Monthly Review* que apareció en castellano durante bastante años (y que desde hace poco vuelve a editarse en nuestro país).

**Ta thu Thàu** (1906-1945), comunista vietnamita, estudiante-obrero en Francia, se incorpora al trotskismo, expulsado de Francia a consecuencia de una manifestación contra el colonialismo francés en Indochina. Cofundador del grupo *La Lutte* en Saigón —partido que llegó a ser más influyente que el partido comunista oficial en el periodo de entreguerras—, reconocido como líder revolucionario, fue asesinado por el Vietminh en 1945 (Véase Ngo Van, *Memoria escueta,* Octaedro, Barcelona, 2004 y www.fundanin.org).

**Thälmann, Ernst** (1886-1944), doctor, impuesto por Stalin como secretario general del PC alemán.

**Thalheimer, August** (1884-1948), discípulo de Rosa Luxemburgo, intelectual marxista ligado al PC alemán y, posteriormente, al grupo de Brandler, autor de diversas obras de teoría marxista.

**Thatcher, Margaret** (1925), dirigente conservadora británica, una de las figuras del neoliberalismo, su última acción política conocida sería ayudar a Pinochet a escapar a la justicia.

**Thirion, André** (1907-2001), comunista y surrealista, reputado autor de unas memorias tituladas *Revolucionarios sin revolución* (Edicusa, Madrid, 1976).

**Thompson, Edward Palmer** (1924-1993), uno de los principales exponentes del marxismo británico, autor de diversas obras sobre historia social y sobre ecología y militarismo (Véase Bryan D. Palmer, *E.P. Thompson. Objeciones y oposiciones,* Publicaciones Universidad de Valencia, 2004).

**Thornett, Alan** (1937), antiguo líder sindical en British Leyland, militó en la organización de Gerry Healy, con quien rompió a mediados de los 70. Actualmente es miembro de la dirección IV Internacional y dirigente del International Socialist Group (su sección británica).

**Tito, Josip** (J. Broz) (1892-1980), líder de la resistencia comunista a la ocupación nazi de los Balcanes, su oposición a los planes del Kremlin (que preveían entregar Yugoslavia al campo imperialista tras la II Guerra Mundial) y la toma del poder en su país "sin permiso" le valieron la condena de Stalin. El movimiento trotskista colaboró en la solidaridad internacional con la joven federación yugoslava ante el bloqueo de la URSS y la hostilidad y las calumnias de los partidos comunistas oficiales.

**Trepper, Leopold** (1904-1982), mítico comunista polaco, jefe del espionaje soviético en la Alemania nazi, autor de *El gran juego* (Ariel, 1977; reedición en Txalaparta); Gilles Perrault le dedicó uno de sus libros más famosos, *La Orquesta Roja* (Txalaparta, Navarra, 1993); Trepper dedicó el beneficio de su obra a financiar el *Rouge* diario (periódico de la LCR francesa) a finales de los años 70.

**Tresso, Pietro** (1893-1943), participa en la fundación del PC italiano, uno de sus animadores en la clandestinidad, se compromete con la Oposición con Ravazzoli, Leonetti y Silone (cuyas posiciones políticas coincidían, sin saberlo, con las de Gramsci en la cárcel). Militante destacado de la IV Internacional. Asesinado por maquis estalinistas en Francia. La sección italiana de la Cuarta Internacional creó hace años una fundación que lleva su nombre.

**Trotsky, León** (1879-1940), escritor, historiador y militante revolucionario ruso, presidente del Soviet de Petrogrado en la revolución de 1905. Teórico de la revolución permanente, internacionalista durante la "Gran Guerra", redactor del *Manifiesto* de Zimmervald. Ingresa en el Partido Bolchevique en 1917 cuando es, de nuevo, presidente del Soviet de Petrogrado. Cerebro de la insurrección de Octubre, fundador del Ejército Rojo, será uno de los animadores de la III Internacional. Ante el ascenso de la burocracia en la URSS, prepara una ofensiva contra Stalin junto con Lenin, pero éste morirá antes de tiempo. Líder de la Oposición de Izquierda, autor de obras como *Historia de la revolución rusa* o *La revolución traicionada,* anima la creación de la IV Internacional. Será asesinado por orden de Stalin el 20 de agosto de 1940 en Coyoacán, México, único país que se había atrevido a darle refugio.

**Udry, Charles-André** (1946), militante y escritor trotskista suizo. Durante muchos años dirigente del Secretariado Unificado de la IV Internacional.

**Vacheron, Raymond** (1953), historiador francés, coautor de *Meurtres aux maquis.*

**Valtin, Jan** (Richard Krebs) (1904-1951), comunista espartakista alemán, ha dejado testimonio de sus terribles aventuras en campos de concentración nazis y estalinistas en *La noche quedó atrás*.

**Van Heijenoort, Jean** (1912-1986), militante y secretario de Trotsky en Prinkipo en 1932. Posteriormente en Francia y en México desde 1937 hasta 1939, año en que se trasladó a EE.UU. para militar en el SWP. Después de la segunda guerra mundial se alejó de las

ideas del trotskismo. Residió hasta su muerte en EE.UU., donde en los años 50 declaró en los procesos contra ex agentes de la GPU (antecesora de la KGB). Desde la apertura de los archivos de Trotsky de la Universidad de Harvard en 1980 se dedicó al trabajo de investigación sobre esos valiosísimos documentos, así como sobre los archivos de León Sedov, junto a Pierre Broué, abiertos en 1984 (Véase *Siete años con Trotsky*, Ed. Nueva Imagen, México, 1979).

**Volkov, Platon I** (1898-1936), yerno de Trotsky, militante bolchevique liquidado por el estalinismo.

**Volkov, Sinaida L** (gen. Zina) (1900-1933), hija de Trotsky, sus peripecias y sus conflictos dieron lugar a una película británica, *Zina* (Véase www. fundanin. org).

**Weber, Henri** (1944), uno de los líderes de la JCR, y posteriormente de la LCR, autor de obras como *Mayo 68: una repetición general* (Era, México, 1969), junto con Bensaïd, o *Marxismo y conciencia de clase* (Madrágora, Barcelona, 1977), luego rompería con la LCR y se haría senador del PS refundado de Mitterrand.

**Zinoviev, Grigori** (1883-1936), bolchevique desde 1903, colaborador de Lenin en la emigración, luego uno de los dirigentes del partido, se opone a la insurrección de Octubre; en principio apoya a Stalin contra Trotsky, posteriormente toma partido por la Oposición.

# BIBLIOGRAFÍA

Cornelius Castoriadis, *La sociedad burocrática*, Ed. Tusquets, Barcelona, 1976 (2 vols.)
Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1969 (reeditado en Barcelona en 1978).
Osvaldo Coggiola, *historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, CEAL, Buenos Aires, 1985, (2 vols.)
Isaac Deutscher, *Trotsky*, Ed. ERA, México, 1966-1969 (3 vols.).
Pierre Frank, *Historia de la Cuarta Internacional*, Combate, 1977 (Cuadernos Rojos, n.22).
Jean Van Heijenoort, *Con Trotsky. Desde Prinkipo a Coyoacán. Testimonio de siete años de exilio*, Nueva Imagen, México, 1979.
Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*, Ed. Era, México, 1991.
Ernest Mandel *El pensamiento de Trotsky*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1980.
Jean-Jacques Marie, *El trotskismo*, Ed. Península, Barcelona, 1972.
——, *Stalin*, Ediciones Palabra, Madrid, 2003.
George Orwell, *Hommaje a Cataluña*, (existen numerosas ediciones, la última en una edición general de sus escritos sobre España).
Pelai Pagès, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Ed. Península, Barcelona, 1977.
Daniel Pereyra, *Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1994.
Víctor Serge, *Memorias de un revolucionario*, Ed. Siglo XXI, México, (reeditado en 2003, con dibujos de Vlady Serge).
Wilebaldo Solano, *El POUM en la historia. Andreu Nin y la revolución española*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1999.
André Thirion, *Revolucionarios sin revolución*, Edicusa, Madrid, 1975 (2 vols.).
León Trotsky, *Mi vida. Memorias de un revolucionario permanente*, Ed. Debate, Madrid, 2006 (Traducción de Wanceslao Roces).
——, *La revolución permanente*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1979 (traducción de Andreu Nin).
——, *La Internacional Comunista después de Lenin*, Ed. Akal, Madrid, 1977.
——, *La lucha contra el fascismo. El proletariado y la revolución*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1980.
——, *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977.
——, *El programa de transición*, Ed. Akal, Madrid, 1977.
——, *En defensa del marxismo*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977.
——, *Stalin*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1950 (trad. del inglés de I. R. García).
——, *Escritos*, Ed. Pluma, Bogotá, 1977.
Jan Valtin; *La noche quedó atrás*, Ed. Luís de Caralt, Barcelona, 1967.

## ANEXO BIBLIOGRÁFICO PARA ESTA EDICIÓN

Heinz Abosh, *Crónica de Trotski. Datos sobre su vida y su obra*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1974.
Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979.
——, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978.
Daniel Bensaïd, *Cambiar el mundo*, Los Libros de la Catarata —serie Viento Sur—, Madrid, 2005.
——, *Resitencias. Ensayo de topología general*, El Viejo Topo, Barcelona, 2006.
——, "Trotsky. Un enlace del siglo" en *Viento Sur* n.52, Madrid, 2000. (también disponible en www.revoltaglobal.net)
Alain Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotski*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1976.
Pierre Broué, *El partido bolchevique*, Ed Ayuso, Madrid, 1973.
——, *Los procesos de Moscú*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1969.
*Cornelius Castoriadis: escritos políticos. Antología* (Edición de Xavier Pedrol), Los Libros de la Catarata, Madrid, 2006.
Valentina Fernández Vargas, *La resistencia interior en la España de Franco*, Ed. Itsmo, Madrid, 1981.
Julio Antonio García Alcalá, *Historia del* Felipe *(FLP, FOC y ESBA). De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.
Susana García-Cereceda López, *Herejes arrepentidos. La izquierda norteamericana en la primera mitad del siglo XX*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2001.
Eduardo García Rico, *Queríamos la revolución. Crónicas del Felipe*, Ed. Flor del Viento, Madrid, 1998 (con prólogo de Joaquín Leguina).
Agustín Guillamón, *Documentación histórica del trotskismo español (1936-1948)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1996.
Pepe Gutiérrez-Álvarez, *Memorias de un bolchevique andaluz*, El Viejo Topo, Barcelona, 2002.
——, *Miniwatt-Phillips: la memoria obrera*, El Viejo Topo, Barcelona, 2003.
——, *Retratos poumistas*, Ed. Espuela de Plata, Sevilla, 2006.
Joseph Hansen y George Novack, *Introducción al programa de transición*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978.
*Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1973.
Consuelo Laiz, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1995.

Moshe Lewin, *El último combate de Lenin*, Ed. Lumen, Barcelona, 1970.
——, *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Memoria Crítica, 2006.
En Lucha, *¿Qué es el capitalismo de Estado?* (folleto disponible en su web: www.enlucha.org)
Aurora Luengo y Concepción Lallana, *La LCR (1971-1978*), UCM, Madrid, 1979.
Ernest Mandel, *Sobre la historia del movimiento obrero. De la Comuna de París a Mayo del 68*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1978.
——, "El crepúsculo del franquismo" en *Viento Sur* n. 84, Madrid, 2006.
José María Maravall, *Dictadura y disentimiento político: obreros y estudiantes bajo el franquis - mo.* Ed. Alfaguara, Madrid, 1978.
Jean-Jacques Marie, *El trotskismo y los trotskystas*, POSI, Madrid, 2005.
Pierre Naville, *La revolución y los intelectuales*, Ed. Galba, Barcelona, 1976.
Pelai Pagès, *Andreu Nin: Su evolución política, 1911-1937*, Ed. Zero, Bilbao, 1975.
Jaime Pastor, "Al otro lado de la Transición. Entre la historia y la leyenda", en *Viento Sur* n. 24, Madrid, 1995.
——,"Jaime Pastor: la LCR", en *l'Avenç* n. 207, Barcelona, 1996 (entrevista).
Gilles Perrault *La Orquesta Roja*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 1993 (2 vols).
Bruno Rizzi, *La burocratización del mundo*, Ed. Península, Barcelona, 1980.
José Manuel Roca (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992),* Los Libros de la Catarata, Madrid, 1994.
Miguel Romero "Transición", en *Viento Sur* n. 50, Madrid, 2000.
——, "La razón izquierdista", en *Viento Sur* n. 54, Madrid, 2000.
David Rousset, *El universo concentracionario*, Ed. Anthropos, Barcelona, 2004.
Fernando Ruiz y Joaquín Romero, *Los partidos marxistas: sus dirigentes, sus programas*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1977.
Josep Sánchez Cervelló *La Revolución portuguesa y su influencia en la Transición española (1961-1976)*, Ed. Nerea, Madrid, 1995.
Massimo Teodori *Las nuevas izquierdas europeas*, Ed. Blume, Barcelona, 1978 (3 vols.).
Leopold Trepper, *El gran juego*, Ed. Ariel, Barcelona, 1977.
León Trotsky, *La Oposición de Izquierda en la URSS*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1977.
Ngo Van, *Memoria escueta,* Ed. Octaedro, Barcelona, 2004.

# ÍNDICE